

ARACELI SAMUDIO

TRILOGÍA «LO QUE ME QUEDA DE TI»

Lo que
me queda
de ti

LIBRO 1



Nova Casa Editorial

Publicado por:

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2019, **Araceli Samudio** © 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto Portada

Ada Reyes

Maquetación

María Alejandra Domínguez Revisión

Nathalia Tórtora

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-17589-83-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ARACELI SAMUDIO

Lo que
me queda
de ti



Nova Casa Editorial

"Dedicado a todos
los que alguna vez
han amado hasta
que les doliera el alma".

Índice

[Agradecimientos](#)

[Prefacio](#)

[El principio](#)

[Conociéndote](#)

[Encuentro](#)

[Dulzura](#)

[Conociéndonos](#)

[La fiesta](#)

[Quiero cuidarte](#)

[El día después](#)

[Tu secreto](#)

[Huyendo](#)

[Beso](#)

[Novios](#)

[Háblame](#)

[Reunión de chicas](#)

[Primer amor](#)

[De regreso](#)

[Luna de miel](#)

[Resignación](#)

[Te amo](#)

[Hadas madrinas](#)

[Amor entre flores](#)

[Alas de ángel](#)

[El principio del fin](#)

[Verdades que duelen](#)

[El dolor](#)

[Desorbitado](#)

[Despedida](#)

[El final](#)

[La fiesta sorpresa](#)

[¿Eres tú?](#)

[Luz y oscuridad](#)

Agradecimientos

Esta es una historia muy especial para mí, una que antes de convertirse en letras ha implicado lágrimas, sonrisas y, sobre todo, aprendizaje y crecimiento. Quiero agradecer en primer lugar a Dios por darme la vida y, con ella, la oportunidad de ser, de reír, de llorar, de caer y de volverme a levantar, por permitirme sentir su presencia en mi vida y por darme el don para convertir emociones y sentimientos en letras que intentan tocar el corazón de los lectores.

Quiero dar las gracias a mi familia, a mi compañero de vida, Andrés, que me regala su apoyo constante, su amor incondicional, y me da una mano cuando no puedo sola. A mis hijos, Ezequiel, Nayeli e Iñaki, que son mi fortaleza para seguir. A mi madre, por haber confiado siempre en mí.

En esta ocasión, quiero agradecer también a esos maestros que la vida nos pone enfrente, a esas personas que entran a nuestras vidas y que caminan a nuestro lado por un tiempo. Algunos se quedan, otros se marchan; algunos nos traen sonrisas, otros nos dejan lágrimas. Pero todos nos entregan vivencias cargadas de aprendizajes que nos llevan a ser mejor. A cada una de esas personas que han entrado a mi vida y que me han permitido aprender y crecer como persona, a los que siguen a mi lado y a los que se han marchado, a los que me han regalado sonrisas y a los que me han traído sufrimientos. Muchas gracias. Sin ustedes, no sería hoy la persona que soy.

A todos y cada uno de mis lectores, a los que conozco y a los que no, a los que van a cada firma, a los que siguen mis locuras, a los que están allí con su cariño, con su afecto y con su corazón abierto para permitirme llegar con mis letras y con mis historias. Muchas gracias, son el motor de todo lo que escribo.

Y a Nova Casa Editorial, por confiar en mi trabajo y por darme la oportunidad de plasmar las letras en papel, por permitirme acariciar mis sueños y por abrirme las puertas a este fascinante mundo, muchas gracias.

Prefacio

Mi nombre es Rafael Montes y este es mi primer libro.

Mi sueño nunca fue escribir un libro, ese siempre fue su sueño.

Carolina solía decir que escribir la liberaba, que era su forma de sacar todo aquello que tenía dentro, todo lo que le apretaba el corazón o le estrujaba el alma. Entonces, se me ocurrió probar esa terapia, pues, aunque los años pasaron, el amor no se acabó. El dolor tampoco.

¿Se puede amar y odiar a una persona al mismo tiempo? Supongo que yo puedo, funciona como el día y la noche para mí. Amanece y sale el sol, ilumina mi vida, mis días, mi alma. Así es como la amo, como si fuera la luz que necesito para guiar mi camino, como si se tratara del aire que preciso para respirar, como si solo su sonrisa fuera capaz de darme los motivos necesarios para vivir. Pero entonces, llega la noche, el sol se esconde y solo queda la oscuridad. Así es como la odio, como el ser que más daño me hizo; no le importó que yo me deshiciera de dolor en sus manos.

Ella es mi luz y mi oscuridad, ella es mi ángel y mi demonio, mis sueños y mis pesadillas. Ella es mi todo y es mi nada.

Entonces, la amo y, de nuevo, la odio en una perfecta y armoniosa melodía en donde las partes suaves se entremezclan con las partes intensas; en donde las sonrisas se pierden entre las lágrimas, donde los recuerdos buenos coexisten con los malos como un todo imposible de separar, de disociar.

Ella era como una playa tranquila, como un respiro, como la calma que necesitaba mi alma; pero de pronto se convirtió en un *tsunami* que arrasó con todo, se llevó mi vida y mi ser por delante, dejó solo devastación, angustia y dolor. Oscuridad y tinieblas. Se llevó todo y me dejó sin nada.

De ella me quedó el amor inmenso que le tengo. Aquel sentimiento tan puro que alimenta y purifica, que te hace sentir grande, poderoso y eterno.

De ella me quedó el odio inmenso que le tengo. Aquel sentimiento oscuro y triste que sofoca el alma y la desangra.

De ella me quedó un libro cargado de recuerdos que dejó sobre mi cama. Con sus apuntes, con garabatos, con un escrito donde rezaba su sueño.

«Un día voy a ser una gran escritora, me voy a volver famosa, Rafa. Voy a inventar una historia que se va a convertir en un *best seller*».

No sé qué ha sido de ella, no sé si ha logrado su sueño. Solo sé que me siento como un personaje de su libro; ella me hizo y deshizo a su antojo, me llevó a experimentar un amplio espectro de sentimientos que ni siquiera imaginé que existían. Ella escribió mi historia, mi pasado y mi futuro.

De ella solo quedaron tres cosas:

Amor.

Odio.

Y un libro.

El principio

La tarde se pierde en el horizonte con una mezcla de colores que dan paso a la noche. A través de mi ventana observo a las primeras estrellas titilar tímidas en un cielo azul violáceo. La melancolía me hace su presa una vez más. Es un domingo como cualquier otro, silencioso y solitario. Lo único que lo hace diferente es la fecha: hoy se cumplen trece años.

Trece años que pasaron de forma rápida y, a la vez, lenta; trece años que trajeron toda clase de cambios a mi vida, pero que no lograron modificar lo básico, la esencia de mi alma: ella. Trece años en los que su recuerdo aún permanece fresco, vívido, ardiente; en los que su ausencia aún duele tanto como el mismo día que la vi partir.

Una lágrima se derrama solitaria por mi mejilla y sigue el camino de muchas otras que la precedieron, un camino para purgar el dolor de mi alma. El sonido de llaves me devuelve al momento. Cierro el cuaderno y me limpio los ojos, no quiero que me vea así.

—¿Papi? ¿Estás bien? —Me conoce demasiado, no puedo ocultarle mi tristeza. Asiento con rapidez.

—¿Qué tal te fue con Paty? —pregunto para que cambiemos de tema. Ella dibuja una sonrisa en sus labios, camina hasta la silla vacía frente a mi escritorio y se sienta. Su mirada es dulce y, aunque sé que se ha percatado de mi estado, evita el tema y me cuenta sus cosas.

—Conocí a un chico —afirma y, al decirlo, sus ojos brillan con emoción.

Sonrío. La frescura de su alma es mi alimento diario.

—Así que un chico, ¿eh? —pregunto. Ella sonrío y asiente—. Cuéntame más.

—Yo te cuento, pero tú también lo haces —dice y me señala con su dedo índice como si quisiera amenazarme, yo sonrío—. Vine temprano porque prometiste que hoy me empezarías a contarme qué es lo que tanto escribes en ese cuaderno. —Llevo esquivando su curiosidad por más de dos semanas, pero esta mañana me encontré más triste que de costumbre. Entonces, con la idea de que me dejara solo para poder hundirme en mi melancolía, la insté a que saliera a pasar el día con su mejor amiga. Claro que eso solo lo logré con la promesa de que, a su vuelta, le contaría toda mi historia. Según Taís, ya tiene edad para saber más de mi vida.

Ella es una muchachita inteligente y alegre. Es el oxígeno que yo respiro, no sé qué hubiese sido de mi vida sin ella. Pero insiste en saber el porqué de mi soledad y no

parará hasta conseguir que se lo cuente. He pensado mucho en ello, en si es conveniente compartir mi dolor con alguien más. Quizá, sacar aquello que está incrustado en lo profundo de mi ser y que ha echado raíces tan grandes que crecieron alrededor de mi corazón agobiándolo por completo, pudiera resultar beneficioso. Además, no tiene nada de malo hablarlo con ella, es en quien más confío y ya tiene la edad suficiente como para entender; mi historia podría ayudarla a no cometer los mismos errores.

—Bien, cumpliré con mi promesa —afirmo con una sonrisa, quizá sea la primera del día, pero verla siempre me hace sentir mejor, se parece en tantas cosas a ella. Puede cambiar mi estado de ánimo en segundos.

—Bien. Para hacerte más sencillo el inicio, empezaré yo —dice y sus ojos adquieren un brillo especial—. Este chico es un compañero de Paty. Se llama Rodrigo, y nada, es muy lindo... y dulce. Nos conocimos hoy, así que no hay mucho que contar. ¡Ahora es tu turno! —exclama con emoción.

—Me siento en desventaja, eso es trampa. —Sonrío y luego miro el cuaderno que se ha convertido en mi compañero en los últimos meses. Acaricio su portada y suspiro. Quizá leérselo será más fácil que solo contárselo—. Te lo iré leyendo, ¿te parece? Esto es como... el capítulo más difícil de mi vida.

—¿Y lo escribes en ese cuaderno como si fuera una novela? —pregunta y enarca las cejas con curiosidad y sorpresa.

—Lo hago como terapia —respondo, observo de nuevo a la ventana, los colores de la tarde ya se han ido y solo queda la noche—. Ella decía que escribir era bueno, que era su manera de enfrentar las cosas. Yo nunca lo intenté, hasta... hace poco. Lo hago porque quisiera que esta historia dejara de doler de una vez, necesito soltarla.

—¿Quién es ella? —quiere saber Taís, su rostro muestra sorpresa. Luego, achina un ojo con picardía. Me gusta su forma de ser, es expresiva y espontánea.

—Carolina... —Pronunciar su nombre en voz alta luego de tantos años despierta el pequeño aleteo de las mariposas que vivieron en mi estómago en aquella época y que, ahora, duermen hechizadas por su partida.

—Te escucho entonces —agrega Taís y cruza sus piernas sobre la silla. Se recuesta por el respaldo para buscar la comodidad necesaria para oír una larga historia.

Abro el cuaderno en la primera página, bajo la vista y suspiro. Me da miedo compartir mi historia, siento temor a ser juzgado al compartir aquello que tanto me ha marcado. Levanto la vista de nuevo y la observo, ella sonrío fresca y asiente para darme ánimos. Entonces tomo aire, coraje y empiezo la lectura de mi propia vida:



Era solo un chico, uno lleno de vida, de ganas de experimentar, de vivir, de amar. Tenía diecinueve años y cursaba mi segundo año en la universidad. Era el primer día de clases, llegaba ansioso por encontrarme de nuevo con mis amigos, tenía ganas de aprender un poco más sobre la profesión que tanto me apasionaba: Derecho.

Al entrar al edificio, me encontré con Juanpi, mi mejor amigo. Nos saludamos con un abrazo, llevábamos meses sin vernos pues él había ido a otra ciudad a pasar las vacaciones.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó al verme.

Le comenté sobre mis días de verano, sobre las fiestas en la playa, sobre Laura —una chica a la que había conocido en una de esas fiestas y con la que tenía «algo» aún difícil de definir—. Juanpi me habló de su verano, del encuentro con su familia, del viaje que hicieron y de los lugares que conocieron.

Aún era temprano para las clases, así que nos dirigimos hacia el comedor de la universidad, un buen desayuno antes de empezar era una costumbre para nosotros. Nos servimos y caminamos hasta la mesa habitual.

Entonces, la vi. Era imposible en aquel entonces adivinar que ella sería mi perdición. Su pelo era rubio, tan claro que parecía de oro; sus ojos estaban perdidos en las páginas de algún libro que leía con esmero y concentración, como si el mundo no existiera a su alrededor. Estaba vestida con jeans y una blusa púrpura, mordía un lápiz con el que en ocasiones escribía algo en el libro. De repente, sonreía, levantaba las cejas o fruncía los labios. Sus gestos me agradaron, me parecía dulce, era la imagen vívida de un ángel en la tierra, la inocencia de sus facciones me generaba ganas de abrazarla y de protegerla.

Aún no sabía que era como una rosa, bella y perfecta, pero llena de espinas dolorosas. No había forma de notarlo en ese entonces, yo no lo intuí y me acerqué a ella.

—Hola —saludé con aire galante. Nunca me había sido difícil relacionarme con las mujeres, no era demasiado guapo, pero era cordial y atento, digamos que sabía cómo tratarlas. Juanpi sonrió acercándose algunos pasos por detrás para observar el proceso y apoyarme.

—Hola —dijo sin levantar la vista.

—¿Eres nueva? —insistí.

—Para ti, porque no me conoces —respondió y, al fin, me miró a los ojos. Verdes, verdes como la esperanza que en ese momento albergaba mi ser. La esperanza de que siguiéramos conversando.

Atrevido, galante y astuto, me senté en el sitio vacío y coloqué mi bandeja sobre la mesa; Juanpi hizo lo mismo y la rubia levantó ambas cejas en señal de sorpresa.

—Eso se puede solucionar. Me llamo Rafael, puedes decirme Rafa. —Me presenté y le tendí la mano con seguridad.

—Yo me llamo Carolina, y no puedes decirme Caro, ni Carol, ni Carola y mucho menos Carito. —Su tono era seco y poco amigable, pero eso no era más que combustible para mí y mis ganas de conquistarla.

—Yo soy Juan Pablo —añadió mi amigo—, puedes llamarme Juanpi.

—Entonces, Carolina... ¿No te gustan los apodosos? —pregunté e ignoré a mi compañero.

Él la veía directo a los ojos y ella no bajaba la mirada.

—Me gustan, pero les regalo ese honor solo a mis amigos —zanjó.

—¡Wow! —exclamé mientras comía unas papas fritas de mi plato—. Hablas como si fueras una persona famosa o algo por el estilo —bromeé.

—Aún no lo soy, pero un día lo seré —respondió y volvió a su lectura.

—Entonces, Caro... ¿Qué haces este sábado? —pregunté atrevido, insistente, animado ante el carácter duro de la joven con cara de ángel.

—Contigo, nada... —respondió sin mirarme, Juanpi se echó a reír.

Lo miré de soslayo como para que se detuviera, lo entendió enseguida y se concentró en su comida.

—¿Qué lees tan entusiasmada? —intenté seguir con la conversación sin verme afectado por su desplante.

—Un libro, ¿qué no ves? —respondió y volvió a levantar su mirada hacia mí. Le regalé una sonrisa dulce para tratar de aflojar su coraza. No pensaba desistir.

—Hmmm... ¿Y por qué tanta agresividad?, solo quería ser amable —dije y me encogí de hombros. Decidí cambiar de táctica; a veces, al simular que bajaba la guardia lograba obtener la atención de las chicas como ella. Era hermosa y eso seguro la colocaba en esa situación de creerse superior.

—Mira...

—Rafa —completé ante su duda.

—Rafael... Estoy aquí para estudiar. No me interesa hacer amigos, ya tengo unos cuantos y me conocen desde muy chica —respondió tajante y volvió a su lectura. Por un instante pensé en levantarme y dejarla sola, pero no le daría ese triunfo.

—Pero yo soy muy especial, nunca en tu vida tendrás otro amigo como yo. No puedes dejar pasar esta oportunidad —bromeé ante su estúpido comentario anterior. Una chiquita malcriada no iba a ganarme, no iba a ceder ante sus desplantes.

¡Qué equivocado estaba entonces!

—¿Qué te hace especial? —dijo y me miró de nuevo, esbozaba una media sonrisa entre irónica y divertida. Era hermosa, todo en ella me agradaba de una forma que no podía explicar, me generaba una sensación de querer estar a su lado, de cuidarla, de protegerla. A pesar de mostrarse ruda, yo presentía que, en el fondo, era un suave helado de fresas deritiéndose al sol.

—Puedo ser un buen amigo, soy leal, me encontrarás siempre. Además, soy guapo —añadí con un guiño.

—¿Eso te lo dijo tu madre? —comentó y luego se largó a reír.

Su risa sonaba como miles de cascabeles al viento. Si las estrellas tuvieran un sonido, sería parecido al de su risa. Me quedé embobado ante el hoyuelo en su mejilla derecha, hipnotizado por el verde de sus ojos achinándose, embelesado por el movimiento de su cabello rubio que ondeaba suave como resultado de aquella genuina carcajada.

—Pues sí, mi madre y las chicas con las que acostumbro salir —respondí entre enfadado y feliz. Enfadado porque esta chica me estaba pisoteando, pero feliz porque me hablaba. En aquel momento no pude intuir que esa sería por siempre la realidad de nuestra relación: ella dando sobras y yo feliz de recibirlas.

—¿Chicas como quiénes? —Ante aquella pregunta levanté la vista a mí alrededor, debía encontrar a una chica que a ella le pareciera importante y que fuera buena amiga mía como para seguirme el juego. A las mujeres suele llamarles la atención lo que les interesa a otras mujeres a las que ellas consideren igual o superior.

¡Sara! Ella era la escritora del blog del centro de estudiantes de la universidad. Si a Carolina le gustaba leer, era probable que la conociera y la admirara, Sara era genial con el uso de las

palabras.

—¡Sarita, bella! —La llamé y se giró a mirarme, se acercó entonces a la mesa y saludó.

—¿Qué hacen? —preguntó sonriente.

—Aquí haciendo una encuesta para ayudar a la compañera nueva a decidirse. A ver, dime, ¿crees que soy guapo? —pregunté.

Sarita me observó con confusión y yo le guiñé un ojo sin que Carolina lo pudiera ver. Ella entendió que debía seguirme y sonrió.

—Claro que eres guapo, Rafael, también inteligente. Eres uno de los chicos más prestigiosos de la universidad. —Bueno, Sara se lo tomó en serio y ya hasta exageraba.

Me apretó las mejillas y me plantó un beso fugaz en los labios. Juanpi por poco y escupe lo que bebía. La chica me sonrió y se alejó elegante y divertida. Yo me quedé algo atontado.

—Bien... parece que puedo considerar tu caso —añadió entonces Carolina mientras miraba a Sara caminar hacia una mesa llena de chicos y chicas del centro de estudiantes, mi idea había dado resultado y, al menos, le había generado curiosidad—. Te espero el sábado, a las seis de la tarde, en la Biblioteca Nacional. Debo buscar un libro y tú puedes ayudarme con eso.

—¿Eso es una cita? —pregunté con entusiasmo sintiéndome orgulloso por mi triunfo.

—No. Es un... encuentro de lectura —agregó y luego se levantó para salir del comedor e ir a quién sabe dónde, quizás a su salón.

Era hora de comenzar con la primera clase.



Levanto la vista y noto que Taís se muerde el labio; se ve entusiasmada, atenta y emocionada.

—¿En serio me vas a contar tu vida como si estuviéramos leyendo una novela!? —Sonríe mientras junta las palmas de sus manos en pequeños y entusiastas aplausos.

—Solo si no te parece aburrido. —Me encojo de hombros avergonzado y ella niega.

—¡Claro que no! Yo quiero saber por qué hay tanta tristeza en tus ojitos —dice con ternura.

—Un capítulo por día, cada noche, antes de dormir —propongo.

—¿Cómo cuando era niña y me leías un cuento a diario?

Despierta en mí el recuerdo de cuando ella era apenas una niña que intentaba a toda costa mantenerse despierta hasta el final de las historias.

—Exacto —asiento.

Ella camina hasta mí y me abraza, me da un beso en la mejilla y luego busca mis ojos con su mirada gris, serena.

—Te advierto que voy a matar a la persona que te hizo tanto daño. — Amenaza con su dedo índice levantado, yo niego—. Pero mientras tanto, veamos que hay para cenar. Tengo hambre

Me levantó y la sigo hasta la cocina; buscamos en los estantes y decidimos qué comer mientras ella comienza a contarme su día con lujo de detalles y yo trato de olvidar el mío.

Conociéndote

Hoy fue un día tranquilo, raro para ser lunes. La oficina estuvo casi sin movimiento, lo que me permitió llegar temprano a casa. Me di un baño, escribí un poco y ahora preparo la cena para Taís y para mí. Son cerca de las nueve y ella no tardará en llegar de sus clases de danza.

—¡Hola, familia! —anuncia, tan alegre como siempre.

No sé qué sería de mi vida sin ella y sin su alegría de vivir. Creo que hay dos tipos de personas en este mundo: las que se ahogan en los problemas y las que nadan a través de ellos. Supongo que yo pertenezco a la primera y ella a la segunda.

—¡Hola! ¡Estoy preparándote una cena deliciosa! —grito para que me oiga desde la entrada y venga junto a mí.

Segundos más tarde, la veo en el umbral de la puerta de la cocina. Sus cabellos recogidos, su bolso colgado al hombro y su uniforme de la academia de danzas.

—Estoy muerta de cansancio, pero no sabes lo que pasó —dice con entusiasmo—. En tres meses vendrán los del Ballet Nacional a hacer audiciones en la Academia y la directora me dijo que podía presentarme. ¿Sabes lo que es eso, papi? ¡Mis sueños de ser una bailarina profesional podrían estar más cerca de lo que pensaba!

—Me agrada eso, pequeña, pero quiero que te cuides. Nada de dejar de comer ni tampoco de descuidar la escuela, ya falta muy poco. —Taís va a clases de danza desde los tres años, es su pasión y su sueño, una de las cosas que la mantuvo firme cuando su mundo se tambaleó. Pero el ambiente de la danza es duro, ensaya hasta quedar sin aliento y el entorno es muy exigente con la cuestión de la alimentación. Ella tiene varias compañeras con problemas alimenticios y yo no quiero que ella pase por eso. No, otra vez no. Lo hablamos desde que era muy pequeña; por suerte, su textura física le ayuda: es chiquita y delgada, justo como su madre.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes por eso. ¡Pero estar en un *ballet* es lo que siempre quise! —exclama con emoción entre saltitos de entusiasmo.

—Lo sé, y estoy seguro de que lo lograrás. Me encantará estar allí en primera fila viéndote bailar y ser feliz —digo con cariño.

Ella me regala una sonrisa tierna y, luego de dejar su bolso botado en el suelo —como siempre—, se sienta en su sitio de siempre frente a nuestra pequeña mesa

redonda. Sirvo la cena para ambos y comemos mientras conversamos un poco más acerca de nuestros días.

—Lavo los cubiertos, me baño y te veo en el estudio para que sigamos con el capítulo del día, papi —dice cuando acabamos.

—Pensé que ya lo habías olvidado —suspiro.

Es mentira, sabía que no se le olvidaría, pero tenía la esperanza de que el cansancio le ganara. Aún me cuesta abrir mi mundo.

—¡Nunca! Estoy súper intrigada con aquella historia y quiero saber quién es esa mujer —exclama.

Me gustaría responderle que yo también quisiera saberlo, pero prefiero callar.

Un rato después, ella se acomoda, con sus piernas cruzadas sobre el asiento en lo que ella llama «posición mariposita» —pues con ese nombre enseñan a las niñas pequeñas en el *ballet* a sentarse así—. Yo también estoy en mi sitio, con el cuaderno en mis manos, abierto en el capítulo de hoy, mientras intento tomar coraje para adentrarme en las páginas de mi vida pasada.

—Te escucho con atención —dice Taís para alentarme y sonríe.



El sábado estuve allí desde las cinco y media, esperándola ansioso. Algo en esa chica hacía que mi interior vibrara, que mi corazón despertara de una forma que nunca antes había experimentado. Ella me atraía y, desde el inicio, supe que Carolina sería especial en mi vida, de esa clase de chicas que dejan huellas a su paso. Lo que entonces no sabía era que ella terminaría siendo mi todo y que, cuando la perdiera, solo me quedaría la nada.

Ella llegó a un cuarto para las seis. Sonrió al verme recostado contra la pared de la Biblioteca. Iba con un vestido corto de color azul, medias negras largas y botas del mismo color. Llevaba el pelo suelto y desaliñado, un bolso pequeño y un par de libros bajo sus brazos. Sus labios estaban pintados en un rosa tenue y en su mano libre traía una botella de agua.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó al verme.

—No, solo unos minutos.

—Bien... entremos entonces —dijo sin siquiera saludarme con un beso en la mejilla.

En la biblioteca no pudimos hablar mucho, eso me ponía nervioso. Cada vez que intercambiábamos palabras, alguien nos miraba con mala cara para que hiciéramos silencio. La biblioteca no es un buen lugar para tener citas.

No sabría decir qué es lo que ella hacía en realidad, iba a uno de los estantes, sacaba unos libros y los traía a la mesa; los abría y buscaba algo en ellos; tomaba apuntes y luego los cerraba y los llevaba de nuevo a su lugar. Repetía el proceso una y otra vez. Yo, mientras, estaba fascinado con la gracilidad de sus movimientos, con la belleza de su cuerpo y de su rostro, con la armonía de sus facciones que cambiaban de una a otra mientras hojeaba los ejemplares. Algo la tenía emocionada, motivada, embebida en todo lo que hacía. Por un instante deseé ser ese algo y que me mirara de la misma manera en la que observaba a esos libros, con tanta emoción y entusiasmo.

Entre susurros escuetos, no decía mucho más que lo que le parecían aquellos libros. «En este encontré mucho, en este no encontré casi nada». Solo hacía esa clase de comentarios, así que me encontré preguntándome si aceptaría ir a tomar un café después de este «encuentro de lectura», como ella lo había denominado, aunque yo no estuviera leyendo ningún libro.

Cuando por fin dio por terminada la búsqueda de no sé qué, nos decidimos a salir de la biblioteca. Una vez afuera, y antes de que se despidiera, me animé a invitarla, con mucho miedo al rechazo. Ya desde ese entonces podía presentir que ella era como una cajita de sorpresas, nunca se sabía cómo terminaría actuando, pero eso a su vez me atraía y me atrapaba.

—¿Vamos a tomar un café? —solté de la forma más casual posible.

—Hmmm... —Me observó un tanto confundida, sus labios fruncidos y sus cejas levantadas me hicieron entender que lo estaba pensando.

Me adelanté a su respuesta.

—Vamos, no muerdo... —Sonreí con dulzura, para ver si cedía un poco.

—Okey, pero no tengo demasiado tiempo —zanjó.

Si dentro de mí hubiera habido personitas como esas de la película de Disney^[1], en aquel momento habrían estado saltando, emocionadas y felices, mientras festejaban la victoria. Y es que los hombres somos competitivos y esta chica se había convertido en un desafío para mí. Solo que en aquel entonces no sabía que había guerras que era mejor no batallarlas y nadie me había dicho aquel refrán de que: «Huir a tiempo no es cobardía».

—Bien, te llevaré a un sitio donde sirven un capuchino único —comenté en un intento por contener la emoción.

—¿Quién dijo que me gusta el capuchino?

La observé y parpadeé, confundido ante su comentario, pero ella entonces se echó a reír y me di cuenta de que bromeaba.

—Amarás ese —respondí con confianza en la voz y ella solo asintió con su sonrisa fresca.

Cuando llegamos al café, elegimos una mesa con vista a la calle. Nos trajeron el menú y entonces ordenamos dos capuchinos, yo pedí un muffin de canela y ella pidió brownies de chocolate con almendras.

—¿No es demasiado dulce para alguien tan dulce como tú? —pregunté con la intención de hacer un tonto cumplido porque no se me ocurrió nada mejor para arrancar alguna conversación.

—Hmmm —dijo y me observó a los ojos. Me perdí por unos segundos en el verde profundo de su mirada—. ¿En serio crees que soy dulce?

—Creo que eres como una de esas frutas que tienen la cascara un poco ácida o amarga, pero que por dentro pueden ser muy dulces. Como una fresa... Al principio pueden ser un poco ácidas, ¿no?

—¿Me estás diciendo que por fuera soy ácida o amarga? —preguntó con seriedad, lo que me puso algo nervioso.

—Bueno... no puedes negar que has sido bastante ácida conmigo. —Me encogí de hombros.

—Puedo ser muy dulce si me lo propongo. —y entonces sonrió de una forma tan exquisita y única, que creo que ese fue el momento exacto en el que caí rendido a sus pies. El instante preciso en el que mi yo se impregnó de ella para no volver a ser nunca más a ser simplemente yo, al menos no sin ella.

Carolina tenía varias sonrisas, y esa era y sería por siempre la que yo más la amaría, la que más añoraría. Aquella sonrisa parecía salirle del alma, iluminaba su rostro y hacía que sus ojitos se achinaran hasta dejar solo un par de destellos verdes que iluminaban sus facciones como faroles. El pequeño hoyuelo se hacía más profundo y su rostro perdía las muecas irónicas para convertirse en el de una niña inocente, serena, a quien daban ganas de abrazar. Me rendí ante esa sonrisa, ante esa mirada dulce, y asentí con seguridad.

—No me cabe ninguna duda, Carolina.

—¿Qué estudias? —preguntó mientras empezó a comer lo que le habían servido. Devoraba sin piedad su plato y a mí me agradaba verla así.

—Derecho —contesté—. ¿Tú?

—Letras, obvio —respondió con la boca llena. Me parecía adorable.

—Háblame del libro que vas a escribir, el que te hará famosa —bromeé.

—Estoy investigando, quiero escribir una novela de fantasía, algo sobre ángeles y demonios. Pero no quiero que sea igual a nada que ya está escrito, quiero hacer algo único y fuera de serie. Por eso no me apresuro, soy de las que piensan que las cosas buenas llevan su tiempo.

—¿Para eso revisabas tantos libros? —inquirí y ella asintió.

—Sí, son libros que hablan sobre el tema. Necesito informarme sobre lo que ya existe para luego escribir lo que aún no hay —respondió con seguridad.

—Así que fantasía, ¿eh? —pregunté mientras comía mi muffin.

—Sí, me gusta la idea de inventar una realidad alternativa. Una donde yo tenga el control de hacer y deshacer. Cuanto más alejado esté de la realidad, mejor. Para historias reales ya tenemos la vida misma —añadió y se encogió de hombros.

—Interesante teoría. Ahora prométeme algo.

—¿Qué podría prometerte? —cuestionó curiosa.

—Que el primer libro me lo dedicarás a mí y me lo firmarás.

—¿Dedicártelo? No sé. ¿Por qué debería hacer algo así? Ahora lo de firmarte una copia, eso sí... claro.

—Pero debe ser la primera que firmes —insistí.

—Bueno... lo pensaré. —Sonrió de nuevo—. Me gusta que creas en mí, la gente piensa que estoy un poco loca y que estas ideas son estrafalarias.

—¿Qué gente? —pregunté intrigado.

—Mi gente... —dijo y volteó la vista a la ventana. Frunció el labio, parecía incómoda. Algo de su luz propia se opacó en su mirada, pero rápido ocultó aquello y se volteó de nuevo a verme—. ¡Esto está genial! Tenías razón, el capuchino es delicioso.

—Cuando quieras, podemos repetirlo —agregué y ella negó con una sonrisa divertida.

—Ya veremos, ahora voy un rato a los sanitarios.

La esperé y, cuando volvió, caminamos hasta su casa.

—Es aquí —dijo cuando estuvimos enfrente—. Gracias por acompañarme hoy y por la merienda... —Parecía nerviosa. Su casa era bonita, en un barrio de clase alta, pero no era una construcción demasiado ostentosa o, al menos, por fuera no se veía de esa forma.

—Cuando gustes. ¿Me darías tu número de teléfono? —pregunté y se mordió el labio, dubitativa.

—Quizá más adelante —afirmó y luego ingresó a la casa, despidiéndose con la mano.

La vi perderse y caminé hasta el sitio donde tomaría el autobús a mi hogar.

Sentimientos encontrados fluían dentro de mí. Por un lado, estaba feliz, parecía haber derretido aunque fuera un poco la coraza de Carolina, pero ella seguía distante, ilegible, me daba la sensación de ser inalcanzable. Suspiré. Después de todo, era nuestra primera salida y ya había logrado algo bueno, quizá todo mejoraría más adelante, o eso quería creer yo.



—No parece ser mala... Quizá solo le costaba abrirse a los demás —comenta Taís cuando cierro el cuaderno y levanto mi vista para encontrarme con sus ojitos grises.

—Nadie es demasiado bueno ni demasiado malo. El problema son las decisiones que tomamos, Taís. Podemos hacer mucho bien o mucho daño con ellas. A veces pensamos solo en nosotros mismos —suspiro pensativo.

—No quiero opinar mucho aún. Supongo que hay todavía una larga historia por conocer, pero siento tu dolor, papi. Es muy fuerte, muy tangible, es como una sombra que no te suelta, está allí siempre en ti. Espero que escribir esto te permita soltar lo que te ata a ella. Sea lo que sea.

—Eres una chica inteligente. Estoy muy orgulloso de ti y de la mujer en la que te estás convirtiendo —digo sonriente. Después de todo, tengo la sensación de que abrirme a ella y contarle mi historia no ha sido una mala idea.

—Todo lo que soy, te lo debo a ti —añade antes de levantarse y abrazarme.

[1] Referencia a Inside Out.

Encuentro

Hoy fue un día intenso, el trabajo estuvo cargado, pero eso es bueno, trabajar me gusta porque me distrae, además mi profesión es —junto a Taís—, todo lo que tengo, me entretiene.

—Papi, ¿me vas a dar permiso y dinero para salir el viernes? Tenemos un cumpleaños y, Paty y yo, queremos ir a la peluquería. Se abrió una nueva cerca de su casa y están haciendo una promoción de dos por uno, o sea que nos va a salir a mitad de precio. —Está entusiasmada con aquello, ella es coqueta y le agrada maquillarse, peinarse y arreglarse. Cuando Taís era chica, yo solía ser su juguete, me peinaba y me maquillaba hasta dejarme peor que a un payaso.

—¿Va a ir cierto chico que conociste hace unos días a ese cumpleaños? —pregunto con tono pícaro y divertido, las mejillas de Taís se pigmentan de un rosa intenso y yo río abiertamente.

—¿Soy muy obvia? —Quiere saber, su sonrisa es dulce.

—Un poco, pero solo porque te conozco demasiado. No hay problema, tienes el permiso y el dinero, pero no vuelvas demasiado tarde porque me preocupo.

—Paty se quedará a dormir aquí porque sus padres viajarán, ¿puede? —pregunta sonriente.

—Claro, pero ¿cómo vendrán de la fiesta?

—¿Nos puedes buscar? —inquieta y coloca las manos juntas como si pidiera por favor.

Yo asiento. Esto de ser padre de una chica de la edad de Taís es estar en constante movimiento.

—Bueno, ¿seguimos con esto? —pregunto ya en el escritorio, cada quien en su sitio, listos para nuestra lectura diaria. Yo cada vez menos desinhibido y Taís cada día más curiosa.

—Soy toda oídos.



Después de la primera salida, no supe de Carolina en varios días. La busqué en la universidad, pero nadie sabía nada. Había una chica que solía estar con ella, me acerqué a preguntarle y me dijo que estaba indispuesta. Le pedí su número pero, como buena amiga, dijo que no podía dármelo y que ya volvería, que no me preocupara.

Laura me había llamado a menudo en esos días, quería salir conmigo, repetir los encuentros de las vacaciones. Ella era bonita, interesante y muy fácil. No en el mal sentido de la palabra, sino que no era difícil estar con ella, conquistarla, sacarle una sonrisa. Decidí invitarla al cine y a cenar esa misma noche; la desaparición de Carolina me hacía sentir en cierta forma frustrado, necesitaba de alguien como Laura que me ayudara a pensar en otra cosa, por momentos sospechaba que me estaba obsesionando.

Después de haber salido con Carolina el otro día, yo había quedado entusiasmado con ella, con sus misterios, con sus sonrisas y con sus ironías, pero a ella parecía haberle dado igual. Desapareció como si nada y yo estaba seguro de que, en cualquier momento, aparecería de la misma forma.

Cuando llegó la hora pactada, busqué a Laura por su casa. Ella se acercó a mí y plantó un dulce beso sobre mis labios. Teníamos algo, no puedo definir muy bien qué era, una especie de amistad especial o de amistad con derechos, visto que habíamos pasado ya ciertos límites. Le correspondí al beso y luego la observé de arriba abajo: traía una blusa negra, pantalones del mismo color y una chaqueta en tono rosa viejo que le daba cierto aire juvenil. Su cabello lleno de ondas iba suelto por sobre sus hombros y, cuando me pilló observándola, levantó las cejas y ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó con tono sexy.

—Cualquier cosa que te pongas me gustará —respondí, la tomé por la cintura para acercarla a mí. La verdad es que ella me gustaba y que, cuando estábamos juntos, me sentía cómodo, como si estar juntos fuera lo correcto.

La llevé hasta el auto y, como todo buen caballero, le abrí la puerta para que pasara. Luego fui hasta mi sitio y conduje hasta el cine; compramos las entradas, las palomitas y los refrescos, y nos dispusimos a esperar a que se habilitara la sala. No sé qué película íbamos a ver, en realidad, Laura la había elegido y yo solo había pagado.

La gente que estaba en la función anterior comenzó a salir de la sala y yo tomé a Laura de la mano para que nos acercáramos de manera que apenas se despejara la sala pudiéramos entrar entre los primeros. Me gustaba elegir los asientos del medio, ni muy adelante ni muy atrás, y teniendo en cuenta que había muchas personas esperando, pretendí adelantarme para conseguir buen lugar.

Entonces, la vi cuando salir de una sala. Iba abrazada del cuello de un chico y sonreía. El muchacho tenía una de sus manos aferrada a la cintura de ella y con la otra hacía señas que a ella le parecían muy simpáticas. Mi estómago se encogió, sentí celos, le regalaba a ese chico la misma sonrisa dulce que me había obsequiado a mí el otro día. Y, no sabía por qué, pero algo dentro de mí se alzaba posesivo y atrevido. Abracé a Laura con la tonta e ilógica intención de que Carolina sintiera lo mismo que yo cuando me viera, pero ella solo pasó de largo y levantó una mano para saludar de lejos. No respondí al gesto, estaba demasiado molesto.

Casi empujé a Laura entre la multitud para que ocupáramos un asiento, luego me disculpé. Me excusé para ir al baño antes de que empezara la película. Salí como un bólido esperando encontrar a Carolina aún por allí y, para mi suerte, la vi afuera del sanitario de damas. Me acerqué de forma casual, como si yo fuera a entrar al de caballeros que estaba enfrente.

—¡tola! —saludé y ella sonrió mientras secaba sus manos aún mojadas por su pantalón de jean.

—tola —respondió concentrada.

—Hay una máquina adentro que tira aire caliente, sirve para secar las manos —dije y señalé la puerta del baño de damas.

—No tengo paciencia para esperar a que se sequen con el viento.

—¿Qué te sucedió estos días que no has ido a la universidad? —pregunté. Cambié de tema, consciente de que no teníamos demasiado tiempo.

—Ehmm hummm... estuve un poco enferma —respondió dudosa y se encogió de hombros.

—¿Gripe? ¿Algún virus?

—Sí... un resfriado muy fuerte —respondió—. Mañana estaré por allí.

—Bien... yo... —No sabía qué más decir, pero entonces el chico de hace rato apareció al lado nuestro haciendo lo mismo que ella, secando las manos por sus pantalones.

—Hola —saludó.

—Él es Rafael, un amigo de la universidad. —Me presentó con velocidad, lo que me hizo pensar que se excusaba por hablar conmigo.

—Un gusto, soy Gael —dijo el chico pasándome la mano—. Su primo —agregó y la miró, ella asintió.

Una ráfaga de alivio se instaló en mí, no era su novio, era su primo y eso logró que una sonrisa genuina se pintara en mi rostro.

—Un placer —respondí al saludo mientras me volvía la sangre al cuerpo.

—Nos vemos mañana —se despidió Carolina y tomó de la mano a Gael. Caminaron hacia la salida y yo entré al baño.

Me lavé la cara y suspiré mientras veía mi imagen en el espejo. No me conocía a mí mismo. ¿Dónde estaba toda la seguridad que solía tener con las chicas? ¿Dónde estaba mi capacidad de mantener mi mente siempre fría y no dejar que ninguna chica ingresara a mi vida más de lo que yo podía controlar? No quería terminar como esos idiotas enamorados que se dejaban manejar como títeres por sus novias, siempre había dicho que jamás sería uno de esos. Yo podía manejar la relación siempre y cuando fuera quien quisiera menos.

Desde pequeño había aprendido que las relaciones eran una cuestión de tire y afloje, a veces tocaba dar y otras ceder, pero, según mi madre, siempre había uno que quería más. En el caso de mi familia era ella quien siempre cedía ante los excesos de mi padre. Siempre terminaba por perdonarle todo, yo odiaba verla sufrir a la espera de que él pusiera de su parte. Me prometí a mí mismo no convertirme en esa clase de persona.

Volví a la sala y me senté al lado de Laura, aún un poco afectado por mi reciente encuentro con la chica que revolvió todo dentro de mí. Laura con su sonrisa fresca y espontánea me tomó de la mano justo antes de que se apagara la luz y empezara la película.

Cuando uno está con alguien metido en la cabeza o en el corazón, todo, hasta lo más sencillo, le recuerda a esa persona. La película trataba de

ángeles y demonios, supongo que era por eso que Carolina vino a verla — para su «investigación»—. Ella era algo obsesiva, su tenacidad era impresionante. En la noche pensé para mí mismo que esa clase de gente siempre consigue lo que busca, ella probablemente alcanzaría el éxito y la fama que tanto anhelaba.

Cuando la película terminó, fuimos a cenar algo, una pizza en un local italiano que a Laura le agradaba.

—Estuvo buena la peli, ¿no? —pregunté y ella asintió.

—Por cierto, ¿de dónde conoces a la chica que saludaste antes de entrar? —comentó mientras tomaba un pedazo de pizza con sus manos y se lo llevaba a la boca.

—Hmmm... de la facultad —respondí fingiendo que tardé en recordar de quién me hablaba.

—Fuimos compañeras de colegio un par de años, es una chica rara — afirmó mientras comía.

—¿Rara? ¿Por qué?

—No sé... —Se encogió de hombros—. Se la pasaba leyendo, metida en su mundo de fantasías, soñando con ideas locas para un libro que nunca escribió. O al menos, no hasta ese momento. Además, no tenía amigas y era... algo malvada.

—¿Malvada? —pregunté con una sonrisa, ese término me parecía exagerado.

—Sí... Digamos que era de esa gente que parece no tener corazón — afirmó y se encogió de hombros.

Aquello me llamó mucho la atención. No sé a qué clase de gente se refería Laura. ¿Quién no tiene corazón? Supongo que todos tenemos el poder de amar y, a la vez, de dañar a alguien.

—¿A qué te refieres? —pregunté curioso.

—No, no es nada... Solo es una tonta historia de la secundaria. Mejor planeemos el fin de semana. ¿Quieres ir a la playa? Tengo una fiesta en casa de unas amigas. ¡Descontrol! —Sonrió, meneó un poco su cuerpo en la silla y levantó su vaso para brindar.

—Eso suena interesante. —Brindé con ella—. ¡Por el descontrol! —Ofrecí y golpeé mi vaso con el suyo suavemente.

Aquella noche me quedé pensando en la idea que Laura tenía de Carolina, quería creer que era solo cuestión de chicas.



—Me cuesta mucho imaginarte así, papi. Tan... libre, divertido y alocado.

—Supongo que todos fuimos jóvenes alguna vez, pequeña. —Sonrío ante su comentario.

—No se trata de ser joven; en principio, ni siquiera eres viejo. Pero a lo que me refiero es a que ahora eres tan... comedido. No te he conocido una novia en años, la última que recuerdo fue Rebecca, y eso fue cuando yo tenía ocho o nueve años. Antes parecías salir con muchas chicas —añade y yo me encojo de hombros.

—Ya ves, supongo que tú eres mi única chica —digo y le guiño un ojo.

—Eso me halaga, pero sabemos que no es cierto. Esta chica, Carolina, marcó tu vida de tal forma que no pudiste superarla nunca. Supongo que no encontraste a nadie que estuviera a su alcance en tus ojos, papi, pero me temo que el problema no es ella, sino tú —dice.

La observo con curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto un poco asombrado por su comentario ya que aún no sabe casi nada de la historia.

—Pienso que las personas pueden dejarte marcas imborrables, pero siempre serás tú el que decide superarlas o no. Quizá no la perdonaste, quizá te quedaste sin decirle algo, no pudiste cerrar la historia y por eso se te quedó allí, atragantada. Pero ¿crees que ella está así por ti ahora, papi? ¿Crees que ha dejado su vida de lado por ti? —pregunta y yo tardo en responder.

—No, no lo creo; no lo hizo antes, mucho menos ahora —admito con franqueza y algo de melancolía. Lo que me acaba de decir es muy cierto, duele.

—¿Sabes qué ha sido de ella? —pregunta, curiosa.

—No tengo ni idea.

—¿Y si la buscamos en *Google*? ¿En *Facebook*? —sugiere, entusiasmada—. Quizá podrías hacer el cierre.

—No, no quiero buscarla. Creo que eso sería mucho más doloroso. Para mí escribir esto es el cierre, Taís. A veces cuando lo escribimos, lo leemos y lo compartimos, entendemos mejor las cosas —digo con seguridad. Si algo es seguro es que no quiero saber dónde está Carolina ni qué ha sido de ella.

—Bien... ya veremos a medida avance la historia, papi —responde con una media sonrisa, espero que no trame nada extraño, Taís a veces puede ser bastante impredecible.

Dulzura

Estoy sentado en el sofá de la sala, frente al televisor, ha sido un día tranquilo, pero aun así me siento cansado. Escucho la puerta abrirse y los pasos de Taís.

—Hoy estoy súper agotada —dice apenas me ve, viene de sus ensayos. Supe que sería así desde que mencionó lo de la audición. A veces no entiendo por qué se esfuerza tanto, pero supongo que es el camino para alcanzar sus metas.

—¿Quieres acostarte o vas a cenar primero? —pregunto mientras la observo dejar sus cosas sobre el sofá, por una vez no las tira al suelo.

—Me daré un baño y luego bajo a cenar. Tienes que leerme el capítulo de hoy —dice y bosteza.

—Si estás cansada, lo dejamos para mañana, Taís. No es necesario que...

—No, sí es necesario. Me intriga, quiero saber más y más. Además, tengo cosas que contarte. Espérame, vuelvo en un rato.

Preparo un poco de agua caliente y sal en un cuenco para que coloque sus pies adentro. Lo llevo al escritorio junto con su plato con comida, puede cenar mientras yo leo, así no se acuesta tan tarde. Taís se exige demasiado, va al colegio por la mañana y se queda hasta la tarde, de allí sale y va a la academia donde ensaya por largas horas. Sus pies están llenos de heridas que las zapatillas de punta le infligen, es un arte sacrificado, pero ella lo ama. Cuando uno las ve tan suaves y ligeras desplazándose en los escenarios, no tiene idea de lo duro que es llegar hasta allí.

—Te busqué en la cocina y no estabas —dice al volver.

—Ven aquí, te preparé esto porque de seguro te duelen los pies. Siéntate y come mientras te leo. ¿Qué opinas?

—Que tengo el mejor papá del mundo. —Sonríe y hace lo que le digo.



Al día siguiente, fui ansioso a la universidad con todas las esperanzas puestas en la promesa de Carolina de vernos ese día. No sabía qué implicaba el «vernos», si se trataba de la parte literal de cruzarnos por uno de los pasillos o si era más bien hablar mientras tomábamos algo en la cafetería durante los recesos. Mi cabeza volaba a alta velocidad mientras me encontraba en clases, soñando despierto con topármela en la cafetería y que me permitiera sentarme con ella. Incluso imaginé algunos posibles diálogos. En definitiva, la necesidad de verla se hacía intensa y me volvía loco.

Cuando llegó uno de los recesos, fui a la cantina, seguido por mi amigo Juanpi, para ver si, por si acaso, la veía a Carolina por allí y casualmente me sentaba a su mesa. Pero no estaba, así que compramos algo para comer y salimos al patio. Allí la encontré sentada en el suelo con las piernas cruzadas y recostada contra un árbol, leía un libro y comía un sándwich. Al lado de ella reposaban su mochila, un vaso con refresco, una botella de agua y una tableta de chocolate. Me disculpé con Juanpi, para que entendiera que no quería su compañía, y me acerqué a ella. Él se quedó observando a la distancia.

—¿Así que te gustan las cosas dulces? —dije y señalé el chocolate.

—El chocolate me da muchísimo placer —afirmó ella con un tono divertido. Lo observó y luego levantó la vista para verme a mí.

—Es bueno saber cuáles son las cosas que te generan placer —respondí con obvias segundas intenciones y ella rio, desenfadada.

—Creo que son varias, pero habrá que averiguarlas de a poco —continuó el juego y logró volverme loco ante lo que aquella frase prometía.

¿Acaso me pedía de alguna forma que investigara qué era lo que le daba placer?

—Con gusto haría esa investigación —respondí con mi mejor sonrisa sexy, aquella por la que las chicas solían caer rendidas ante mí. Bueno, no a un cien por ciento, pero me había funcionado algunas veces.

—¿Tenías una cita con Laura ayer? —preguntó entonces y me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—¿La conoces? —Fingí como si no supiera la respuesta a esa pregunta.

—Fuimos compañeras en la escuela —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿También asiste a esta universidad? No la he visto por aquí...

—No, nos conocimos en verano, por medio de unos amigos —comenté.

—¿Tienen algo? ¿Están saliendo? —preguntó y me miró de una manera que me aceleró el corazón.

¿Me lo consultaba por curiosidad o era porque le importaba? ¿Habría sentido ella lo mismo que sentí yo al verla con Gael?

—Hmmm. No es mi novia... pero...

—No me digas que eres de esos chicos que toman a las chicas como una diversión pasajera y ya —respondió al tiempo que frunció el ceño y negó con la cabeza.

En realidad no me lo preguntaba, lo estaba afirmando.

—¡Ey!, tranquila —dije y levanté una mano en gesto para que se detuviera—. Es algo que surgió entre los dos, no soy solo yo, fue una relación de verano y bueno... en ocasiones nos encontramos o hacemos algo.

—¡Odio a los chicos que son así! —exclamó con exageración, yo solo abrí los ojos como platos y levanté mis brazos en señal de rendición.

—Ya te dije que es algo de común acuerdo. No me gusta jugar con las personas, Carolina. Si es eso lo que piensas puedes estar tranquila, no soy de esos.

—Bueno, de todas formas es cosa tuya... y de ella si se deja envolver por tus bonitos ojos o por tu sonrisa sexy.

—Entonces admites que mis ojos son bonitos y que mi sonrisa es sexy... Interesante —dije y traté de mantener la calma, aunque esa afirmación había hecho revolucionar a mi corazón.

Ella solo negó con la cabeza.

—¿Qué te pareció la película? —preguntó para cambiar de tema, yo sonreí mientras la miraba fijo a los ojos antes de contestar.

—Me recordó a ti, creo que cualquier ángel que vea en cualquier sitio ahora me recuerda a ti.

Ella me regaló su sonrisa dulce, aquella que me encantaba, y pareció sorprendida por mi respuesta.

—Tú... ¿piensas en mí? —preguntó con un tono de voz que no le era muy común, parecía algo insegura, un poco avergonzada quizá.

No sé, pero las ganas de protegerla me regresaron de una forma abrumadora. Se veía y se sentía vulnerable.

—¿Eso te extrañaría? —inquirí más que nada para medir su reacción, ella solo se encogió de hombros y bajó un poco la mirada en un gesto que demostraba inseguridad.

—Sí... un poco... no lo sé —admitió.

Me generaba unas inmensas ganas de abrazarla y decirle que sí, que pensaba en ella mucho más de lo que podía imaginar.

—Sí, pienso en ti... bastante —admití y me animé a tomar su mano entre las mías. Ella no se movió, pero tampoco levantó la vista. Estaba nerviosa, yo sonreí para sacar la tensión del asunto—. ¿Te molesta que piense en ti?

—No, en realidad no sé cómo sentirme al respecto, yo... no estoy acostumbrada a importarte a nadie. Digo, no es que yo te importe, pero si piensas en...

—¡Oye! —La interrumpí y ella volteó a mirarme, le sonreí de la forma más dulce que pude pues en sus ojos vi algo parecido al miedo—. Me importas, Carolina... —afirmé.

—Creo que puedes llamarme Caro, o Carito o Carola o como quieras —dijo y me guiñó un ojo.

—¿Puedo suponer entonces que ya somos amigos aunque no nos conozcamos desde siempre como me dijiste aquella vez?

—Creo que puedes suponer eso —respondió con su expresión de vulnerabilidad, aún dócil, aún insegura.

Nos quedamos en silencio por un rato, no era incómodo, sino más bien agradable. Ella tomó el chocolate y lo partió para darme un pedazo. Lo comimos en silencio mientras ella bebía toda el agua que traía en su botella. Cuando iba a preguntarle cómo podía tomar beber tanto luego del chocolate, llegó la hora de volver a clases, así que la ayudé a levantarse, a juntar sus cosas y la acompañé a su salón. Nos despedimos en el umbral y, cuando iba a ingresar, la llamé de nuevo.

—¿Puedo acompañarte a tu casa a la salida? —Me animé a preguntarte.

—Creo que eso sería divertido —asintió ella y se perdió en su salón.

A mí se me pintó una sonrisa de felicidad en los labios. Caminé a mi clase mientras percibía el aire que ingresaba a mis pulmones y me hacía sentir vivo, pleno, entusiasmado ante la gama de posibilidades que me dibujaba el futuro al lado de Caro.

Las horas que quedaban no pasaron tan rápido como me hubiera gustado, pero lo bueno es que todo llega; la hora de la salida también llegó. Lo malo es que no encontré a Caro por ningún lado y su amiga — que creo que se llamaba Leila— me dijo que se había tenido que marchar y que me pedía que la disculpara.

Ahí estábamos de nuevo, recién en el inicio de la relación más tormentosa que tendría en mi vida y descubriendo —sin darme cuenta— cuál sería la dinámica de esto: ella dando y luego retirando lo dado. Ella mostrándose y luego ocultándose.

De todas formas, en ese momento no lo entendí, y no sé si algún día llegaré a entenderlo, lo cierto es que me sentí mal. La felicidad, la algarabía y el entusiasmo que me habían llenado durante todas esas horas se difuminaron y me llevaron por los caminos de la frustración, el enojo y hasta la tristeza. Me sentía como un niño de cuatro años al que le explotan su globo.

Salí de allí rumbo a mi auto mientras renegaba contra mi suerte. Me pregunté si acaso, si hubiera salido unos minutos antes, aún la hubiera encontrado, si tan solo el profesor de Criminalística no hubiera tardado tanto en cerrar la clase. Lo cierto es que ella no me había querido esperar, o quizás en realidad había sucedido algo... o... En un momento de locura, decidí ir a su casa, yo era impulsivo y arriesgado, quería saber de una vez qué es lo que pasaba con esta chica que me convertía en una especie de pandorga que volaba a merced de sus estados de ánimo.

Llegué a la casa donde la había dejado el otro día y llamé a la puerta. Una señora robusta, de cabello canoso y mirada celeste, vestida en uniforme negro con blanco me saludó con amabilidad.

—¿Diga, joven?

—Me gustaría hablar con Carolina, ¿puede ser? —pregunté en un intento de mantener la educación y, sobre todo, el impulso de entrar a

buscarla para exigirle una explicación, después de todo no tenía ese derecho.

—¿Carolina? —cuestionó la mujer, que frunció el ceño en confusión.

—Sí...

—¡tola! —Una jovencita de cabello rubio y ojos verdes similares a los de Carolina salió de la nada colocándose delante de la señora—. Soy Alelí, Carolina no está... le puedo decir que has venido, es mi prima.

—tola —saludé incómodo ante la efusividad de la chica llena de explicaciones y de la atenta pero confundida mirada que provenía del ama de llaves.

—Solo dile que me llame. —Saqué una tarjeta del trabajo de mi padre que tenía en el bolsillo del pantalón y con un bolígrafo anoté atrás el número de mi celular y se lo pasé a Alelí.

—Lo haré, no te preocupes—. Y tras aquella afirmación, ella misma se encargó de cerrar con velocidad la puerta, casi en mis propias narices.

Me volteé para regresar al auto y entonces la vi, caminaba con la cabeza gacha y traía puestos auriculares. Me quedé frente a su casa esperando a que ingresara, pero ella pasó de largo sin siquiera verme. Entonces la seguí y la llamé tocándole el hombro.

—¡Ey!

Ella levantó la vista y una mueca que no pude descifrar se formó en su rostro.

—¿Qué demonios pasa contigo? —pregunté un tanto exasperado, esta chica me sacaba de mis casillas.

Ella suspiró.

—Disculpa, no quise ser grosera solo... Es mejor así.

—¿Por qué? ¡Solo quiero conocerte! —exclamé un tanto hastiado.

—Si me conoces, cambiarás de opinión —dijo y bajó avergonzada la mirada.

—¿De qué hablas? —pregunté confundido, impaciente y algo enfadado—. Déjame a mí decidir eso, ¿no?

Ella frunció los labios y volvió a mirarme, encogiéndose de hombros.

—Yo no soy lo que piensas...

—Mira... ¿Qué te parece si salimos esta tarde y conversamos? Debo regresar enseguida porque mi padre necesita ayuda en la empresa, pero

no quiero que esto quede así, necesitamos hablarlo. Me mareas, me confundes... No me gusta cómo me estoy sintiendo. Dame una salida hoy y lo hablamos.

—Bien... te veo en el parque a las cuatro, ¿está bien? —accedió.

—Está bien —asentí y me volteé para subir al carro. No quería despedirme así, pero debía regresar. La volví a mirar y vi miedo o tristeza en su mirada verde—. ¡No me falles! —supliqué y ella asintió.



—Tengo una ligera sospecha de por dónde irá este asunto —dice Taís y frunce el labio en una mueca divertida, sus ojitos grises miran hacia arriba.

—Puede que aciertes en algunas cosas. Todo lo que sé, tuve que haberlo aprendido de algún lado y por algo.

—Justo es a eso a lo que me refería. Una pena... —Suspira Taís.

—Cuéntame lo que me querías contar. —Cambio de tema para no retrasarla demasiado, está agotada y necesita descansar.

—Hoy recibí un mensaje de este chico, Rodrigo. Me preguntó si iría a la fiesta del viernes y me dijo que quería que nos viéramos allí. Hablamos un buen rato y... nada, solo me agrada mucho.

—Toma las cosas con calma, ya lo sabes. Pero sé feliz, disfruta el momento. Eres joven —digo con una sonrisa, me gusta verla crecer.

—A veces siento que eres mi abuelo, papi. ¡Tú eres tan joven! ¿Qué te parece si te presento a alguien? Mi profesora de danza *jazz* podría gustarte, es soltera y muy bonita. O quizá la maestra de música, ella es como una amiga de todos en clase, no parece profesora. Nos contó su historia, creo que te agradará —añade con emoción.

—¿Recuerdas cuando me presentaste a la madre de tu compañero? Ya hemos pasado por eso, Taís. Dejémoslo así, no quiero más complicaciones en mi vida —digo y niego con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Prométeme que cuando terminemos esta historia, cerrarás ese libro e intentarás salir al menos con una chica. Prométeme que te darás una oportunidad. Quizá para ese entonces, y si esto te sirve de terapia como supones, ya te sientas mejor —insiste.

—Bien... lo pensaré —prometo, más para que vaya a descansar que para otra cosa, mañana debe madrugar y necesita dormir.

Conociéndonos

La semana pasa más rápido de lo que esperaba. Es jueves y estoy muy feliz, no sé a qué se deberá este sentimiento, pero supongo que la terapia de escribir y leer está dando resultado. Quizá la idea de poner todo en un papel de alguna forma me ayuda a ordenar ideas, y leerlo en voz alta me permite sacarlo de mi sistema.

—Estaba pensando que mañana podemos leer un poco antes, ya sabes, por lo de la fiesta y todo eso. Yo saldré con Paty a las seis para ir a la peluquería. Luego vendremos a vestirnos y Lucas, el novio de Paty, pasará por nosotras. Tú nos buscas, ¿verdad? —pregunta Taís cuando estamos por empezar nuestra rutina de lectura diaria.

—¡Claro!, pero también podemos dejarlo para el sábado. No hay problema con eso, Taís.

—Yo no quiero dejarlo. ¿Quieres almorzar conmigo mañana? Tengo una idea, búscame de la escuela y trae el cuaderno. Lo leemos en el almuerzo y luego me regresas a la escuela.

Eso me parece genial, como ella come en la escuela y yo en la oficina, solo nos vemos en la noche. Pero antes era una rutina almorzar juntos aunque fuese un día a la semana, no sé por qué lo dejamos.

—Quizá podamos recuperar esa rutina —propongo y ella asiente.

—Suena divertido. Ahora empieza ya que muero de ansiedad —afirma y me señala el cuaderno. Lo tomo en mis manos y lo abro.



A las cuatro estuve puntual en el parque en que habíamos quedado de vernos. Ella llegó pasados unos veinte minutos, ya cuando yo empezaba a deducir que no llegaría.

—Pensé que te habías arrepentido de nuevo —afirmé, ella asintió e hizo una mueca con los labios.

—Casi...

—Bien, sentémonos por allá —dije guiándola hasta un lugar donde había bancas y bastante sombra. Nos sentamos en una y nos quedamos un buen rato en silencio hasta que decidí hablar—. Mira, Caro, yo solo quiero ser tu amigo... No te voy a mentir, hay algo en ti que me llama mucho la atención, pero solo te pido que me des la oportunidad de conocerte y de que me conozcas.

—¿Por qué quieres ser mi amigo? —questionó y fijó su mirada en la mía, como si inspeccionara en busca de algo en el fondo de mis ojos.

—Porque me agrada tu forma de ser, eres diferente y me gusta la gente especial. Desde un principio has sido como un crucigrama para mí, eso me resulta divertido. Es como jugar al sudoku o algo así —bromeé y ella sonrió—. Me gusta unir las piezas, intentar conocerte. Eres impredecible y, aunque eso me molesta, también me agrada en iguales proporciones.

—Yo... —Ella hizo silencio y miró al frente como si buscara las palabras exactas—. Soy una persona muy complicada, Rafael... No creo que querer descubrirme sea una buena idea.

—De nuevo, déjame decidir a mí, ¿no?

—Solo quiero ahorrarte posibles desencantos. —Ahí es cuando desoí esa advertencia. Sonreí con dulzura y busqué su mano para tomarla entre las mías.

—Yo creo que eres una chica hermosa, por fuera y por dentro, y me gustaría mucho conocerte, poder ser tu amigo y que cuentes conmigo. En algún punto tengo la sensación de que eres un poco solitaria, y quiero que sepas que, aunque no nos conozcamos demasiado aún, puedes confiar en mí.

Ella levantó la vista y me regaló esa sonrisa dulce, la que me agradaba. Era refrescante como una brisa suave, dulce como el sabor de las fresas con crema. Sus ojos verdes brillaron algo humedecidos, se veía emocionada y yo me sentí feliz. Quizá no era tan dura como se mostró desde un inicio, quizás esa era solo una máscara para resguardarse, quizá la habían lastimado y por eso era tan desconfiada e insegura. Me tocaría descubrirlo, y ella, al parecer, me daba luz verde para que lo hiciera.

—Si un día te cansas... solo dímelo —añadió, miró nuestras manos unidas y yo sonreí.

—Uno no se cansa de las personas y nada más las bota, Carolina. Todos tenemos defectos y virtudes, se supone que aprendemos a conocernos, a valorar las virtudes y a pasar por alto los pequeños defectos. De eso se tratan las relaciones de cualquier tipo.

—Yo tengo más defectos que virtudes —sentenció y frunció el labio hacia un lado, pensativa.

—Es curioso, cuando te conocí parecías muy segura de ti misma...

—Ya ves, en esta vida nada es lo que parece. —Se encogió de hombros y me soltó.

—¿Qué te parece si vamos por un helado y me cuentas de qué va a ir tu libro? Un helado siempre es un helado —añadí para cambiar el rumbo sombrío que tomaba la conversación.

—¿De verdad lo quieres saber? ¿Te interesa? —preguntó con expresión incrédula y volvió a mirarme a los ojos.

—Me interesa todo lo que tenga que ver contigo. —Sonreí y le guiñé un ojo, necesitaba que regresara la Carolina fuerte y segura de sí misma.

Ella asintió y caminamos hasta la heladería más cercana. Pedimos dos enormes copas de helado de chocolate con fresas y menta y, luego, nos sentamos a disfrutarlas.

—Bien, la historia será más o menos así. —Sus ojos verdes se encendieron con pasión, hablar de su libro era una buena idea. Me gustaba verla animada—. Habrá algún evento que destruirá la tierra, algo así como el tan esperado fin del mundo. Será un castigo de Dios para la humanidad corrupta. Se supone que en ese evento casi todos los seres humanos deberán morir y solo algunos quedarán con vida, aquellos que han sido los peores, los más malos y viles.

»Estos sobrevivientes quedarán a merced de los demonios que serán liberados en la tierra por un buen tiempo con el propósito de atormentar sus almas. Será como un infierno en la tierra y ellos no podrán escapar. Además, no habrá agua, ni comida y la gente luchará por sobrevivir.

»Pero estará esta chica, cuyo don desde muy pequeña es poder ver a su ángel de la guarda y conversar con él. Entonces, cuando todo esté por suceder, el ángel de esta chica la salvará, en contra de los designios de Dios, e intentará esconderla para que los demonios no lleguen a ella. Los ángeles de Dios buscarán a este ángel guardián por toda la tierra para llevarlo a juicio divino por desobedecer las órdenes de su superior. Y él intentará escapar, huir con esta chica y salvar sus almas. Pero entonces será atrapado por los demonios, y es ahí cuando la chica ofrecerá su propia alma a cambio de que los demonios liberen a su ángel, del cual a esas alturas ya estaba enamorada.

»Finalmente, y luego de muchas deliberaciones, los demonios harán creer a la chica que tomarán su alma en vez de la del ángel, cosa que no será más que una trampa para obtener la de ambos. Y cuando estén a punto de ser asesinados y enviados al infierno para siempre, los arcángeles de Dios comenzarán una lucha para intentar salvarlos, ya que el amor de ellos ha sido tan fuerte que ha logrado conmover el corazón del Creador, quien pensaba que ya no quedaba amor sobre la tierra.

»Los demonios entonces serán vencidos por los seres de luz y el amor vencerá las tinieblas. A la chica y al ángel se les perdonará y se les concederá una nueva oportunidad. Entonces se casarán en el cielo delante de Dios, quien les bendecirá y les permitirá formar una nueva raza de humanos en cuyos corazones ya no habrá cabida para el mal.

»Y es básicamente eso...

—¿Eso lo sacaste de tu cabeza? —pregunté sorprendido ante aquel despliegue de imaginación.

—Sí —sonrió emocionada—. ¿Te gusta?

—Me encanta, creo que antes de que lo escribas ya me declaro tu fan número uno, Caro.

—Gracias... Es raro compartir con alguien mis ideas. La gente tiende a pensar que son tonterías, a mi familia no le gusta que yo escriba, dicen que eso no es una profesión digna para alguien como yo —admitió, cabizbaja.

—Oye, nunca dejes que nadie opaque tus sueños, ¿sí? Eres buena en esto, no lo dejes, lucha. Un día tendrás ese libro entre tus manos. Estoy seguro.

—¿Cómo sabes que soy buena? —preguntó con una sonrisa tentadora—. No has leído ninguno de mis escritos.

—No importa, yo lo sé. Si algo te apasiona de la forma en que esto te apasiona, seguro es porque eres buena en ello. Puedo ver tus ojos brillar de una manera especial cuando hablas de tu libro, de tus ideas, de tus sueños, y eso es bueno. Si le pones esa pasión al escribirlo, seguro lograrás transmitir todo lo que deseas.

—Me agradas, Rafael... Gracias por escucharme...

—Tú también me agradas, Caro... Y gracias por permitirme escucharte.

Cuando terminamos nuestros helados, fuimos a caminar un poco y, sin pensarlo, la tomé de la mano. La cercanía ya era necesaria, algo que me agradaba y, al parecer, a ella también. Paramos por una despensa para que comprara su ya acostumbrada botella de agua y seguimos con la caminata.

—¿Por qué tomas tanta agua? —le pregunté mientras la veía acabarse de un sorbo aquel medio litro de líquido transparente.

—Supongo que es bueno para el organismo, ayuda a limpiarlo.

—Hmmm, sí... Supongo que es una bonita costumbre.

—Creo que la heredé de mi madre. Me hacía tomar agua desde pequeña, mucha agua. —Río al recordarlo—. Decía que eso me ayudaría a ser delgada. Mi madre tenía obsesiones con la cuestión del peso, decía que de familia teníamos tendencia a la obesidad. —Se encogió de hombros.

—Tú eres delgada —comenté mirándola.

—Algo... —añadió. Luego caminó, se alejó un poco para arrojar la botella en un bote de basura.

—¿Qué hacen tus padres? —pregunté.

—Mi madre falleció hace cuatro años. Mi padre es dueño de una cadena de restaurantes.

—Lo siento, no sabía... —dije apenado ante la información que acababa de recibir.

—No te preocupes, no tenías por qué saberlo...

—¿Cómo lo llevas? Debe ser difícil ser una chica y no tener a una mamá cerca.

—Tengo a mi tía, la madre de Alelí y Gael, es la prima hermana de mi madre. Ella es buena y se preocupa por mí. Mi madre falleció de cáncer — explicó.

No supe qué más decir, la melancolía se apoderó de sus ojos verdes, me dolió verla triste. La acerqué a mí y la abracé, la besé en la frente. Ella no se movió, se quedó allí, rodeada por mis brazos hasta que, unos minutos más tarde, me rodeó también con los suyos.



—Qué triste su vida, papi —suspira Taís y baja la vista, quizá todo esto le recuerde su propia historia.

—Lo sé, y es peor de lo que te imaginas—. Pero que la vida no haya sido tan buena con nosotros no nos da derecho a culpar a los demás —añado en medio de un suspiro.

—Cierto, pero cada quien lo vive de manera distinta. Aun así, hasta ahora me parece que ella fue cediendo mucho, al principio era fría y arisca, luego la fuiste ganando.

—Y así fue o, al menos, eso creí.

Taís se levanta de su sitio y viene a abrazarme, supongo que es capaz de sentir la melancolía en la que me quedo sumido al acabar cada lectura, es como si al decirlo en voz alta pudiera cambiar algo, pero no es así, no puedo cambiar nada. Me besa en la frente y me susurra al oído que es hora de ir a la cama, yo asiento y ambos nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Me gustaría esta noche soñar con aquel ángel rubio de mirada verde.

La fiesta

Me reúno con la pequeña frente a su colegio, la llamo así por su físico menudo y delicado. Vamos caminando al restaurante más cercano y, cuando estamos a dos cuadras, me muestra la nueva peluquería a la que irá con Paty esta tarde.

—¡Wow!, es un salón grande. ¿Seguro que te alcanzará con el dinero que te di? Parece un lugar elegante, de esos a donde van las señoras de los políticos.

Ella ríe ante mi comentario.

Cuando pasamos por enfrente, podemos ver por las vitrinas que el local está lleno.

—Dicen que la dueña estudió en el exterior y que tenía un salón muy importante en otro país. Parece que esta es una sucursal. Es especialista en colores y se supone que es genial cuando uno quiere hacerse un cambio de estilo. Lástima que aún no me dejas teñirme el cabello. —Se queja y levanta las cejas en una mueca de enfado y recriminación.

Yo río ante aquello.

—Tienes el color de cabello más hermoso del mundo, ¿sabes cuantas personas se lo tiñen para tenerlo como tú? —digo y tomo un mechón rojizo entre mis dedos.

—Es cierto, no tengo nada que decir al respecto —asiente.

Su cabello es bello y brillante como el de su madre. Sé que en realidad no quiere teñírselo, es el recuerdo más tangible que tiene de ella y adora su color.

—Ya verás que, cuando te conozca esa estilista, querrá que le vendas tu cabello para esas extensiones tan caras que se hacen ahora y por las cuales las mujeres pagan un dineral.

Ella ríe y sacude su cabello como si de una publicidad de cremas para el pelo se tratara.

Continuamos caminando hasta llegar al restaurante. Allí, buscamos alguna esquina, alejada de las personas y de los ruidos, para poder sumergirnos en mi historia con calma. Hacemos el pedido y, mientras esperamos que llegue nuestra comida, me pongo a leer.



El resto de la semana fue un ir y venir. Había días en los que Carolina se mostraba cercana, me sonreía e incluso nos sentamos juntos en el comedor un par de veces —con su amiga Leila y Juanpi, pero juntos al fin—. No volvimos a hablar de nada demasiado íntimo o personal, pero de alguna forma sentía que me encaminaba, que avanzábamos. Sabía que llegar a ella no iba a ser fácil, lo pude deducir desde el inicio, pero eso era lo que más me impulsaba a seguir, la conquista era lo mío. Me hacía sentir poderoso y eso alimentaba mi ego.

Aun así, no todos los días fueron buenos, algunos parecía ser invisible a sus ojos. Yo pasaba a su lado e intentaba llamar su atención, ganarme una sonrisa o un saludo, pero ella seguía como si nada, imperturbable, activa y altanera.

Con lo poco que la conocía ya podía deducir que había varias «Carolina» que vivían en un solo cuerpo. La que más me gustaba era la de sonrisa dulce y actitud vulnerable cuyo rostro aniñado me daba ganas de abrazarla y protegerla. Luego estaba la chica apasionada y soñadora, esa que tenía un brillo tan intenso en su mirada esmeralda que sabías que iba a llegar a donde se proponía. Pero también estaba la temeraria, la que parecía insensible y distante, la que brillaba como una estrella inalcanzable y peligrosa para cualquier simple mortal que osara desearla. Creo que era la perfecta conjunción de todas esas características las que me hacían avanzar, querer llegar a ella, tratar de conquistar ese corazón que parecía una selva inhóspita y salvaje. Yo quería llegar allí, plantar mi bandera en ese sitio.

El sábado busqué a Laura para que fuéramos a la tan esperada fiesta en casa de sus amigas, donde la palabra «descontrol» era la idea central del asunto. Hacía tiempo que no me descontrolaba, desde la última fiesta del verano en la que también había estado con ella. Laura era divertida y, bajo los efectos del alcohol, podía ser muy candente.

El camino hasta el lugar nos tomó como dos horas de viaje, tiempo en el que escuchamos música y cantamos a todo volumen mientras disfrutábamos del viento que ingresaba por las ventanillas del vehículo y

llenaba nuestros pulmones. Cuando llegamos al sitio, y luego de conseguir aparcar, ingresamos entusiasmados. La casa era prácticamente una mansión, en el patio delantero algunos chicos bastante divertidos parecían haber empezado la fiesta hacía ya un buen rato. Dentro de la casa, el ambiente era un poco más pesado, el humo concentrado del cigarrillo sumado al choque constante de los cuerpos sudorosos moviéndose al compás de la música electrónica que provenía de los parlantes, hacía de la estancia un sitio poco agradable, al menos para quienes no buscaban esa clase de descontrol. Así que Laura y yo encontramos nuestro sitio en el patio trasero. Alcanzamos una terraza con directa vista al mar, había chicos cantando al compás de guitarras y panderos justo sobre la arena blanca, otros formaban un círculo alrededor de una fogata improvisada que peleaba por mantenerse encendida, y algunos más comían alrededor de una parrilla donde verduras y carnes se asaban lentamente, un grupo de gente bordeaba la piscina y bebía tragos coloridos. Era lo que Laura y yo buscábamos, así que nos quedamos allí.

Ella sirvió dos vasos y luego nos hicimos de un sitio en uno de los rincones de la terraza donde un mullido sillón parecía esperarnos justo a nosotros.

Me senté y ella se acomodó sobre mi regazo, procedimos así a iniciar lo que ambos sabíamos que iba a suceder, pero pretendíamos degustarlo y darle el tiempo necesario para que el calor abrazara nuestros cuerpos con lentitud e intensidad.

No sé cuánto tiempo pasó, solo sentí el peso de un cuerpo caliente sentado al lado nuestro en el sofá. Eso no era raro, era un sofá grande y había espacio para otras parejas más, o para gente que quisiera hacer lo que nosotros hacíamos. Seguí emborrachándome con el alcohol y el sabor de los apasionados besos de Laura, en cualquier momento tendríamos que plantearnos ir a buscar un sitio más cómodo.

En algún punto, Laura se separó de mí. Sus labios estaban hinchados y rojos, sus ojos desbordaban deseo y su pelo alborotado enmarcaba su bonito y sensual rostro.

—Iré por algo más para tomar, ¿quieres? —preguntó y yo asentí.

La vi levantarse y contemplé sus curvas meneándose, provocadoras, de un lado para el otro, ella se volteó y me regaló una sonrisa sexy que prometía mucho.

Un carraspeo me sacó de aquel éxtasis, me volteé a ver de dónde provenía el sonido y entonces la vi. Di un pequeño brinco por el susto. Estaba allí, sentada justo a mi lado, no sé desde qué momento porque no podía recordar el instante exacto en el cual sentí a alguien acercarse. Sus cejas se arquearon y sus labios se fruncieron hacia un costado como si ella esperara una respuesta o... ¿una explicación?

—¿Caro? —pregunté aún atontado, desorientado y confundido.

—Veo que te diviertes. —Observó con ironía.

—La verdad, sí —acepté con una sonrisa.

Su actitud, aunque un tanto psicótica, desde el punto que se había sentado allí a observarme mientras esperaba que notara su presencia, me parecía encantadora y, sobre todo, la chispa de celos en sus ojos, me hacía sentir especial.

—Bien... me alegra —dijo.

Volteé el rostro hacia el frente. Nos quedamos en silencio mientras ninguno de los dos encontraba las palabras exactas para entablar una conversación.

—No sabía que estarías aquí... —añadí para romper el silencio.

—Vine con Gael y Alelí, ésta es la casa de una de las mejores amigas de mi prima. La verdad es que no quería venir, pero ellos insistieron. —Se quejó, sonó arrepentida.

—¡te vuelto! —exclamó Laura, que traía sus dos vasos de bebida y se disponía a sentarse de nuevo en mis piernas. Pero ahora, por algún motivo, ya no me parecía una buena idea.

—Bueno... los dejo para que sigan en... lo suyo —dijo Carolina levantándose, entonces ignoró a Laura y se alejó sin darme oportunidad a que respondiera nada.

Además, ¿qué iba a decir?

Intenté volver a lo que Laura y yo hacíamos antes, pero no pude, juro que lo traté pero los ojos verdes y la mirada penetrante de Carolina aparecían en mi cerebro como si me observaran con reproche. Me enojé conmigo mismo por la forma en que una mujer podía controlar mi mente, ella no era nada de mí y no tenía ningún derecho a hacerme sentir mal por intentar pasar un buen rato con una chica que también se divertía conmigo.

—¿Qué pasa, Rafa? —preguntó Laura al darse cuenta de mi lejanía.

—Nada... yo... creo que mejor vamos a comer algo o a bailar...

Ella no respondió. Nos levantamos y fuimos a la mesa donde estaban las carnes y verduras que salían listas de la parrilla para que la gente se sirviera. Nos dispusimos a comer mientras, de lejos, yo miraba a Carolina engullir algunas cosas dulces que había en una mesa de postres mientras Gael la abrazaba por la espalda y apretaba su agarre en su cintura.

¿Qué clase de primo era ese? Aquella no era una posición para abrazar a una prima. Me imaginé a mí mismo abrazando así a Mara o a Ángela, las hijas de mi tía Reyna, y sacudí mi cabeza al sentir repulsión ante aquellas imágenes. Ellas eran como hermanas para mí, yo no las abrazaría de esa forma. Gael se acercaba más y le hablaba al oído, Carolina reía tranquila y entusiasta.

—Tienen una relación rarísima, siempre fue así. —Observó Laura que siguió la línea de mi mirada, ella me conocía muy bien.

—¿Quiénes? —Cambié la dirección de mi vista y fingí no saber de qué me hablaba.

—No te hagas, Rafa. Sé que, después de su aparición en el sofá, cambiaste de actitud. No sé qué te traes con Carolina, solo te advierto que ella es peligrosa y que no es una persona sincera. Ten cuidado al jugar con fuego, porque puedes salir quemado. —Me advirtió.

—No parece una mala chica, solo está... un poco sola, quizás.

—En el colegio creían que esos dos tenían una relación, de hecho, fueron víctimas de varios insultos al respecto. Siempre han tenido ese tipo de acercamiento. Son primos hermanos, sería como... ¿incesto? O como se llame —decretó y puso cara de asco.

—Yo creo que solo son muy cercanos. Ellos son como sus hermanos —repliqué y recordé que Carolina me había dicho aquello de que su madre había muerto y su tía era quien ocupaba ese lugar.

—Aun así, es rara. De todas formas yo vine a divertirme esta noche. Si no tienes ganas, no hay problema, pero yo no pienso amargarme la velada. Me iré con las chicas de allá y tú puedes quedarte a observar a tu dulce fierecilla si es lo que deseas.

—Lav... no seas así —respondí, abrazándola, aunque en verdad, en aquel momento me hubiera gustado que ella se fuera con quien sea, así yo podría acercarme a Carolina.

—No, es en serio. Nosotros no tenemos nada, no voy a reprocharte. Si quieres probar suerte con ella, allá tú, yo iré a divertirme. Nos vemos en la mañana porque tenemos que volver juntos. —Y así nada más se marchó mi amiga dejándome solo y confundido.

Me quedé observando a Carolina, por más que quisiera convencerme de lo contrario, aquella forma que tenía de estar con su primo no era normal y no me gustaba. Luego de un buen rato, vi a Alelí acercarse a ellos, los tres se perdieron en el interior de la casa.

Tomé entonces mi vaso y fui hasta la mesa de dulces, guardé un par de chocolates en el bolsillo y me dirigí de forma casual al interior, donde los tres bailaban extasiados al son de las melodías. Parecían perdidos, liberados, ¿drogados?



—¡Oh! —exclama Taís cubriéndose la boca con una mano cuando termino de leer.

—Ya ves, esas cosas pasan en las fiestas, así que más vale que tú te comportes. No quiero imaginar cómo será ahora si en aquella época ya estaba así.

—Nunca lo haría, no tiraría mi vida por la borda con las drogas. Eso arruinaría mis metas, mis sueños.

Estoy orgulloso de ella, algo tuve que haber hecho bien. Sé que Taís odia las drogas tanto como yo, ya nos han arrebatado demasiadas cosas.

El mozo se acerca con nuestros pedidos y nos disponemos a comer mientras ella me comenta un poco sobre la fiesta a donde iré esta noche y lo entusiasmada que se siente de reencontrarse con Rodrigo.

Quiero cuidarte

Me encantan las tardes de sábado porque puedo sentarme a ver una película, a leer un libro o a escribir. Es un día en el que me desconecto del trabajo y de los problemas. Y justo en eso estoy cuando Taís ingresa a mi escritorio, su amiga ya se ha ido a casa.

—Creo que hoy tienes mucho para contarme. —Sonrío al escucharla entrar, ha estado todo el día encerrada en su habitación con Paty.

—La fiesta fue genial, bailé con Rodrigo toda la noche. Quedamos en salir al cine o a comer la próxima semana —explica mientras deja que una sonrisa tierna de niña enamorada cubra su rostro.

—Bien, espero que sea un buen chico —añado disfrutando su aire soñador, creo que Taís nunca se ha enamorado y esa es una experiencia que nadie debería perderse.

—Lo es, está en primer año de Ingeniería Comercial. Toca la guitarra y le gusta el baloncesto —comentó con orgullo.

—Interesante y bastante integral.

—¡Y otra cosa, papi! Conocí a la dueña de la peluquería. ¡No sabes! Es una mujer genial, hermosa y talentosa, una persona súper positiva y llena de luz. Así como dijiste, quedó prendada del color de mi cabello, sobre todo porque es natural. Nos invitó a Paty y a mí a participar de unos cursos de maquillaje que dictará en el salón. ¿Me dejarás tomarlo? ¿Será muy útil incluso para cuando tenga que maquillarme para bailar! ¡Por favor, ¿me dejas?!

Suena muy entusiasmada y yo solo sonrío, nunca le digo que no a nada, no puedo ni quiero, al menos si puedo dárselo. Además, ella es tan buena en todo lo que hace, que se merece lo que fuera. Asiento y ella salta a abrazarme.

—Nika estará contentísima cuando se lo diga, ella estaba muy entusiasmada con que yo fuera. Creo que le he caído tan bien como ella a mí.

—¿Quién es Nika? —pregunto y frunzo el ceño, perdido entre tantas palabras aceleradas que repite.

—La dueña del salón, la estilista que te comenté.

—¡Ah!... Bueno, si pagas la cuota seguro estará súper contenta de tenerte en su clase —bromeo y ella me da un golpe cariñoso en el hombro.

—No me bajes de mi nube de emoción —dice, luego pasa a sentarse en su sitio de siempre—. ¡Sigamos, soy toda oídos!



Me acerqué a ellos y me puse atrás de Carolina. La toqué con suavidad en el hombro, ella se volteó a observarme. Se colgó de mi cuello con una confianza nunca antes experimentada y noté que sus ojos se veían distintos, sus escleróticas estaban llenas de venitas rojas y sus pupilas bien dilatadas. Me sonrió y luego me abrazó como si nada.

—¿Ya te cansaste de Laura? —dijo entonces y sonrió mientras se estiraba para alcanzar mi mejilla y plantar un beso en ella.

—¿Estás bien? ¿Qué has estado consumiendo, Caro?

—Nada, no seas aburrido... Ven, bailemos. —Empezó a menearse de forma deliberadamente sexy, a pegarse a mí y a incitarme, encendió todas mis terminaciones nerviosas. Solo que ella no estaba bien y mi «yo protector» necesitaba cuidarla.

—Salgamos a dar una vuelta —dije estirándola de su brazo para que me siguiera.

Ella reía estrepitosamente mientras se quejaba de lo aburrido que era. Su primo ya estaba a los besos con una chica y su prima a los abrazos con otro, así que ninguno de los dos se percató de mi pequeño secuestro.

La llevé hasta la parte trasera de la casa y caminamos hacia la playa. Ella se tambaleaba, pero reía de forma tan divertida que yo no podía evitar curvar mis labios en una sonrisa tenue, aunque estaba preocupado. Para mí, el descontrol nunca incluía drogas, podía haber mucho alcohol, chicas, sexo, baile, diversión, pero nunca drogas. Eso lo tenía bien claro y me molestaba que ella estuviera drogada, porque era obvio que lo estaba. Odiaba que una chica a la que yo veía tan frágil, vulnerable, hermosa y llena de talento, decidiera experimentar con cosas tan autodestructivas. Me enfurecía pensar que sus mismos primos la llevaban por el mal camino, se suponía que deberían quererla y preocuparse por ella, cuidarla.

La dejé sentada sobre una manta en la arena cerca de lo que quedaba de aquella rústica fogata hecha más temprano por los chicos de las guitarras. Fui hasta la terraza cercana, cargué un par de vasos con agua

fresca y se los traje, esperaba que no se hubiera movido de lugar hasta que llegase a ella, y por suerte, no lo había hecho.

—Tómame esto —dije, pasándole el primero de los vasos—. El agua que tanto te gusta.

—A mí no me gusta el agua, Rafael. ¿A quién demonios le gusta? ¡Es inodora, incolora e insípida! Eso me lo aprendí en la primaria —hablaba fuerte y reía ante cada comentario que hacía—. ¡Es insípida!, o sea que no tiene sabor. ¿Tú tienes sabor? ¡Ven aquí, yo quiero probar tu sabor! —exclamó y tiró de mi camisa para aproximarme a ella. Quedamos muy cerca, sus ojos verdes me miraban fijo y sus labios secos se fruncían como si esperara que yo la besara.

—No es un buen momento para esto, Carolina, no estás nada bien.

—¿Por qué puedes montarte una escena en el sofá con la insípida de Laura y no una aquí conmigo? ¿Qué tiene ella que no tenga yo? —exclamó, empujándome indignada ante mi rechazo.

Pensé en explicárselo, pero no tenía ningún sentido, ella no estaba en sus cabales y mañana no recordaría nada de esto.

—¿Puedes decirme quien te dio la droga? —pregunté observándola a los ojos.

—No es nada, solo fue un poquito, me la dio Maxi, el amigo de Gael... ¡E X T A S I S ! —exclamó jadeante y moviéndose al ritmo de una melodía inexistente—. Estoy en éxtasis, esta droga es fantástica.

Pensé en decirle que ninguna droga lo era, y que su éxtasis terminaría en un par de horas con una sensación de malestar horrible que la haría desear estar muerta. Pero tampoco tenía ningún sentido. La vi beberse el agua casi de un tirón, era obvio, la boca seca era uno de los síntomas de la droga.

—¿Quieres comerte un chocolate? —pregunté y le ofrecí uno, sabía que los adoraba y que quizá le harían bien en ese momento.

—Ya me he comido muchísimos hoy, además, aún no los he expulsado... ¿Te imaginas cuántas calorías tengo metidas en mi cuerpo? Si no los saco antes de que pasen un par de horas más, irán a alojarse a mis caderas, o a mis pechos... o a mis piernas —exclamó y comenzó a reír como posesa.

Aquella confesión me espantó, ¿qué me estaba queriendo decir?

—Carolina, creo que ya ha sido suficiente por hoy, necesitas tomarte un té e intentar que esa droga deje tu organismo lo antes posible. Luego, debes descansar.

—¡Qué aburrido eres! —replicó y se incorporó de forma torpe hasta sentarse sobre mi regazo—. Te reto a que pruebes lo que es besar a una mujer de verdad.

Sus ojos verdes me miraron con fuego, pero esa no era la forma en la que me hubiera gustado besarla por primera vez. En ese momento me di cuenta de que ella me importaba, me importaba más que para un momento, más que para una distracción, mucho más que para un encuentro. Me importaba como persona, como ser humano, como mujer, como amiga. Me importaba como alguien a quien quieres bien y deseas ver bien. No sabía hasta qué punto me importaba, pero sabía que lo hacía y, aunque tenerla allí sentada encima de mí, moviendo su cuerpo de forma sexy y candente mientras observaba mis labios como si fueran el manjar más succulento, era por demás excitante, no era la forma en que quería que sucediera, no con ella.

La abracé. Ella se dejó. La besé en la mejilla y le hablé con suavidad al oído.

—Voy a llevarte a casa.

La cargué en mis brazos y busqué a Laura, que estaba en medio de un baile sexy con un chico al que no conocía para nada. Ella y otra chica lo acosaban entre las dos. Me acerqué y le susurré al oído que yo volvería a casa, le pregunté si tenía cómo regresar y, luego de hablar con la chica que estaba a su lado, asintió. Se despidió y negó con la cabeza como si con ese gesto me dijera que cometía un error.

Subí a Carolina al asiento y le coloqué el cinturón. Le dije que avisara a sus primos, pero me respondió que ellos ni se darían cuenta de su ausencia. Subí a mi sitio y, luego de poner música suave con el fin de intentar calmar su eufórico estado, manejé hasta mi departamento.

Llegué y la cargué en mis brazos. Estaba despierta, pero no había dicho más que incoherencias en todo el camino de regreso. Abrí la puerta y la metí adentro. La llevé a mi cuarto y la recosté sobre mi cama. Saqué una toalla, un bóxer y una remera y los puse a su lado.

—Escucha, quiero que entres a la ducha y que te des un baño con agua bien fría. Yo iré a prepararte un té relajante y luego podrás dormir en mi

cama. ¿Quieres que le avise a alguien que estás aquí?

—Yo le avisaré a Gael —dijo y luego se levantó para ir al baño. Se trastabilló un poco así que la acompañé, prendí el agua, la dejé allí y luego me retiré.

Fui hasta la cocina y preparé el té. Mañana se sentiría de lo peor y quería tratar de evitar aquello tanto como fuese posible. Cuando volví, escuché que hablaba por teléfono.

—Estoy bien, me quedo aquí y mañana voy a casa. Invéntale algo a papá, tú sabrás... También te amo, cuidate.

Ingresé a la habitación preguntándome si decirle «te amo» a un primo era algo normal. Pero concluí que la palabra «normal» no se ajustaba en nada a Carolina. La vi vestida con mis prendas y me pareció que se veía hermosa, sexy y apetecible. Sonreí de lado al imaginarla allí, acostada sobre mi cama.

—Listo, ya está. He cumplido con todas sus órdenes, mi capitán —dijo y exageró una pose firme de soldado con los dedos cerca de su frente.

Yo solo sonreí y negué con la cabeza.

—Tómate este té y luego veremos si calmamos tu euforia y logras dormir algo. —Se lo pasé con cuidado y me senté en la cama, señalándole para que se acomodara a mi lado.

—Me gusta que me des órdenes —bromeó con tono seductor mientras me miraba a través de la taza que ya reposaba contra sus labios.

Tragué con dificultad, su lado sexy, travieso y atrevido me volvía loco. Me costaba mantenerme a raya con tantas especulaciones.

No respondí, solo la observé beber y luego la ayudé a meterse a la cama.

—Acuéstate a mi lado, Rafael —pidió y yo no supe qué hacer.

Estar a su lado era peligroso, en una cama, solos, con ella eufórica, desinhibida y ardiente. Mi autocontrol no era tan fuerte, no quería caer.

—Me quedaré aquí hasta que duermas —dije y la ayudé a meterse en las mantas, pero yo me quedé fuera de ellas. Una muralla que nos separara era necesaria.

El silencio se hizo entre nosotros hasta que, de repente, ella comenzó a hablar.

—Nadie nunca se preocupó por mí como lo haces tú. Eres como... mi ángel de la guarda —dijo con voz cansina y suave—. ¿Por qué lo haces? —Sus ojos estaban ahora cristalizados con lágrimas prisioneras. Acaricié con suavidad su cabeza y le sonreí con ternura.

—Te dije que me importas, Carolina. Debes creerlo.

—¿Por qué te importo?

—No lo sé. Solo sé que quiero que estés bien, que quiero cuidarte y protegerte...

—Te cansarás, me dejarás y me quedaré de nuevo sola. Nadie se queda conmigo, nadie me elige —dijo con tristeza. La euforia daba paso a la melancolía.

—No me iré, no si tú quieres que me quede. Si me lo permites, me quedaré todo el tiempo que sea necesario. —Prometí mientras acariciaba sus mejillas rosadas y suaves. Ella pegaba su rostro al dorso de mi mano y disfrutaba de mi tacto como un gatito acicalándose por su dueño.

—No me dejes —murmuró y cerró los ojos.

El sueño se apoderó de su hermoso y cansado cuerpo. Envuelta en mi ropa se veía aún más delgada. Su respiración se hizo profunda y me quedé un buen rato contemplándola. Sus facciones eran perfectas, su pelo suave, los huesos de su clavícula podían notarse bajo su piel. Sus manos eran pequeñas y reposaban ahora a cada lado de su torso. Sus uñas eran cortas y no tenían ningún color. La cubrí con las mantas para que no sintiera frío y fui hasta la cocina a prepararme algo de comer. Luego, me recosté en el sillón de la sala, prendí el televisor y, como no encontré nada para ver, en algún punto me quedé dormido allí.



Taís no dijo nada aquella noche, sus ojos se habían cristalizado y yo sabía muy bien el porqué. No quise hablar de aquello, no era necesario que lo hiciéramos. A veces el silencio podía decir muchas cosas y esa era una de esas veces.

Suspiró y, con una mirada triste, se levantó; se acercó, me besó en la mejilla y se fue a su habitación. Yo continué escribiendo.

El día después

Hoy es domingo, así que despertamos tarde y salimos a almorzar. Luego, decidimos ir a ver una película y, al salir del cine, paseamos por el centro comercial. Son casi las cinco de la tarde y, cansado de caminar, le digo a Taís que voy un segundo al baño. Ella me espera en el patio de comidas. Al salir de los sanitarios me encuentro con Mario, un viejo amigo de la universidad con el que converso un rato mientras nos ponemos al día de qué ha sido de nuestras vidas en este tiempo.

Cuando él se va, reviso mi reloj y noto que pasaron unos treinta minutos. Vuelvo a donde dejé a Taís, que de seguro de estará echando chispas por la espera. Ella conversa tranquila con una mujer a quien no reconozco. Desde donde estoy, solo la veo de espaldas; lo único que puedo deducir es que va vestida de negro. Su cabello es rubio y trae un sombrero. Creo que es una boina, no sé con seguridad cómo se llamará eso. Cuando estoy a solo unos tres metros de ellas, la mujer se levanta y saluda con su mano antes de despedirse y marcharse.

—Pensé que estarías enfadada por eso el retraso, me encontré con un amigo, perdón —digo al llegar y me siento en el sitio en el que había estado la mujer antes.

—¿Sí? Ni me di cuenta del tiempo, hablaba con Lina, mi profesora de danza *jazz*. La que te quería presentar, ¿recuerdas? —añade con una sonrisa y busca con la vista a la mujer.

—Sí, recuerdo. ¿Todas las personas que conoces se llaman así? ¿Nika, Lina, Nina, Tina? —bromeo y ella sonrío con un gesto de negación.

—Supongo que son apodos, aunque no lo sé, porque tengo una compañera de danzas que en realidad se llama Lola. —Se encoge de hombros.

—¿Pediste café o algo? ¡Ya tengo hambre de nuevo! —Me quejo y ella sonrío.

—Tu capuchino favorito y mi submarino están en camino —dice y luego agrega —: ¡Y lo dije con rimas! —Ambos reímos.

Una vez nos llegan los pedidos, nos disponemos a perdernos en la lectura del día. Ella saca de su mochila mi cuaderno y me lo pasa.



Desperté porque oí un sonido algo molesto y repetitivo. Abrí los ojos y el dolor de espaldas me dio la bienvenida al nuevo día. Me había quedado dormido en el sofá en una posición bastante incómoda y parecía no poder mover los músculos, que estaban todos atrofiados, además de que mis huesos sonaban como castañuelas. Intenté incorporarme pese al dolor y volví a escuchar el sonido. Sollozos. Fruncí el ceño y recordé que Carolina dormía en mi habitación, pero ahora parecía llorar.

Hice caso omiso de mis dolores e intenté ir lo más rápido posible. Al principio me habré visto como un muñeco de madera, pero, una vez que mis articulaciones recuperaron movilidad, pude sentirme mejor. Cuando llegué al umbral ella estaba allí, llorando sobre mi cama. Se veía triste, vulnerable y deprimida. Era normal, luego de unas horas el éxtasis podía provocar depresión. Conocía de sobra el efecto de esta droga y sabía lo mal que se sentiría hoy.

—Buenos días... o quizá no tan buenos —susurré y ella levantó la cabeza para observarme.

—¿Rafael? ¿Es tu casa? —preguntó confundida y desorientada.

—Lo es... ¿No lo recuerdas?

—Pensé que... No sabía dónde estaba ni con quién... ni qué sucedió. Me siento muy mal... —Se veía muy ansiosa.

—Tranquila, iré a preparar un desayuno que te hará sentir mejor. Trata de relajarte, no ha sucedido nada. Anoche consumiste éxtasis, es normal que ahora te sientas de esa forma. Ya pasará —dije a modo de calmarla.

—Si mi padre se entera, me va a matar. Se dará cuenta de que no pasé la noche en casa y me asesinará. —Lloriqueó como una niña pequeña tomándose la cabeza entre las manos.

—Ya pensaremos en algo, ahora iré por el desayuno.

Fui hasta la cocina y preparé algo que la animara. Era probable que no hubiera cenado la noche anterior, quizá solo comió los dulces que la vi consumir un poco antes. Si hubiera tenido el estómago lleno, hubiera vomitado, pero no lo hizo, así que era probable que lo tuviera vacío.

Una vez que tuve todo preparado: pan, huevos, café, jugo de naranja, queso, jamón y algo de frutas, lo llevé hasta la habitación en una bandeja. La coloqué sobre la cama para que se sirviera lo que quisiera mientras yo me bebía un poco de café.

La vi comer un poco de todo hasta acabar aquella bandeja. Me sentí feliz de que se alimentara, de que no tuviera vergüenza de hacerlo. No me gustaban las chicas que contaban calorías o fingían comer como conejos delante de los chicos.

—Tengo que hablar con Gael, tengo que saber qué le dijeron a mi padre. —Sonaba angustiada, aterrada.

—Llámbalo si quieres, pero no creo que esté en mejores condiciones que tú.

No me respondió, se tomó un trago largo del jugo y luego buscó su celular, lo desbloqueó e hizo la llamada.

—¿Gael? ¿Dónde estás?... ¿Y qué le has dicho?... Bien... ¿Qué hora?... Nos vemos allí... Gracias, me has salvado, como siempre.

Irónico que le dijera que la ha salvado, teniendo en cuenta que él fue quien la metió en ese embrollo desde el principio.

—¿Y?

—Le avisó que me quedaría con ellos en su casa. Le avisó antes de que saliéramos anoche —respondió en medio de un suspiro que pareció de alivio.

—Lo tenía bien planeado... —murmuré y ella frunció el ceño, curiosa.

—¿Cómo?

—Nada... Y entonces, ¿qué harás? —pregunté e intenté guardarme mis pensamientos solo para mí, no tenía ganas de discutir con ella, era seguro que no pensaría como yo.

—Ellos aún no han llegado a su casa, me pidió que los encuentre al mediodía en el restaurante que está a dos cuadras de allí. Para que lleguemos juntos y bueno... sea creíble.

—Menudos primos tienes tú. —Me encogí de hombros.

—No son malos, son los únicos que se preocupan por mí. Me cuidan y me tratan como a su hermana menor —respondió.

—Ya lo veo. —No iba a discutir, no ahora, no así. Debía esperar a que todo pasara y entonces hablaría con ella sobre el tema de las drogas.

—¿Vas a juzgarme? ¡táizlo, no serías ni el primero ni el último! —exclamó con un tono entre dolido y agresivo.

—No voy a juzgarte. No es mi intención hacerte daño, solo quiero ayudarte. Me preocupas y no me gusta que... Olvídalo, vamos a hacer algo, ¿quieres ver una película o algo? Hacemos pasar las horas hasta que te lleve donde tus primos —dije con una sonrisa conciliadora.

—Me duele mucho la cabeza como para ver una película ahora. ¿Podemos salir a caminar? El día está bonito —comentó y señaló hacia la ventana—, un poco de aire fresco me sentará bien.

—Como tú digas. Deja que me cambie y te buscaré algo que te puedas poner. No creo que la ropa de anoche sea la adecuada para un paseo matutino de domingo.

—¿Tienes ropa de mujer en tu apartamento? —preguntó y yo asentí.

—Uno nunca sabe.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y yo solo sonreí, no iba a decirle que en realidad la ropa era de Xime, mi hermanita. Me parecía interesante que ella pensara que yo era todo un mujeriego. Las chicas siempre fueron inentendibles para mí, a ninguna le gusta un mujeriego para novio, pero si eres uno, les resultas atractivo.

Le traje un pantalón de algodón y una polera que me pareció le quedaría bien, luego, salí de la habitación para dejar que se vistiera tranquila. Un rato más tarde, ella salió con la ropa de Ximena puesta y con el pelo ordenado en una coleta alta. Se veía hermosa, mucho más que mi hermana, para ser justos.

Salimos a dar una vuelta por mi vecindario, caminamos hasta un parque para respirar un poco de aire fresco. Fuimos hasta una fuente y nos sentamos en un banco cercano.

—Es un lugar muy bonito, como un oasis en el medio del caos de cemento que es esta ciudad —dijo mientras miraba todo a su alrededor.

—Exacto. —Sonreí—. Me agrada venir aquí a respirar un poco de vez en cuando.

—Necesito algo de agua, siento que tengo todo el interior seco —añadió y yo sonreí al recordar su explicación sobre el agua la noche anterior, era obvio que no recordaba nada.

Me levanté y fui a comprarte una botella, se la traje y ella se la acabó de un sorbo.

—Lo sostengo, eres una máquina de tomar agua —agregué—. Me imagino que luego querrás ir cada rato al baño —bromeé y ella me observó confundida. Pasados unos segundos, parpadeó varias veces y pareció entender la broma, entonces rio.

—Algo así —murmuró encogiéndose de hombros.

—¿Te sientes mejor ya? —quise saber con sinceridad.

—Sí, aún traigo un poco de mareo y ganas intensas de llorar por cualquier cosa, pero gracias... Gracias por cuidarme.

—Me gustaría hablar sobre esto cuando te sientas mejor... Las drogas no son...

—¿Vas a darme un discurso al respecto? ¡Dios, Rafael! ¿En serio? —preguntó imitada.

—No quiero darte un discurso —expliqué y bajé la vista mordiéndome el labio, no era eso lo que quería que pensara, pero debía decírselo—. Solo que... las drogas no son buenas, pudiste haber muerto anoche si hubieras consumido de más.

—Pero no sucedió y, al fin de cuentas..., de algo hay que morir, ¿no? —respondió y rodó los ojos.

—No por eso iremos a tirarnos frente a un auto, ¿cierto? —inquirí algo molesto, su actitud me crispaba los nervios.

—No, pero cuando llega, llega.

—Solo prométeme que un día me escucharás... solo te pido eso —insistí.

—Bien... supongo que te lo debo, aunque ya sé lo que me vas a decir —bufó como niña caprichosa y negó con la cabeza—. No necesito más gente diciéndome lo que debo hacer.

—No es esa mi intención, no quiero decirte lo que debes o no hacer, solo quiero... —bufé—. Olvídalo.

El tiempo que nos quedó lo usamos para hablar sobre música y para caminar un poco más. Nos divertimos observando la forma extraña que tenían de correr algunas personas que se ejercitaban en el parque, e intentábamos remedarles cuando estábamos seguros de que no nos veían. La verdad es que fue divertido y refrescante.

Volvimos a casa y ella juntó sus cosas, la llevé entonces al sitio donde debía encontrarse con sus primos. La vi ingresar luego de despedirse de mí con un agradecimiento y un beso en la mejilla.

Allí estaban esos dos, la recibieron felices, la abrazaron y luego se sentaron en una de las mesas. Supongo que iban a comer algo antes de volver a casa. Ella miró una vez más hacia donde yo estaba, tras el enorme ventanal de blindex del restaurante, y me saludó con una mano. Repetí el gesto y vi que Gael la tomaba de la mano y plantaba un beso en el dorso de su palma. Negué enfurecido por aquel gesto tan íntimo y me metí dentro de mi auto para dejar ese sitio lo antes posible.



—Le hablaste luego, ¿de las drogas? ¿Más adelante? —pregunta Taís y asiento—. ¿Lo tienes escrito? —Vuelvo a asentir y ella lo hace también, la noto pensativa.

—Supongo que, a medida que avancemos con esto, entenderás algunas cosas —digo y ella se encoge de hombros.

—Supongo —murmura un poco perdida—. Hay cosas que todavía no comprendo.

Podría decirle que yo tampoco, pero eso no tendría demasiado sentido.

Tu secreto

Taís ingresa a la casa como un vendaval; la miro con sorpresa y, entonces, sin decir ni siquiera un hola, comienza a hablar:

—¡Hoy me inscribí al curso de maquillaje! —anuncia con entusiasmo—. ¿Sabes?, el horario me coincidía con las clases de danza y pensé que no lo iba a poder hacer, pero entonces Nika me dijo que ella me enseñará en mis horas libres y que no me cobrará el monto que suele pedir cuando hace clases individuales, sino la misma tarifa que en la clase de grupo.

—Ya de hecho me parece bastante caro para una clase de maquillaje. ¿Qué no te sirven los tutoriales de YouTube? —pregunto y ella niega con la cabeza.

—¡No es lo mismo, ella se especializó afuera! Además, como te expliqué, es un buen complemento para mi carrera. Toda bailarina debería saber maquillarse y maquillar a otros. Tomaré las clases al salir de la escuela, en la hora que me queda libre antes de danza. Después de todo, queda cerca.

—Sí, sí... ya te di el dinero de todas formas. Yo considero que el maquillaje no es necesario, las mujeres como tú no necesitan cubrirse la cara de colores para ser más bellas —respondo.

Me levanto del sillón para ir a la cocina a preparar la cena.

—Eres un dulce, papi —dice guiñándome un ojo, luego, se dirige a su habitación—. Me baño y vengo a comer —añade.

Al terminar nuestra cena, como ya es costumbre, nos disponemos a continuar con mi historia.



El lunes, en la universidad, Carolina no se acercó a mí. El martes y el miércoles tampoco. Esta cuestión del tire y afloje me estaba cansando. Yo hice lo mismo, sentía la necesidad de tomar algo de distancia o de que fuera ella quien diera el próximo paso. Esperaba desde el fondo de mi corazón que así fuera.

Laura me llamó el lunes y me preguntó qué sucedió con Carolina y cómo terminó todo. Le conté y me dijo que lo mío ya era un caso perdido. Sus palabras textuales fueron: «Esa chica es de esa clase de personas que solo te generan dos sentimientos muy extremos: o la odias o la amas. Y, obviamente, ya sabemos hacia dónde vas tú. Te advierto, como buena amiga que soy, que vas a sufrir; pero bueno, nadie aprende si no se golpea. Yo seguiré por aquí, llámame cuando me necesites, aunque solo sea para hablar».

Su aseveración me dejó pensando, pero creo que, en cierta forma, Laura tenía razón. No podía decir que amaba a Carolina, pero la sensación de querer protegerla se había apoderado de mí y me tenía atado a ella de alguna extraña manera. Podía parecer enfermizo, pero ¿quién no se sintió así alguna vez?

Traté de demostrar que no me importaba su falta de interés en mi persona y continué con mi vida como si nada. El jueves de aquella semana me levanté de la mesa que compartía con mis amigos con la intención de ir a descargar la vejiga antes de la siguiente clase. Había visto a Caro comerse una dona de chocolate junto con una malteada antes de desaparecer del comedor. Esperaba no tener que cruzarme con ella en los pasillos, no quería ser yo quien diera el primer paso esta vez.

Ingresé al baño de hombres y, luego de hacer lo que había venido a hacer y de lavarme las manos, salí dispuesto a ir a mi siguiente clase. Un par de chicas salían del baño de damas y caminaban delante.

—¿Está vomitando? ¿Le pasa algo? ¿No hubiera sido mejor que nos quedáramos a ayudarla? —Pude oír que una le preguntaba a la otra en tono preocupado.

—Es bulímica, no la podemos ayudar. Lo hace siempre, todo el mundo lo sabe —zanjó la otra muchacha.

—Pobre, Carolina. Esa chica me da un poco de pena, no parece mala gente —respondió la primera en medio de un suspiro de resignación.

Oír su nombre fue suficiente. De alguna manera, supe que hablaban de ella desde el inicio de la charla, aunque no podía determinar el porqué pude deducir aquello. Me quedé inmóvil en mi sitio y recordé en ese momento lo que me había dicho cuando le pregunté por qué tomaba tanta agua, dijo que era un hábito heredado de su madre: «Me hacía tomar agua desde pequeña, mucha agua. Decía que eso me ayudaría a ser delgada. Mi madre tenía obsesiones con la cuestión del peso». También recordé lo que me dijo cuándo le ofrecí el chocolate: «Ya me he comido muchísimos hoy... además, aún no los he expulsado».

Mi «yo» protector sufría, eso no le podía pasar a la persona más bella que había conocido en la vida. Corrí hasta el sanitario e ingresé sin golpear. Una chica que estaba saliendo me observó con susto, pero no dijo nada. Ingresé y vi a Caro cepillándose los dientes, tranquila, sin remordimiento alguno.

—¿Estás bien? —pregunté. Pude notar en su reflejo que levantó las cejas con confusión al verme.

—¿Qué haces aquí? —dijo de forma gutural, con la boca llena de pasta dental.

—¿Terminaste de vomitar, Carolina? ¿Ya has «expulsado» todo lo que comiste en el día?

Su rostro palideció al oírme sentenciar aquello, no sabía si era la manera correcta de abordarla.

Terminó de limpiarse la boca y guardó sus cosas. Sus movimientos acarreaban furia, desesperación; sus ojos destilaban enojo, confusión, sorpresa, un inmenso manto de emociones; pero lo que me rompió fue verla pasar a mi lado, levantar su mirada verde para encontrarse con la mía y ver su dolor.

Salió corriendo, las lágrimas ya no se contenían en sus cuencas, habían rebosado y bañaban su bello rostro. Me lastimó su dolor como si fuera mío. Corrí tras ella para intentar alcanzarla, pero era veloz. La perseguí por el pabellón de clases y salí al patio. Allí, grité su nombre, pero ella no

se detuvo. Llegamos al estacionamiento, donde la atrapé. Ella se dejó caer y yo solo la abracé.

—Calma, tranquila... no pasa nada, solo soy yo, descuida... —Acaricié su cabello para que se calmara. Sequé sus lágrimas con mis dedos y la ayudé a incorporarse, acompañándola hasta mi auto. Abrí la puerta para que se sentara y corrí hacia el lado del conductor para entrar lo más rápido posible. No quería que nadie viera la escena, no quería que nadie viera a Caro así, rota.

Esperé a que se calmara, a que su respiración se tranquilizara, a que las lágrimas dejaran de chorrear angustia por su rostro. Le acaricié la cabeza y las manos. Le besé los nudillos.

—Nadie lo sabe... —susurró.

—Todos lo saben, escuché a unas chicas diciéndolo —corregí.

—Elas no son nadie para mí. Mis primos, mis tíos... mi padre... Ellos no pueden saberlo.

—Déjame ayudarte —supliqué.

—No puedes, nadie puede... —negó con vehemencia.

—Puedo conseguir a un profesional. Puedo acompañarte —insistí.

—No tengo dinero para pagar por ese tratamiento, es decir, mi padre tiene dinero, pero no puede saberlo y yo no puedo llegar un día a pedirte apoyo económico para algo así. Él me controla mucho, se pondrá a investigar.

—yo te lo daré, eso es lo de menos. Déjame buscar ayuda, déjame ayudarte. Esto que tienes es una enfermedad... —insistí otra vez.

—No lo es, yo puedo controlarlo. Solo lo hago de vez en cuando, las veces en las que abuso con los dulces —dijo en un vano intento por convencerme.

—Carolina, no quieras engañarte a ti misma, no tiene ningún sentido —susurré.

—Bien... —suspiró—. ¿Qué quieres que admita? ¿Que soy una maldita enferma? ¿Que estoy loca!? —gritó y sollozó.

Yo esperé a que se calmara.

—yo no dije eso, solo creo que necesitas ayuda, todos la necesitamos. Déjame ayudarte, por favor.

—¿Por qué?

—Porque te quiero y porque me preocupo por ti —dije aquello sin pensarlo, sin comprender que, para ese entonces, mis sentimientos por ella ya eran intensos.

—¿Me quieres?

—Sí —asentí y sonreí en un intento por aligerar el ambiente, por descongestionar sus emociones, por alivianarla, por regalarle confianza—. Confía en mí, déjame ayudarte.

—No es justo para ti que me quieras, yo no merezco que nadie lo haga. A medida que me conozcas, sabrás que te has equivocado, pronto dejarás de hacerlo. —Sus ojos estaban marcados por el dolor, por el miedo, por la desconfianza y por la vergüenza, pero también podía ver suplica en ellos, un pedido desesperado por ayuda, un sollozo que decía que me quedara.

—No estás sola, yo estoy aquí contigo. No me voy a ir, Caro. No me voy a ir a menos que tú quieras que me vaya.

Entonces, ella me abrazó. Sus lágrimas volvieron a derramarse sin control, mojando mi camisa. Escondió su cabeza en mi cuello y yo aspiré el aroma de sus cabellos. Ella era igual que una fresa, ácida y dulce, fiera y mansa, tempestad y calma... y me gustaba... y la quería...

—¿Quieres que hagamos algo? ¡Vamos al cine! —La invité.

—¿Y las clases? —preguntó con su cara de niña, sus ojitos llorosos, sus cachetes rosados y sus labios hinchados por el llanto.

—¿De verdad quieres volver a clases? —pregunté.

Ella negó, luego rio. Me gustaba verla reír, oír su risa en ese momento era como el canto de las aves cuando deja de llover y anuncian el final de la tormenta.

—No, pero...

—Volveremos antes de que acaben. Lo prometo. —Le aseguré. La tomé de la mano y ella me devolvió la sonrisa—. Vamos a distraernos un poco.

Ella asintió.

Llegamos al centro comercial, compré entradas para la primera película que estaba a punto de empezar e ingresamos a la sala. Dudé si comprar palomitas, pero lo hice, quería que todo fuera normal y que nada pareciera fuera de lugar o sobreactuado. Compré también dos refrescos.

Durante la película, me animé a cruzar mi brazo por el respaldo de su asiento; ella recostó su cabeza. Sonreí. A medida que avanzaba la película, Caro se fue acurrucando a mi cuerpo y yo enrosqué mi brazo al suyo, convirtiendo el gesto en un abrazo. Se sentía bien, se sentía correcto.

Allí, abrazado a su frágil figura, habiendo compartido con ella el secreto más complicado de su vida, descubrí que su fortaleza era una máscara que ocultaba debilidades. Me sentí útil y necesitado, deseé más que nunca poder ayudarla, sentí fuertes deseos de no soltarla. Ella era una joya en bruto que necesitaba brillar. Yo podía ver su brillo, pero ella no.

Quizá fue en ese mismo instante, con Carolina, frágil y recostada en mi abrazo, que me enamoré perdidamente de ella. O quizá fue antes o... quizá fue siempre.

Lo que más quería en ese momento era ayudarla, me propuse la misión de rescatarla. Pero ¿quién me rescataría luego a mí? Esa, era otra historia.



—Dios, papi, la chica estaba muy rota... —Taís se lleva ambas manos a la cabeza y niega con vehemencia.

—Lo sé, pero yo así la amaba. Quería que me dejara juntar sus partes una a una y reconstruirla de nuevo. Necesitaba ser su héroe, su salvador... quizás así podría ganarme su amor —murmuro con melancolía.

—Tú me enseñaste que eso no se puede. Me dijiste que solo podemos ayudar a quien quiere ser ayudado y que no debemos depender de los demás para reconstruirnos o para levantarnos tras cada caída —dice ella y con mucha razón.

—Yo te enseñé eso porque lo aprendí primero, pequeña. Y lo aprendí por las malas —añado.

—No entiendo por qué necesitabas tanto rescatarla. ¿Crees que era amor en serio? —pregunta, puedo ver la confusión en sus ojitos grises.

—Supongo, o al menos es lo que creía en ese momento. Pero también pudo haber sido otra cosa... —Hago silencio y bajo la vista, perdiéndola en las vetas de la madera de mi escritorio—. La vida de mi familia se derrumbaba a mí alrededor y yo no podía hacer nada. Quizá creí que, si la salvaba a ella, no me sentiría tan inútil, ya que en casa no podía hacer nada. Necesitaba arreglar algo, todo estaba muy mal en ese momento.

Taís no dice nada, sabe a la perfección a lo que me refiero.

Huyendo

Espero con ansias la llegada de Taís para que me comente cómo le fue hoy, sé que estaba entusiasmada. Apenas la siento llegar, voy hasta la sala para preguntarle.

—¿Cómo te fue con la clase de maquillaje?

—¡Súper bien! Esta mujer es fantástica. Me enseñó un montón de trucos que no te voy a explicar porque sé que no te interesan, pero, no sé, es como si... —Queda pensativa, busca las palabras exactas—. ¿Sabes, papi? Si mamá viviera, me gustaría que fuera como ella —dice. Baja la vista y mira sus dedos como si se perdiera en sus recuerdos, aquello ha salido desde el centro de su corazón, estaba emocionada.

Camino hasta ella y la abrazo, lágrimas se derraman tímidamente por su rostro.

—Estoy seguro de que, si tu mamá viviera, sería incluso mejor que ella. Pero cuéntame más —pido con cariño en un intento por levantarle el ánimo.

—No sé, no es que haya pasado nada en especial, solo... tiene mucha luz, está siempre sonriendo y me hizo sentir muy bien. Me hizo sentir bonita.

—Eres bonita, Taís —añado y la miro con dulzura.

—Las chicas no siempre nos sentimos así. A veces tenemos problemas para creérselo —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Tú los tienes? —pregunto asombrado y con preocupación, ella asiente con timidez.

—No sé cómo explicarlo, solo, me hizo sentir perfecta, hermosa, importante. Tiene palabras para todo, es de esa gente que te genera confianza, tanta que sabes que puedes contarle lo que deseas —añado con mirada soñadora.

—Me alegra, pero, no te expongamos demasiado, Taís. No es que quiera ser negativo, solo te pido que vayas con cuidado. Me preocupo por ti y no quiero que nadie te lastime, pero, si esa mujer te hace sentir así, ya me cae bien.

Ella sonrío y me besa en la mejilla, me dice que irá a bañarse y, minutos más tarde, con la cena entre nuestras manos, pasamos al estudio.



Las siguientes dos semanas fueron perfectas. Carolina y yo éramos inseparables. Me cercioraba de que comiera, pero no le controlaba ni las comidas ni las raciones ni, mucho menos, la atosigaba con preguntas sobre sus atracones o posibles vómitos. No podía hacer mucho al respecto, no era un iluso. A pesar de ser joven, ya sabía que los trastornos alimenticios son un problema grave y que deben ser tratados por profesionales.

Me había puesto en campaña para investigar todo lo que pudiera sobre la anorexia y la bulimia, había buscado a qué profesionales podíamos acudir y había solicitado una cita con una especialista en ese tipo de trastornos que me habían recomendado en un sitio de internet.

Debía ser muy cuidadoso porque nadie tenía que enterarse de esto. Le pedí ayuda a mi padre y le dije que necesitaba que me prestara dinero. Como era obvio, me preguntó para qué, y le dije que era para una chica que necesitaba ayuda con un problema de salud y que estaba muy sola. Mi padre era buena gente y no se negó, aunque antes me preguntó si no tenía que ver con algún embarazo no deseado que yo había causado. Le dije que no, que estuviera tranquilo, y él confió en mí.

En vista de que el tratamiento sería continuo, terminé por aceptar el trabajo que él me había ofrecido hacía ya un par de meses en su bufete de abogados. Al principio, la idea de ser el hijo del dueño no me agradó, quería buscar algo en donde mi trabajo o mi ascenso no fuera asociado a mi padre, que era uno de los abogados más reconocidos de nuestra ciudad. Pero no todo lo que se planea sale como uno lo imagina, a veces hay que girar el volante sobre la hora y cambiar el rumbo con el propósito de no perder de vista los objetivos. Mi objetivo principal era ayudar a Carolina, si para eso debía empezar a trabajar, eso era lo que haría.

Durante esas semanas me informé todo lo que pude con respecto a su enfermedad. No le preguntaba mucho, pero, cuando lo hacía, ella respondía sin problemas. Aparentemente, no era anoréxica, pues no había dejado de comer, aunque había hecho un par de dietas extremas sin ingerir alimento hasta por más de veinte horas. Aun así, según lo que pude leer, ella tenía bulimia; comía mucho, incluso se daba atracones,

pero luego lo expulsaba. Además, estaba eso de que tomaba mucha agua luego de las comidas y entre ellas. Había leído que aquello era una práctica por la cual las personas con bulimia creían que ablandaban los alimentos para luego poder expulsarlos con mayor facilidad.

Antes de llevar a Carolina a la cita, me entrevisté con la Lic. Leyva. Le expliqué que estábamos solos en esto y que ella no tenía el apoyo de su padre, así que era probable que la situación se complicara. Normalmente, los psicólogos buscan el apoyo y la contención familiar que Caro no tenía. La Lic. Leyva lo entendió e incluso me dijo que una de las posibles causas de su trastorno podría ser el mismo ambiente lleno de exigencias en el cual, al parecer, Caro vivía —ya que siempre estaba temerosa de que su padre la regañara—; aunque podían ser varios los motivos, teniendo en cuenta lo que me había dicho sobre su madre. Pero esas eran cosas que le tocaba a la licenciada deducir. Yo solo quería que supiera que yo me haría cargo y pedirle que hiciera lo mejor que pudiera por Carolina.

Ella me dijo que no me preocupara, pero me alertó que era muy probable que a mí me tocara la peor parte. Habría días difíciles en los que quizá Carolina se las tomara conmigo por ser el único que sabía de su secreto y por ser el que estaba más cerca. Me dijo que debía tener mucha paciencia.

Me explicó también cómo sería el tratamiento. Una terapia cognitiva conductual, centrada en los comportamientos alimenticios y los pensamientos negativos y poco realistas que acarrearán. Me explicó más o menos que existían tres puntos; primero, habría romper el ciclo de atracones y purgas para intentar una dieta balanceada; segundo, Caro tendría replantearse las ideas sobre la comida y el peso para cambiar esos patrones; y, por último, se necesitaba resolver los problemas emocionales que provocaron el trastorno. Parecía un proceso corto, pero era un tratamiento extenso que dependería mucho del paciente, de su constancia y de sus ganas por superar la situación, además de otros factores como qué tan metida estaba en la situación.

Aunque la licenciada me pidió paciencia y remarcó mil veces que no era un trabajo sencillo —más aun teniendo en cuenta que ella estaba muy sola—, yo salí animado, esperanzado y con ganas de quedarme a su lado hasta el final.

La primera cita de Leyva con Caro la habíamos agendado para el siguiente viernes, en horas de la tarde. Hasta el jueves en la noche, que la dejé en su casa luego de haber ido al cine, todo iba bien, pero, apenas desperté el viernes, recibí un mensaje de ella en el que decía que no iría a clases pues se había despertado con dolor de cabeza.

Excusas. Lo sabía, intentaba huir de aquello que le atemorizaba y le generaba ansiedad. Le respondí que yo tampoco iría y que la buscaría para llevarle un café y un calmante. Me dijo que no lo necesitaba, que mejor le buscara a la hora convenida.

Entonces apagó el celular y no pude dar con ella el resto de la mañana. Cerca de la hora pactada, seguía sin poder ubicarla y aquello me generó una especie de enfado, desazón, frustración y angustia. El caso es que perdimos la cita.

No la busqué, no la llamé. No se puede ayudar que no quiere ser ayudado, y esto había traspasado los límites de mi aguante, pues había hecho de todo por conseguir el encuentro.

Pasados dos días, recibí como si nada un mensaje de Caro en el que me decía que se había quedado dormida y se le había pasado la hora, que luego se le había perdido el celular y por eso no se pudo comunicar conmigo. ¿Me estaba tratando de idiota? ¿Pensaba que yo iba a creerle esa excusa tan ridícula?

No le respondí. Eso era demasiado para mí.

Dejé pasar los días para que Caro se diera cuenta de que esto era grave, que estaba enfadado. Pero cada segundo me costaba más. Ella parecía triste, tenía ojeras y se notaba cansada. Me comencé a preguntar si acaso en realidad no estaría pasándola mal de nuevo, pero no quería ser yo quien volviera a dar el brazo a torcer.

Me encontraba sentado, tomando un helado en las gradas del estadio vacío de la universidad; era un día fresco.

—Perdón.

Reconocí su voz, suave, apenas audible, apagada.

—No me perjudico yo, te perjudicas tú. No me engañas a mí, te engañas a ti... —respondí sin mirarla.

—Lo sé, fue más... fuerte que yo. Tuve miedo...

—Me lo hubieras dicho, Carolina. —Me volteé entonces a verla, sus ojos estaban tristes y me miraba con ¿temor? No me gustaba que me tuviera

miedo. Suspiré. Le hice un gesto para que se sentara a mi lado y ella se acercó con lentitud, se veía débil—. Solo quiero ayudarte, pero si no me dejas hacerlo, no puedo... Y odio que me mientas. Si me hubieras dicho que tenías miedo yo... lo hubiera solucionado.

—Eres muy lindo conmigo, eres como un ángel de la guarda y yo no me lo merezco. Siento haberte mentado... Perdón... —repitió.

—¿Cómo has estado? —asentí y cambié de tema, pues la notaba incómoda.

—Bien. —Se encogió de hombros—. ¿Tú?

—Me has hecho falta.

Sonreí con sinceridad y ella se recostó a mi lado.

—Supongo que tú a mí también —dijo.

—¿Crees que puedo pedir otra cita o quieres dejarlo? —pregunté ya sin ánimos de obligarla. La quería, me preocupaba por ella, pero, si no estaba lista para salir de esto, yo no podía hacer nada más.

—Sí, eso quería pedirte. —Levantó el rostro para mirarme a los ojos. Me perdí en los destellos color esmeralda de su mirada triste.

—Lo haré esta misma tarde, solo prométeme que esta vez asistirás... y que, lo que sea que sientas, me lo dirás. Podremos enfrentarlo juntos, ya no estás sola.

—Lo prometo —asintió y una sonrisa de niña tierna se pintó en su rostro.

—Te quiero —dije y sucumbí a ese par de esmeraldas que serían por siempre mi debilidad. Mi criptonita.

—También te quiero... —respondió.

Una sonrisa de total satisfacción se pintó en mis labios. Ella me quería y yo a ella también.



Me quedo en silencio y contemplo las letras que hablan de un pasado remoto. ¡Qué lejos estoy del muchacho que un día fui!

—Ojalá yo encontrara un chico que me quisiera tanto como tú la quisiste a ella, papi —dice Taís con los ojos cristalizados—. Me duele que no te haya sabido valorar.

—Ella no podía verme. En aquel momento, tenía ojos solo para sí misma —suspiro, pero Taís niega.

—Es que todavía no logro entenderla —añade.

Yo me encojo de hombros. Mentiría si dijera que yo lo he logrado.

Beso

Taís y yo lavamos los platos luego de la cena, ella puso música en su celular y se menea de un lado al otro, bailándola mientras terminamos de arreglar la cocina.

—Mañana saldré con Rodri —dice emocionada.

—Bien, ¿irán al cine? —pregunto y ella asiente.

—No tengo ensayo, así que me buscará cuando termine la clase de maquillaje. Iremos al cine y a cenar. Legaré directo para nuestro encuentro —añade y me guiña un ojo.

—Me alegra. —Sonrío, solo espero que sea un buen chico.

—¿Sabes? Le pregunté a Lina, mi profe de *jazz*, si no le gustaría salir contigo. Obvio que le hablé mucho de ti. Le dije que eras guapo, inteligente y unas cosas más. Ella está interesada —dice y ríe con picardía.

—Pensé que ya habíamos aclarado eso, Taís —respondo un poco fastidiado.

—Bueno, solo piénsalo... Y ahora, mejor vayamos a leer —agrega en un intento por que yo deje pasar el tema y no me enoje, me regala una de esas sonrisas a las que no me puedo negar.



Carolina no intentó escabullirse de la siguiente cita, de hecho, si hubiera hecho eso habría sido ya el colmo. Los días previos me dediqué a hacerla sentir lo mejor que pude, a ganarme su confianza para que supiera que podía contar conmigo y ser ella misma, que no necesitaba esconderse tras ninguna máscara porque yo podía ver lo que ella era en realidad.

Juanpi se empezó a alejar de mí al verme a menudo con Carolina, me decía que había cambiado, que yo era otra persona. Pero no lo noté, pensaba que seguía siendo el mismo chico de siempre, solo que él no me entendía más. Nos quedamos solos, ella y yo en aquella burbuja. Estábamos juntos en todo momento, no necesitábamos de nadie más, nuestro mundo era perfecto. Conversábamos sobre muchas cosas: música, libros, deportes y más. No había nada que no pudiera hablar con ella. Nos contamos secretos, sueños y temores, mientras imaginábamos un futuro en el que seguiríamos juntos.

La verdad es que ella me gustaba, y mucho. Carolina me llamaba de una forma más profunda que una simple amistad. Estaba hipnotizado por su belleza, por su sonrisa cantarina, por su mirada esmeralda y por sus ojitos pícaros. Su mezcla de niña y de mujer era perfecta; por un lado, parecía inocente, pero en realidad no lo era, se notaba apasionada y arriesgada en ciertas conversaciones.

No sabía cuánto más aguantaría sin intentar besarla, sin intentar acercarme más. Lo único que me atajaba era que no quería arruinar la cita con la psicóloga, no quería que Caro se enfadara y tomara eso como excusa para no acudir. Ella me confundía, no podía deducir si es que acaso sentía lo mismo que yo.

A veces se acercaba, buscaba provocarme con su mirada o con sus labios. A veces se alejaba, me ignoraba o coqueteaba abiertamente con otros chicos. No sé si intentaba despertar celos en mí o si es que solo le divertía utilizar su encanto de sirena con todos los hombres.

Me prometí aguardar hasta la primera cita con la licenciada antes de encaminarme un poco más a intentar adivinar lo que Caro sentía o

pensaba con respecto a mí. Pero esperaría para no arruinar nuestros planes.

Cuando la busqué para ir a la cita médica, apenas me saludó, no me habló en todo el trayecto y, una vez dentro, aguardamos por su turno en completo silencio.

—Tú me esperas acá —ordenó Caro cuando la secretaria la llamó.

Yo no pensaba entrar, pero el tono con el que me lo dijo me dolió.

Cuarenta minutos después, salió con los ojos hinchados, rojizos, y un par de pañuelos desechables en la mano. No me miró, no me habló, solo salió del consultorio.

Pagué por la consulta y corrí tras ella. Estaba recostada contra mi auto, observaba la punta de sus zapatillas.

—¿Estás bien? —pregunté con cierto recelo.

—Quiero ir a casa —dijo y suspiró.

—¿No quieres ir a dar un paseo?

—No. ¡Llévame a casa! —exclamó furiosa.

Entonces obedecí.

Cuando alcanzamos el frente a su hogar, Caro se bajó sin despedirse, sin un «gracias» o algún «hasta pronto». La vi entrar a toda velocidad por una de las puertas laterales, que siempre quedaba abierta para el ingreso del servicio, y perderse en el interior de la mansión.

¡Estaba cansado de la situación! Ella era muy complicada, pero me tenía ya tan amarrado a su ser que no había forma de que la pudiera soltar, en especial porque me necesitaba mucho.

Al día siguiente, y al término de las clases, volví a ir al estadio de la universidad. Me encantaba subirme a las últimas gradas y sentarme allí para sentir el viento fresco que llegaba desde las montañas cercanas.

—Rafa... perdón... —dijo Caro, acercándose.

—¿Cuántas veces piensas pedir perdón? ¿No es más fácil pensar antes de actuar y ahorrarse el sentimiento de culpa y la necesidad de disculparse? —respondí con seriedad.

—Soy una tonta, no aprendo. —Se sentó a mi lado—. Lo cierto es que, aunque no te merezco, estás aquí; aunque sé que soy más problemas que soluciones, no puedo dejar de pensar en ti... Nadie ha hecho por mí lo que haces tú... Nunca —enfaticó.

—Lo haría de nuevo si fuera necesario. —Volteé a verla, necesitaba que me mirara a los ojos y se diera cuenta de que podía confiar en mí.

Nos quedamos en silencio un buen rato.

—Me cuesta confiar, nunca lo he hecho. Desde pequeña he aprendido a no confiar ni siquiera en mis padres... —Suspiró como si se hubiera quitado años de encima—. Pero tú no eres igual, tú me quieres bien y yo...

—Tú no necesitas hacer nada por mí, pero, si quieres hacer algo, al menos deja de ser tan... ¿bipolar? —bromeé y ella sonrió.

—Quizá también tenga ese trastorno. —Se encogió de hombros.

—Ya, hablemos de otra cosa —propuse para cambiar el color de la conversación.

—Dime, ¿qué sentirías si supieras que le gustas a una chica de la universidad? —inquieta como si hubiera tenido esa pregunta en la punta de los labios por bastante tiempo.

—Si me lo preguntas así, creo que, ¿sentirme en como en primer grado de la primaria?

Ella meneó la cabeza, risueña, y luego me dio un pequeño y amistoso golpe en el hombro. Estábamos sentados uno al lado del otro, pero nos pusimos de frente en ese instante. Fue allí que noté que Caro comía una paleta dulce.

—¿Está rica? —pregunté.

Ella asintió. Luego, me la pasó para que la probara. La miré a los ojos mientras Caro acercaba la paleta a mis labios y la introducía en mi boca para que la saboreara. Yo no moví mi mirada de sus la suya aunque veía que ella se mordía los labios.

—Dulce... —Sonreí cuando la retiró y me relamí los labios con suavidad.

Ella se quedó inmóvil por unos segundos, como si ponderara qué es lo que haría o diría. Su mirada verde se volvió brillante y oscura. Pasó entonces la paleta por su labio inferior y luego por el superior, dejándolos más rojos y brillantes que antes. Luego, la lamió, abrazándola lenta y provocativamente con su lengua, sin dejar de mirarme, para, por último, regalarme su sonrisa de niña.

—¿Quieres más? —Señaló entonces la paleta, levantándola un poco.

Yo asentí como tonto, sus labios y su lengua se veían llenos de dulce y me llamaban como si fuera una abeja que va en busca de su miel. Caro

tiró entonces la paleta por las gradas y levantó las cejas en señal de inocencia. Frunció levemente los labios que seguían brillando empapados de caramelo.

—Parece que ya no hay... —sentenció al tiempo que puso una expresión de niña triste con los labios fruncidos y las comisuras hacia abajo.

Eso fue suficiente. Me provocaba y yo no iba a quedarme así. Me acerqué voraz, lento pero astuto, como un león que acorralaba a su presa. Al darse cuenta de lo que sucedería, ella sonrió, triunfante, dándome la certeza de que también deseaba ese beso.

Tomé su rostro entre mis manos con ternura, ella sonrió. Me acerqué y, con la punta de mi lengua, delineé sus azucarados labios, deleitándome con su suavidad y con la mezcla explosiva de sabores. Caro cerró los ojos y entreabrió sus labios para dejarme ahondar en el beso, que pronto se convirtió en caramelo derretido a fuego lento. En almíbar, en azúcar, en miel de verdad.

Nuestros labios, nuestras lenguas y nuestras respiraciones se mezclaron. El beso pasó rápido de casto a apasionado, de simple a profundo, de tierno a enloquecedor. Yo volaba, nunca había sentido algo tan intenso en un solo beso. No quería que terminara nunca, no quería que Caro se alejara de mis labios jamás.

—¡Wow!... Eso fue... —murmuró apenas nos separamos, aún seguíamos muy cerca, su aliento en mi aliento.

Respirábamos agitados.

—Eso fue... —No había palabras, y yo quería repetirlo, así que tomé de nuevo su rostro en mis manos y devoré sus labios otra vez.

Ella no se quejó ni opuso resistencia, parecía tan enloquecida como yo; sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuello y sus manos se aferraron a mis cabellos, dándome la idea de que tampoco lo quería terminar.



—Y así fue como empezó todo. —La sonrisa de Taís es enorme y pícara.

—Así fue como empezó todo —afirmo con una sonrisa.

Taís se levanta y me da un beso en la frente.

—Buenas noches, papi —dice antes de retirarse.

Yo me quedo allí y dejo que mis pensamientos viajen hasta Carolina. Cierro los ojos y saboreo una vez más el dulce almíbar de sus labios desde mis recuerdos.

Novios

La veo entrar con una sonrisa pintada en los labios, sus ojitos grises brillan con la emoción característica de quien está enamorado. Me siento feliz por ella.

—Entonces todo te fue bien con el chico —digo mientras termino de cenar.

Taís asiente con vehemencia. Su sonrisa bobalicona se agranda aún más y yo no puedo evitar sentir alegría.

—Me besó... recién, antes de irse —murmura, sus mejillas se tornan rosadas.

—¿No es un poco rápido? —pregunto.

Taís se encoge de hombros.

—No seas aguafiestas, papi. Son otros tiempos, otras épocas. Mis amigas se acuestan con chicos que conocen en esa misma noche —dice sentándose conmigo a la mesa.

—Sí, pero ya hablamos de eso. Que todos los demás hagan algo no quiere decir que sea lo correcto —añado y me levanto para ir a lavar mi plato. No puedo creer que diga estas cosas, sueno como mi propio padre.

—Ya lo sé, pero no me estoy acostando con él. No exageres, fue solo un beso, un tierno y delicioso beso —dice soñadora.

Vuelvo a sonreír.

—Tú puedes hacer lo que desees, yo confío en ti. Hemos hablado sobre todo lo que yo consideraba que necesitabas saber. Solo te pido que seas responsable y que te cuides, no quiero que arruines tu vida, tus sueños... tu carrera.

—¡Papi! Fue solo un beso —exclama un tanto hastiada.

Me giro y la observo.

—¿Estoy actuando como un padre maniático y celoso? —pregunto.

Ella asiente.

—Un poco, pero me gusta que me cuides. Igual, no soy tonta, no voy a hacer nada irresponsable. No te voy a defraudar.

—No, tú jamás me defraudarías, pase lo que pase yo estaré siempre a tu lado. Solo quiero lo mejor para ti, que seas feliz. Si ese chico, Rodrigo, te hace sonreír como tonta, pues yo me alegro mucho —digo.

Taís camina hacia mí y me da un golpe en el hombro.

—¡No sonrío como tonta! —exclama; la observo a los ojos.

—¿Te has mirado al espejo?

Ella vuelve a darme un golpe. Luego, saca un vaso de la alacena y va al refrigerador para servirse algo de beber.

—Mi clase de maquillaje hoy fue fantástica. Hablé mucho con Nika, le conté lo que me pasa con Rodri y ella me dijo que disfrutara al máximo de esta etapa porque es la mejor de la vida, me dijo que siempre fuera sincera conmigo misma y con él, y que no tenga miedo de amar. —Me cuenta.

—¡Wow! Entonces tu maestra de maquillaje es la que te está incitando a andar besándote con un chico al que acabas de conocer por los pasillos del edificio — bromeo.

Ella solo niega con la cabeza y sonrío.

—Sé que puedo hablar de todo contigo, pero me gusta tener a una mujer a quien poder contarle lo que siento. Ella me habló sobre un chico del que se enamoró y a quien quiso mucho cuando tenía más o menos mi edad. Fue muy lindo compartir con ella, creo que nos estamos haciendo muy unidas —añade.

Me agrada que Taís se rodee de gente positiva.

—Me alegra que tengas esa figura femenina en tu vida.

—¡Ah! Y, papi, me llamó Lina, dijo que quizá podían salir este sábado. Creo que está emocionada por conocerte... Me pidió tu número y se lo di —dice.

—Taís... —Enarco las cejas y niego.

Ella solo se encoje de hombros.

—Está pasando por un mal momento, creo que tiene algunos problemas de salud. ¿Sabes? Ella me contó que cuando era más joven tuvo algunos problemas alimenticios. Al parecer, eso le dejó algunos problemas, no sé bien cuales, pero creo que tiene anemia y cosas así. Está un poco decaída, quizá, si salen, la ayudes a animarse. Vamos, es solo una vez, como amigos... nada más —insiste.

—No necesito a otra persona a la cual salvar, Taís —digo un poco cansado.

Ella baja la vista porque le importa mucho el asunto, le resulta importante.

—Veré que puedo hacer... ¿Leemos un poco? —Cambio de tema.



Cuando nos separamos por segunda vez, el brillo en sus ojos se había intensificado y la suavidad de su mirada me derretía por completo.

—No sé qué decir—habló Caro con tono inocente y una media sonrisa.

La ternura de sus gestos contrarrestaba por completo con la intensidad de la pasión que nos envolvió segundos antes.

—Dime que seguiremos haciendo eso, por favor. —Prácticamente rogué. Ella se echó a reír.

—Me gustas, Rafael, creo que puedo seguir haciendo el sacrificio.

Dicho aquello, se levantó y caminó unos cuantos pasos entre las gradas; se volteó a mirarme y, recién allí, reaccioné. Me puse de pie y caminé con velocidad para alcanzarla.

—No pareció demasiado sacrificio, además, fuiste tú la que me incitó. Se te veía muy entusiasmada; debes admitir que soy bueno besando —bromeé cuando la alcancé.

—Te daré ese punto, nunca nadie me besó de esa forma —dijo con su sonrisa dulce, aquella que yo amaba.

Observé sus labios rosados, su dentadura blanca y perfecta, sus facciones hermosas, su cabello rubio que ondeaba al viento, y me perdí en su belleza, en la luz que irradiaba, en su mirada verde que parecía limpia y feliz.

—Eres muy bella, es probable que lo sepas, pero no me cansaría de recordártelo cada día —murmuré y me acerqué más.

—¿De veras lo crees? —preguntó, insegura. Habíamos dejado de caminar y nos mirábamos a los ojos, frente a frente.

—¿No hay espejos en tu casa? —bromeé.

—Los espejos... tienden a mentirme... —mencionó avergonzada y bajó la cabeza.

Levanté su barbilla con suavidad para que me observara. Cuando alzó la vista, acaricié su rostro con ternura, delineé sus cejas, su mejilla, su nariz y sus labios.

—Eres perfecta, Caro. Olvida los espejos, enfócate en mis ojos, déjame recordártelo a diario y créeme: eres la chica más hermosa que he visto —susurré.

Ella no dijo nada, solo cerró los ojos y emitió un tenue suspiro. La tomé de la mano y caminamos en silencio. No sabía a dónde íbamos ni qué día era ni qué hora. Yo no la quería soltar. La única certeza que tenía era que no me quería separar de ella nunca más.

Recordé entonces la conversación que tuvimos acerca de mi situación con Laura y como Carolina me dejó muy en claro que no estaba de acuerdo con esa clase de historias. No quería presionarla, pero tampoco deseaba que pensara que ella era solo un juego para mí.

Así íbamos, los dos en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos, tomados de las manos, mientras caminábamos sin rumbo. En algún momento, llegamos a un sitio en particular, era una pequeña casita. Carolina sacó una llave de su bolsa y abrió el portón principal. Yo fruncí el ceño sin entender, pero ingresé tras ella.

Adentro, el lugar se veía acogedor. No era grande, pero tampoco diminuto; tenía una pequeña sala de estar, una cocinita y, al parecer, dos habitaciones con un baño en medio. Todo amueblado.

—Es nuestro refugio, mío y de mis primos —explicó—. Se supone que mi tía se lo compró a Gael porque él quería independizarse, pero no aguantó vivir sin servicio doméstico y volvió a su casa. Lo usamos de vez en cuando para escaparnos del mundo. Yo... quiero que usemos este lugar para encontrarnos, no me gustaría que fueras a mi casa. Mi padre... él no me deja salir con chicos —dijo con vergüenza.

—¿No te deja? ¿A nuestra edad? —pregunté sorprendido, después de todo, ya íbamos a la universidad.

—Sí, bueno... él quiere que termine la carrera antes de... ya sabes, enamorarme y esas cosas. —Se encogió de hombros.

La noté algo incómoda, así que me acerqué un poco más y coloqué mis manos en su cintura. Ella sonrió y buscó mi mirada.

—Quiero que te sientas bien a mi lado, dijiste que no eras de las chicas a las que les gustaba... pasar el rato o... ¿cómo era?... y yo quiero... tmm... Lo que quiero decir es... —No sabía cómo decirlo y eso me ponía nervioso.

Sin dejar de sonreír, Caro se puso de puntillas besó con fugacidad mis labios.

—Sí, quiero ser tu novia, Rafa. Pero despídete de Laura y de cualquiera de esas con quienes tienes esos «arreglos», porque yo soy egoísta y no me gusta compartir.

Eso fue suficiente, la abracé y nos volvimos a besar.

Sus labios suaves lo eran todo para mí, eran como el manjar más delicioso y, ya en aquel momento, supe que no me cansaría nunca de ellos.

Nos quedamos sentados en el sofá por horas, besándonos y hablando. Caro me contó sobre su padre, que casi no lo veía porque trabajaba mucho y que, cuando se encontraban, lo único que le preguntaba era sobre sus estudios, nunca sobre su persona. Me contó sobre su tía, a quien le tenía un cariño muy especial, pero a la que consideraba bastante «permisiva». Y me contó sobre sus primos. Alelí era esa hermana que nunca tuvo y con quien podía hablar sobre cualquier cosa, Gael era su adoración, su guardián, su salvación.

Algo dentro de mí se removía cada vez que hablaba de él, no me agradaba la devoción que le profesaba y el chico no terminaba de caerme bien. Aun así, no dije nada, no iba a estropear ese día tan perfecto.

Volvimos a hablar sobre sus reuniones con la psicóloga, le pedí por favor que fuera.

—Yo no pido mucho, Caro. Pero hay algo que necesitamos tener en claro si vamos a intentar esto. No soporto las mentiras. Debes ser sincera conmigo, siempre. Yo no te voy a juzgar, te acompañaré en el proceso para que tú puedas salir de todo eso de la bulimia y demás, estaré allí a tu lado, pero no me mientas, aun cuando tengas recaídas, aun cuando se vuelva difícil, solo... no me mientas. ¿Crees que puedes con eso? —pregunté y ella suspiró.

—Para ser sincera, soy una persona mentirosa. He aprendido a serlo desde pequeña; si no miento, no sobrevivo en mi familia. Pero estoy cansada de eso, Rafael. He mentado tanto que ni siquiera sé ya quién soy. Necesito ser yo misma, encontrarme en mi verdad, aunque no me guste lo que vea. Confío en ti porque me has demostrado que puedo hacerlo. Eres la única persona en quien puedo confiar así, sabes mucho

más sobre mí que personas que me conoce desde hace años... De alguna forma, has pasado por encima de todas esas barreras que me pongo incluso a mí misma... Así que... de verdad quiero intentarlo, contigo —dice con una sonrisa dulce.

Aquello me puso muy feliz, sentía que ella era sincera por primera vez, incluso para con ella misma. Me sentía especial y, de alguna u otra forma, pensé que la ayudaba.

Luego de nuestra tarde, la acompañé hasta su casa y, después de darme un beso fugaz —para que nadie nos viera—, nos despedimos. Aquel día volví a mi casa feliz, sintiéndome pleno, importante, con la necesidad imperiosa de verla de nuevo y experimentar todo tipo de nuevas sensaciones que, quizá, tenían que ver con estar enamorado.

Pero en casa, ese día, no me esperaba un panorama muy alentador. Papá estaba nervioso y daba vueltas y vueltas por la sala principal.

—¿Dónde estabas? —preguntó al verme llegar.

—En casa de una compañera, estudiando —mentí.

—Te llamé al celular y no atendiste —regañó.

La verdad era que ni me había fijado en el aparato y era probable que estuviera en silencio desde las clases de la mañana en la universidad.

—¿Qué sucede? —pregunté al ver su estado de alerta.

—Alejandra... tuvo una recaída y no está nada bien. Lorenzo y tu madre la llevaron a la clínica y necesito ir por si precisan algo. Debes quedarte con Taís, está dormida en nuestra cama.

—¿Ale está bien? —pregunté asustado.

—No lo sé. Se la veía mal. Parece que anoche discutió con Lorenzo y hoy desapareció todo el día. Cuando llegó a su casa, se desvaneció —dijo papá mientras se ponía una chaqueta para salir.

—¡Dios! —Negué en medio de un suspiro.

Alejandra llevaba limpia desde el nacimiento de Taís, todos pensábamos que lo había superado al fin. No podía creer que toda la pesadilla fuera a iniciar de nuevo.

—¿Te quedas? —preguntó papá ya en la puerta.

—Me quedo, avísame por cualquier cosa —prometí.

Una vez que se fue, caminé hasta la habitación de mis padres para observar a mi pequeña sobrina dormir pacífica y ajena a los problemas de

sus padres. Suspiré, ella era hermosa y dulce, no se merecía que mi hermana la hiciera sufrir también a ella.



Al terminar de leer, dejo que el silencio nos inunde. Taís observa la ventana con melancolía.

—Cuando pienso en ella, la recuerdo sonriente, sana... abrazándome y jugando conmigo —dice ante la mención de su madre—. ¿Por qué no fui suficiente para ella, papi? —Las lágrimas comienzan a caer.

—No eras tú, Taís, era ella. No podía ver nada más que su adicción. Las drogas te destruyen, te cambian... Tú no tienes la culpa... —respondo, pero sé que mis palabras nunca sanarán su dolor.

—Yo la quería tanto... —añade.

Su tristeza rompe mi corazón.

—Lo sé... y, de alguna manera, ella también a ti. Fuiste por lo único que quiso cambiar, se alejó por más de tres años de sus adicciones, solo por ti —dije para recordarle que Alejandra lo había intentado.

—Pero volvió... no fui suficiente —solloza.

Yo suspiro. Lo que Taís siente por su madre es una herida abierta, de esa clase que no cierran jamás.

—Fue su culpa, no tuya. No cargues con culpas que no te corresponden, la vida se hace muy pesada así —añado. Me gustaría poder ahorrarle este sufrimiento.

—Quisiera verla y hacerle muchas preguntas... —Se encoge de hombros.

—Quizás un día encuentres las respuestas que buscas. Ahora, mejor ve a descansar y recuerda el beso de tu chico; me gusta verte sonreír, te prefiero así.

Ella asiente y sonrío de nuevo.

—Le voy a escribir antes de dormir.

Asiento y la veo marcharse hacia su habitación. Cuando está en la puerta, se voltea.

—Ahh... y puede que Lina te escriba a ti.

Dice eso y se va, sabiendo que aquello me molesta. Solo niego con la cabeza, Taís no va a parar hasta que yo salga con alguien.

Háblame

Odiaba esos viajes relámpago que me surgían de repente. Cuando Taís era más pequeña, solía dejarla con mi madre durante esos días, pero ahora se queda sola en casa. Esta mañana me llamó Pedro, uno de los abogados que trabaja conmigo, y me pidió que viajara a una ciudad cercana para cerrar un tema importante.

—¡Papi! —saluda Taís al llegar de su ensayo—. ¡Estoy súper cansada hoy! Y, además, ¡muero de hambre!

—Hoy no tenía ganas de cocinar, así que compré *pizza* —añado y señalo la caja—. Te estaba esperando

—¡Mi favorita! —dice al abrir la caja y encontrar la de *pepperoni* que tanto le gusta.

Cuando nos sentamos a comer, ella me cuenta sobre su ensayo y sobre lo intenso que se estaba poniendo todo aquello.

—Me escribió tu profesora. —Sonrío—. Estuvimos conversando, quedamos en salir el fin de semana, pero al final no podrá ser, tendré que cancelarle porque mañana debo viajar.

—¿Qué? ¿A dónde? ¿Por qué? —pregunta y enarca las cejas con curiosidad— ¿Ya iban a salir? ¿Tan pronto?

—Sí, algo del trabajo. Una semana, ¿estarás bien? ¿Quieres quedarte con Paty? Y sí, íbamos a salir, ¿no era eso lo que querías? —respondo a todas sus preguntas.

—No, me quedaré aquí, no te preocupes. ¡Qué mal que justo cuando iban a salir te surja esto! —Se queja.

—Bueno, será a mi regreso. Tengo que admitir que parece una persona divertida.

Taís sonrío y asiente. Se lleva un pedazo de *pizza* a la boca. Cuando ella termina de cenar, vamos a mi estudio para continuar con el capítulo del día.



—¿Por qué no vienes a la universidad? —preguntó en la mañana Carolina en medio de una llamada.

—Voy a ir, pero surgió algo en casa y debo llevar a mi sobrinita a la guardería. La estoy preparando, pero cuando la deje allí, iré. Llegaré después del primer receso —dije mientras peleaba con Taís para que se pusiera la ropa que yo había elegido para ella.

—¿Estás cuidando a tu sobrina? —preguntó Caro, confundida.

—Sí, te explico cuando llegue —contesté.

Luego de vestir a Taís y de intentar recoger sus cabellos en una coleta que quedó inclinada y desprolija, la llevé hasta la guardería donde se quedaría hasta la tarde. Después, manejé hasta la universidad lo más rápido que pude.

Llegué justo cuando los alumnos salían al receso, así que busqué a Carolina con la vista. Estaba desesperado, agotado, preocupado y necesitaba de mi chica para desahogarme en sus brazos.

—¿Qué pasó? —Ella fue quien salió a mi encuentro, acercándose para darme un beso en los labios.

La abracé y enrollé mis brazos por su cintura. Ella se quedó allí, pegada a mí por un buen rato. Era probable que tuviéramos encima algunas miradas curiosas enfocadas en nuestra actitud, pero a mí no me importaba y, a ella, aparentemente, tampoco.

—¿Podemos ir a hablar a algún sitio más tranquilo? —pedí y ella asintió, todavía confundida.

—Sí... ¿Vamos a faltar a clases de nuevo? —preguntó con cierto recelo.

Ella tenía razón, era nuestro segundo día como novios y ya le pedía que faltase a clases. Negué con la cabeza.

—No, mejor no. Solo... ¿podemos almorzar juntos? Necesito hablar con alguien...

—Sí, claro —asintió Caro y me dio un beso en la mejilla—. ¿Estás bien? Me asustas...

—Estoy bien... solo... preocupado.

No hablamos mucho más, nos quedamos en silencio y abrazados por lo que duró el receso. Luego, cada quien fue a su clase. Al mediodía salimos en busca de un sitio para almorzar, la llevé a un restaurante de comida rápida y, luego de hacer nuestros pedidos, nos sentamos a la mesa. Ella me miraba con ansias, yo sabía que ella quería que hablara.

—Es mi hermana mayor... ¿Recuerdas lo que te había dicho sobre las drogas y esas cosas el otro día? —pregunté.

Caro, avergonzada, bajó la vista y asintió.

—Mi hermana es drogadicta. Consumió drogas durante mucho tiempo, mis padres hicieron de todo para sacarla de ese mundo, pero no fue suficiente. Luego, conoció a un chico de quien se enamoró. Él la llevó por buen camino, la sacó de aquello y se casaron. Tienen una hija de cuatro años. Mi hermana llevaba cuatro años «limpia», desde que nació su hija... Pero, al parecer, las cosas en el matrimonio no iban bien y ayer... pues, recajó. Está internada y no tiene buen pronóstico —dije con tristeza.

—Oh... —murmuró Caro con el rostro afligido—. Lo siento, Rafa...

—Mi familia ha sido destruida por las drogas —añadí—. Yo... odio las drogas, Caro y tú... —No quería recriminarte aquello que había sucedido la otra noche, solo quería que tomara consciencia que del peligro—. Es un momento de éxtasis, o como le quieras llamar, que terminará por arruinar tu vida. Sé que me dirás que fue solo una vez y todas esas cosas, pero así empezó Alejandra, y ya nunca lo soltó.

—Lo siento, Rafa. Me dejé llevar por el ambiente, por Gael y por Alelí que me dijeron que no me haría nada. Me dejé llevar por la rabia que me dio verte con Laura. Yo quería... estar contigo y... Lo siento. Te prometo que no volverá a pasar —dijo y me tomó de la mano.

—Yo no quiero que hagas las cosas por mí. Quiero que las hagas por ti. Fíjate en Ale, ella no dejó las drogas por ella misma, las dejó por Lorenzo... y ahora que las cosas no están bien con él, ha recaído. Tienes que hacer las cosas por ti. Yo te quiero, pero tú debes hacerlo por ti —insistí—. Fue horrible verte así aquella noche.

—Ahora lo entiendo, no pensé que... no lo volveré a hacer, lo prometo —contestó con seguridad y luego me observó, regalándome su sonrisa dulce, mi favorita—. ¿Taremos algo hoy o tienes que cuidar de tu sobrina?

—Debo buscarla de la guardería a las seis de la tarde, podemos hacer lo que quieras antes. Necesito distraerme.

—Le dije a papá que iba a estudiar en lo de Leila. Podemos hacer lo que tú quieras. —Sonrió y colocó un mechón de su pelo rubio tras la oreja. Sus ojos brillaban con entusiasmo y alegría. Me gustaba verla así, fuerte, firme y sana.

Esa tarde salimos a caminar por la costanera, alquilamos un par de bicicletas por media hora y anduvimos por allí tomando aire y divirtiéndonos. Cuando terminó el tiempo las devolvimos y fuimos a sentarnos a un sitio donde había muchas rocas, algunas más puntiagudas que otras. Era difícil subir hasta allí, difícil y peligroso. Pero era un sitio solitario y podríamos hablar con tranquilidad. La tarde estaba cálida y había mucha gente en la playa y alrededores.

Cuando llegamos a una piedra grande y bastante firme, nos sentamos. Las olas rompían por las rocas, pero estábamos bien arriba y el agua no nos salpicaba. Me senté primero y la dejé a Caro sentarse entre mis piernas, recostó su espalda contra mi pecho. No hablamos, con mi mano izquierda la abracé por el abdomen y con la derecha corrí sus cabellos de oro hacia un lado de su hombro para despejar el otro lado. Sin decir palabra alguna, empecé a plantar pequeños besos en su cuello y sentí su piel estremecerse a mi paso.

—Me gustas... me gustas mucho —confesé.

Ella rio nerviosa. Su mano izquierda se entrelazó con la mía, que estaba todavía en su abdomen, y luego volteó el rostro para mirarme. Yo me moví un poco para que pudiéramos vernos mejor.

—Tú también me gustas, y... nunca me sentí así, tan libre... tan yo —dijo antes de suspirar—. No sabes lo difícil que es ser yo, Rafa.

—No hables así de ti, bonita. A nadie le resulta fácil lidiar con sus propios demonios, no eres la única —susurré.

—Háblame de tu familia —pidió Caro. Recostó su espalda contra mi pecho y, con su cabeza sobre mi hombro, miró al cielo.

—Mi papá y mi mamá están juntos, pero separados. No sé por qué lo hacen en realidad, nosotros ya somos grandes, no tiene sentido. Mi padre es un hombre ausente, está físicamente, pero es como si no estuviera; sale con mujeres y mi madre lo sabe... y se calla. Mi hermana mayor, pues ya lo sabes; mi hermana menor vive su vida y no se preocupa

por nada ni por nadie, es su forma de evadirse de todo. Mi madre es de esas mujeres abnegadas que viven sufriendo. No es un hogar muy feliz, así que hace un año me mudé a vivir solo a un pequeño espacio que me alquila mi padre. —Me encogí de hombros—. Yo siempre fui el responsable de todo, en el colegio me encargaba de mi hermanita, soy el que se preocupa por mamá...

—El ángel guardián de todos —afirmó ella en medio de un suspiro—. También eres el mío —agregó.

—No me considero el ángel de nadie, pero, si eso dices, no lo discutiré —bromeé y la besé en la mejilla.

—Me has salvado... Tú has visto que me hundía y, en vez de correr, te quedaste conmigo, me pasaste la mano y me rescataste. Pero yo no puedo prometerte que siempre estaremos bien... soy una chica complicada, Rafa —insiste.

—Todos lo somos, solo déjame ir conociéndote y estar allí para ti. Solo quiero eso.

—Mi familia es un caos. Mi padre, como te conté, solo exige y no está nunca. Mi tío es igual y mi tía solo quiere tomarse sus pastillas antidepresivas y dormir. No es mala, pero no está con todos sus pies puestos en la vida. Alelí es como mi mejor amiga y Gael... él...

No continuó, así que me animé a preguntarle.

—Gael... ¿Sabes que me dijeron que ustedes tenían una relación rara? —pregunté con tono incrédulo e incluso bromista, solo quería medir su reacción.

—Lo sé, a todos les gusta imaginar cosas torcidas. Y no es que no me gusten las cosas torcidas... es solo que Gael es como mi hermano mayor, me ha cuidado desde siempre y sí... puede ser un poco posesivo, eso se ve extraño desde afuera.

—¿Te gustan las cosas torcidas? —pregunté porque no entendí ese punto.

—Sí —afirmó—. Me gusta probar los límites, las cosas prohibidas... digamos que soy arriesgada... o un poco loca.

—No sé si asustarme o alegrarme con tu respuesta —admití con sinceridad y ella solo sonrió.

Unos minutos después, las palabras sobraron entre nosotros y los besos volvieron a envolvernos con intensidad. Ella se volteó para quedar frente a mí y subió a mis piernas, yo la abracé y la acerqué lo más que pude. Caro envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y nos seguimos besando.

Nuestros cuerpos parecían tener una química extrema, una muy explosiva. Se buscaban, se necesitaban y parecían reconocerse de toda la vida. Era algo tan intenso y voraz que quemaba y que nos engullía de forma tormentosa. Pero eso, era exquisito.



—Una relación explosiva —dice Taís y sonrío con picardía.

—Sí —admito y cierro los ojos—. ¡Me volvía loco! —exclamo.

Ella ríe.

—¿Era muy linda, papi? —pregunta con ojitos curiosos y soñadores.

—Era preciosa, parecía un ángel. Tenía luz propia, iluminaba todo a su paso — respondo con su imagen vívida en mis recuerdos.

—¿Nunca más la viste? —Quiere saber. Coloca sus codos sobre el escritorio y su cara entre sus palmas.

—No... —suspiro—. Nunca...

—Qué pena... —responde y entonces observa su celular—. Estoy cansada, papi, y quiero hablar un poco con Rodri antes de dormir, ¿puedo ir a acostarme?

—Claro, pequeña. Yo saldré temprano en la madrugada, te dejaré dinero donde siempre y el desayuno listo —digo con una sonrisa.

—Puedo preparármelo yo, no te preocupes. Solo cuídate, ¿sí?

Asiento. Y, luego de un abrazo y de un beso, la observo salir de allí para ir a dormir. Vuelvo a cerrar los ojos y a rememorar el rostro de mi ángel, quisiera soñarla esta noche.

Reunión de chicas

Taís

Me despierto temprano y me alisto para ir a la escuela. Preparo el desayuno, aunque papi ya me lo ha dejado a medio hacer. Sonrío al ver el café con leche y el pan cortado en rodajas listo sobre la mesa, hay también mermelada y mantequilla. Encuentro una notita que dice: «Te dejé café con leche, caliéntalo en el micro ondas. Pon el pan en la tostadora. Cuídate y compórtate bien, pequeña. Te quiero, Papi».

Sonrío, guardo el papel en el bolsillo de la mochila y sigo las instrucciones. Adoro a mi papi, él cambió mi vida por completo. Siempre fue mi ángel guardián, como lo había dicho esa chica tantos años atrás.

Me quedo pensando en su historia mientras desayuno. Hasta ahora, no le encuentro nada demasiado extraño, salvo el hecho de que se había enamorado de una chica bastante especial, pero no puedo entender cómo una chica en sus cabales podría rechazar a alguien como mi tío. Él es uno de esos hombres con los cuales las mujeres sueñan, es el mejor padre del mundo: limpia, cocina, me trae y me lleva a todas partes, es cariñoso, atento y se preocupa por mí. Hablamos siempre de todo, nunca me ha levantado la voz ni me ha tratado mal. Suspiro. Me gustaría que la vida me diera la oportunidad de encontrarme cara a cara con esa mujer y decirle todo lo que se perdió.

De pronto, una brillante idea me surge en la mente. Yo podría buscarla, podría buscar a Carolina, tratar de encontrarla. No sé qué haría después, pero, al menos, le diría unas cuantas cosas por haber roto el corazón de papi.

Yo soy muy joven, nunca me he enamorado de una forma tan intensa como el amor que parece haber vivido mi tío. Me pregunto qué tanto se debe amar a una persona para no poder superarla, para no poder olvidarla. Han pasado muchos años y él no la olvida; tuvo algunas novias, pero nunca le duraron, nunca se ve plenamente feliz al lado de alguien. Me gustaría que encontrara una mujer que lo valorara, que lo supiera ver, que lo amara y que lo ayudara a sanar ese corazón tan bello que tiene.

Lina es una buena idea, al menos, hablan por mensajes; eso me parece muy interesante, además, ella ha dado el primer paso. Eso me parece bien, aunque yo fuera la que la incentivó a hacerlo. Ella tiene su misma edad, es hermosa, rubia de ojos claros, justo como a él parece gustarle. Sonrío ante mi pensamiento y me

afirmo en mi propósito de conseguirle a mi tío una mujer que lo ame y que lo valore. Sé que suena infantil, pero es solo quiero verlo feliz.

En la escuela no pasa nada interesante, salvo porque Paty me comenta varias veces que se nota que Rodrigo está muy enganchado conmigo. Eso me mantiene sonriente hasta que es hora de salir de la última clase para aventurarme al salón de Nika, que me invitó a almorzar antes del curso de maquillaje.

Cuando llego, ella está a punto de terminar de atender a una cliente. La despide con cortesía, toma su bolsa y salimos. Nika es una mujer bella, perfecta, hermosa por dentro y por fuera. Es una persona sensible y profunda, de esas con quienes da gusto hablar porque siempre tienen una palabra para subirte el ánimo o para hacerte pensar.

—¡Hola, hermosa! —me saluda, espontánea, con un beso en la mejilla. Su cabello brillante y largo cae en ondas sobre sus hombros, lo sacude un poco enviándolo hacia atrás y salimos.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Ella me señala su auto.

—¿Quieres comer pasta? —inquire.

—¡Eso suena genial! —Sonríe mientras subimos al vehículo.

Avanzamos por las calles de la ciudad por varios minutos hasta que llegamos al restaurante. Allí, nos ubicamos en uno de las mesas que están hacia el fondo del local.

—¿Cómo fue tu día? —pregunta Nika mientras coloca la servilleta sobre su falda.

—Bien, me quedo sola por una semana, mi papi tuvo que viajar —comento.

—¿Y te quedas sola? —cuestiona, enarcando las cejas.

Asiento.

—Ya te lo dije, solo somos él y yo. De vez en cuando tiene que salir de viaje por su trabajo y entonces me quedo sola. Antes me acompañaba mi abuela, pero ya no es necesario. Me cuido sola y me porto bien —bromeo y pongo cara de ángel.

—Si quieres, puedes ir a dormir a casa. Podemos hacer una noche de chicas, ver películas, comer palomitas y dormir tarde. —Nika sonrío.

La idea me parece genial.

—¿De verdad? ¿No te incomodaría? —pregunto, entusiasmada.

—No, para nada. De hecho, ¡me encantaría! Estoy muy sola y me divierto contigo. Yo sé que tenemos bastante diferencia de edad, pero me agradas —añade mientras observa la carpeta del menú.

—¿Por qué no tienes hijos? —Me animo a preguntar.

Ella solo suspira.

—No lo sé, supongo que he estado demasiado ocupada para pensar en niños. Además, no he encontrado al padre perfecto —bromea—. Aunque, si soy sincera, el reloj biológico, como lo llaman algunos, me está apurando un poco. Creo que me volveré una solterona —agrega entre risas.

Nika es divertida.

—Te puedo presentar a mi papi, él podría ser un buen padre para tus hijos, es guapísimo. Sabe lavar, planchar, cocinar y, como verás, me ha criado de lo más bien —bromeo.

Ella ríe a carcajadas.

—Estás como loca buscándole pareja a tu papá. Pareces comercial de televisión enseñando las ventajas de comprarlo. ¿Está él enterado? —Quiere saber mientras sigue riendo.

Hace días le he contado que quería que Lina saliera con él.

—No... o bueno, sí. La verdad es que ya se lo dije e incluso ha quedado con mi profesora, Lina, para salir este fin de semana, pero luego tuvo que viajar y lo suspendió —respondo con una especie de mueca de frustración.

—Oh, ¿pero tú lo quieres colocar con ella o conmigo? —Me sigue la broma.

—Hmmm... pensé que Lina sería una buena idea, pero, ahora que lo pienso, tú también podrías serlo. Él sufrió mucho por una mujer que le hizo mucho daño unos cuantos años atrás y no la puede superar. ¿Te imaginas? Dejó de lado toda su vida por un recuerdo, por un corazón roto. Me da mucha pena, merece ser feliz.

—Te entiendo, pero no puedes obligar a nadie a querer a alguien. Tampoco puedes obligar a las personas a superar dolores o huellas que dejaron en su pasado. No sería justo para nadie que él se metiera en una relación si no puede olvidar a otra persona, estaría comparando siempre. Te lo digo porque yo lo viví —afirma.

—Sí, tienes razón. Pero tengo la esperanza de que él lo supere en algún punto. Ya ha sufrido demasiado, se merece ser feliz, Nika... Él es un hombre excepcional, lo prometo —insisto.

Ella no deja de sonreír.

—Supongo que sí, Taís, porque, si crio a una chica tan maravillosa como tú, es porque es un hombre fantástico. ¿Y tu madre?, nunca me has hablado de ella —pregunta.

—Mi madre murió en un accidente —comento, pero no quiero contarle que era drogadicta, aquello me avergüenza mucho incluso a pesar del tiempo pasado—. Yo era muy pequeña.

—Lo siento mucho —añade con pesar; sus ojos, hoy celestes, brillan con tristeza—. Ninguna niña debería crecer sin una madre.

—Supongo que, a pesar de tener a papi, siempre quise una imagen femenina. Mi abuela no cuenta, siempre está deprimida. Por eso estoy feliz de haberte encontrado y de que seas tan buena conmigo. Me gusta imaginar que... podría haber tenido una relación como esta con mi mamá, ya sabes, salir a comer... conversar. Tú y Lina son demasiado importantes para mí, aunque a ti te conozca desde hace poco tiempo —comento con timidez, embargada por sentimientos.

Ella toma mi mano entre las suyas.

—Siento igual, me agrada haberte conocido, tienes algo en los ojitos, tienes una luz muy brillante. Tu sonrisa me recuerda mucho a cuando yo tenía tu edad y era muy feliz. Me recuerdas a mí cuando era joven. —Sonríe.

—Eres joven y bella —agrego.

Ella se encoge de hombros.

—¿Cómo van tus ensayos?

—Bien, estoy esforzándome mucho, de verdad quiero quedar en ese *ballet*. Es mi sueño.

—Me encanta ver cómo luchas por tus sueños, estoy segura de que los alcanzarás todos. —Sonríe cariñosamente.

Luego del almuerzo y de hablar un poco más, volvemos al salón de belleza donde tenemos la clase del día. Y, cuando se hace la hora de mi ensayo, me despido y prometo pasar de nuevo por allí para ir con ella a su casa. Nika dice que me esperará.

Al llegar a la academia, me encuentro con Lina. Me sonrío y me da un abrazo. Ella es cariñosa y muy dulce, sé que soy su alumna favorita aunque en clases deba fingir que todas somos iguales.

—Tu padre me dijo que tuvo que viajar, ¿es cierto o solo me evita? —pregunta y hace una mueca divertida.

—Es cierto, se fue por una semana, estoy sola en casa —comento mientras caminamos al vestuario.

—Estuvimos conversando un poco por mensajes, nada del otro mundo, pero habíamos quedado en vernos este fin de semana para tomar algo y conocernos —

agrega—. Me animé a escribirle. —Ríe.

—Está bien, yo creo que se llevarán de maravillas. ¿Cómo has estado? ¿Te has sentido mejor? —pregunto mientras me pongo la media y la malla.

—Sí, estoy haciendo un tratamiento de hierro y vitaminas, estaré mejor pronto. —Se encoge de hombros—. Es una enfermedad horrible, ¿sabes? Se pasa, te toma presa y, luego, cuando logras escapar, sigue persiguiéndote como un fantasma. Nunca caigas en esto, prométemelo —añade.

Yo asiento.

—No lo haré, no te preocupes.

—¿Quieres que vayamos a cenar juntas esta noche? —pregunta.

Me muerdo el labio inferior, avergonzada. Ella toma un peine y empieza a hacerme un rodete.

—He quedado con Nika, iré a su casa a ver películas y me quedaré a dormir —comento.

—Voy a ponerme celosa, siempre estás con ella, siempre hablas de ella. ¿Me estás cambiando? —Pone cara infantil y baja las comisuras de sus labios. Ella es como mi mentora, como mi tía o mi hermana mayor desde hace un par de años, cuando empezó a enseñar en esta academia.

—No digas eso, me pongo mal. Podemos salir mañana, ¿cine? ¿Cena? —sugiero.

—Mañana estará bien. Anda a tu ensayo ahora que, sino, Julieta te llamará al orden.

Asiento con un gesto, llevo en mis manos las zapatillas de punta y corro al salón. Julieta es la maestra de danza clásica y, como todas las de su clase, es súper exigente.

Primer amor

Taís

Cuando llego al salón de belleza, ya no quedan clientes y las últimas empleadas de Nika se están yendo a casa. Ella me sonrío y, cuando todos se marchan, vamos hasta su auto.

Nos detenemos primero en mi casa para que pueda buscar ropa limpia y mis cosas de la escuela; en el hogar de Nika tomaré un baño y, como me quedaré a dormir, mañana iré directo a clases.

La invito a bajarse y pasar por si necesita ir al baño o beber algo, pero ella se niega y ofrece esperarme en el auto, así que ingreso sola. Me apresuro y, unos minutos después, regreso al vehículo para ir hasta su casa.

Al llegar, quedo impresionada por el lugar. Es un departamento pequeño, pero tiene muchísimo estilo; no debería sorprenderme, toda ella lo tiene. La decoración es exquisita y no hay nada fuera de lugar. Hay una enorme colección de figuras de barro, yeso, vidrio y de toda clase de materiales en una esquina de la sala. Me acerco para observarla.

—¿Te gustan? Creo que me obsesioné con ellos. —Nika señala los objetos y toma uno en sus manos.

—Son bonitos. —Me encojo de hombros y sonrío, tomo uno en mis manos.

—Ese es San Miguel —dice ella.

Asiento en silencio y lo dejo con cuidado de nuevo en su sitio.

Ella me hace señas para que la siga, me da un corto *tour* por la casa. Es un departamento con tres habitaciones; una la usa ella, la otra es cuarto de huéspedes y, la tercera, es como un estudio o biblioteca. Además, hay una sala de estar que es grande y funciona también como comedor; la cocina es pequeña. Cada habitación tiene su propio baño y hay otro de visitas al lado de la sala de estar.

—Acomodé esa habitación para que sea mi biblioteca. Me gustan mucho los libros —dice y señala el estudio cuando pasamos enfrente para ir al cuarto de huéspedes, que es el que usaré esa noche.

—¿En serio? A mí también me encantan, papi siempre me regala alguno.

—Bien, otra cualidad más para sumarle a tu padre. Me gustan los hombres que aman la lectura y la fomentan —afirma—. Puedes revisarlos luego y, si hay alguno que te interesa, solo llévalo. Cuando lo termines, lo traes de regreso y te llevas otro si

gustas. Hay demasiados muchos libros aquí —agrega y señala la habitación—. Ni siquiera recuerdo haber leído la mitad de ellos.

Después de dejar mis cosas en la habitación de huéspedes, me doy un baño y voy a comer. Nos sentamos a la mesa y cenamos tranquilas mientras le cuento un poco sobre el entrenamiento de hoy. Tengo que preparar una rutina bastante difícil para la audición, estoy trabajando duro en ella.

Más tarde, ponemos una película. En medio de la historia recibo una llamada de papi. Nika pone en pausa el video y sonrío pidiéndome que le diga que estoy bien y que no se preocupe. Lo hago y él responde que le agradece a Nika por cuidarme. Cuelgo pronto y continuamos viendo la película, pero la apagamos antes de que finalice porque ambas estamos exhaustas y mañana hay que madrugar.

Por la mañana, desayunamos juntas; ella me ofrece quedarme tanto como desee. La verdad es que me agrada su compañía, pero no quiero que Lina se sienta desplazada, así que le explico que hoy quedé con ella y que, quizá, pueda volver mañana. Nika asiente con una sonrisa y luego nos despedimos para poder comenzar con nuestras rutinas.

Al terminar todas las actividades de mi día, Lina y yo vamos al cine y, después, nos dirigimos a su casa a cenar. Ella vive en un departamento en el centro, es un *loft* muy elegante y muy moderno. ¡Me encanta! Si algún día viviera sola, me encantaría un sitio como este.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —pregunta ella.

Yo asiento. Como ya oscureció, quedamos en que nos levantaremos temprano para pasar por mi casa así puedo cambiarme el uniforme antes de ir a la escuela.

Lina me presta un pijama. Es de franela de color verde agua y tiene un montón de angelitos regordetes por todas partes.

—¡Me encantan los pijamas así, aniñados! —exclama cuando me ve contemplándolo.

Yo solo río. Ella es así, un poco infantil; incluso se ve menor de la edad que tiene, a veces parece alguien de mi edad cuando estamos juntas.

Entro a bañarme cuando Lina sale de la ducha y, mientras lo hago, ella se seca el pelo frente a su gran espejo. Aquí hay un solo baño y una sola cama muy grande, así que dormiremos juntas. Sus cabellos rubios flotan al viento del secador mientras, en ropa interior, se mira al espejo y se peina. Su cuerpo es perfecto, delgado, esbelto y elegante. Yo la observo desde la ducha.

No es la primera vez que la veo así, es normal entre nosotras, nos cambiamos todas en los mismos vestuarios, nadie se preocupa por esas cosas, pero nunca me había

fijado en algo antes. Debajo de su cabello, tiene un tatuaje en su hombro, y hay otro cerca de su cintura.

—Nunca me había dado cuenta de que tenías tatuajes —digo mientras me lavo la cabeza.

—Me los hice hace mucho tiempo. —Sonríe y apaga el secador. Se peina un poco y abandona el baño.

No los pude ver bien.

Termino de ducharme, me seco y me cambio. Cuando abandono el baño, ella ya está acostada y tiene puesto un pijama con mariposas de color azul.

—¿Coleccionas pijamas? —sonríe y ella asiente.

—¡Me encantan!

Nos quedamos allí, hablando por un rato sobre nuestros días; ella me pregunta cómo me va con Rodrigo.

—Bien... hablamos todo el día por mensajes. Quizá nos veamos en pronto —comento.

—¿Aprovechando que papá no está? —pregunta Lina, divertida.

—No, solo... quiero verlo —agrego—. Me dice cosas muy dulces y ya nos hemos besado un par de veces. Supongo que quizá podamos avanzar... o eso espero.

—Sí, eso me parece bien, no me gustan esos arreglos de ser amigos con derecho. Si te besa y todo, mejor que sea tu novio, ¿no? Además, no creo que tu padre tenga problemas, parece muy buena onda con eso —comenta.

—Sí, lo es —asiento—. No tendrá problemas —añado, segura de que papi me dejará recibir a Rodrigo en casa.

—¿Será tu primer novio? —Quiere saber Lina, entusiasmada con nuestra charla.

—Sí, estuve con un chico del colegio, pero no fue nada serio, ni siquiera nos veíamos fuera de clases. Supongo que esta vez será diferente. No somos compañeros, tendrá que venir a verme si quiere estar conmigo —agrego.

—El primer amor es genial, nunca se olvida —suspira.

—¿Lo crees? —pregunto divertida por su expresión soñadora.

—Sí... es perfecto, todo es perfecto en el primer amor... Bueno, eso es hasta que se acaba, porque el primer corazón roto es de lo peor —dice entre risas.

Yo también río ante su comentario y la expresión de su rostro.

—No tengo ganas de que se me rompa el corazón —admito.

—Es inevitable, cariño. Amar y sufrir son palabras que van juntitas de la mano.

Conversamos un poco más sobre el amor y sobre los corazones rotos hasta que, cansadas, decidimos dormir.



Los días siguientes me la paso igual de bien, intercalo salidas entre Nika y Lina, y un poco con Rodrigo también. El sábado me quedo a dormir en lo de Paty, y entonces cuando son cerca de las diez de la noche y nos disponemos a ver una película ya en pijamas, suena el timbre de su casa. Paty mira por el balcón de su habitación y, sorprendida, me dice que es Rodrigo quien viene. Yo estaba mensajando con él y decíamos que nos extrañábamos y que queríamos vernos. Nos habíamos encontrado el jueves, pero ya era demasiado tiempo lejos.

Entonces, como loca, me cambio tan rápido como puedo —Paty también—. Bajamos a recibirlo.

Él está nervioso, sonrío y mueve sus manos de un lado al otro, un silencio incómodo se instala entre los tres. Paty reacciona, dice que irá a ayudar a su madre con la cena y nos deja solos en la sala.

—Entonces, ¿por qué viniste? —Quiero saber. Me siento en uno de los sillones.

—Te dije que te extrañaba, vivo cerca y quería verte... Además, el jueves no pude decirte algo que tenía en mente —confiesa con una sonrisa dulce.

—¿De qué hablas? —pregunto, mirándolo confundida.

Él se acerca y se sienta a mi lado. Muy cerca, pega su pierna izquierda a mi pierna derecha y toma mi mano en la suya.

—¿Quieres ser mi novia, Taís? Me gustas... y quiero poder verte más a menudo, conocerte mejor... avanzar. —Me mira ansioso por conocer mi respuesta.

Y yo, me pierdo en el brillo de sus ojos oscuros.

—Tú también me gustas. —Termino por admitir.

Rodrigo parece sacarse un peso de encima. Sonríe y suspira.

—Sí, quiero ser tu novia —añado.

Y, entonces, nos besamos.

De regreso

Hoy regresé a casa; estoy agotado, pero feliz de volver. Soy una persona hogareña, no me gusta salir por muchos días. He esperado a Taís con ansias, la he llamado a menudo y siempre estaba de un sitio al otro.

—Entonces, viajo una semana, ¿y tú te pasas de casa en casa todos los días?, ¿y a mi regreso ya tienes novio? —pregunto en la noche, cuando nos sentamos en el estudio para retomar lo que habíamos dejado inconcluso por el viaje.

—Ya ves, la vida pasa rápido. —Sonríe burlona

—¿Cuándo me presentarás a ese chico? —pregunto entre risas.

Ella se encoge de hombros.

—¿Puede venir a visitarme de vez en cuando? Lo puedo invitar a cenar un día así lo conoces.

—¡Claro que puede, Taís! Tú me avisas cuando y preparamos todo, ¿sí? Ya lo quiero conocer —exclamo divertido ante los cachetes coloreados de rosado de mi niña que ya ha crecido.

Contarme que tenía novio le costó muchísimo, dio vueltas y vueltas hasta que al final terminó por soltarlo. Pero yo ya lo había adivinado mucho antes, solo me divertía con sus intentos por decírmelo. Además, yo había estado conversando por mensajes con Lina, quien me había puesto al tanto de casi todo lo que sucedía, aunque no me dijo que ella y el chico estaban de novios, supongo que quería esperar a que me lo dijera Taís.

—Bueno, ahora léeme esto que casi me pongo a mirarlo yo sola por la ansiedad —asegura y señala el cuaderno con una sonrisa.

Lo abro y continúo en donde nos habíamos quedado.



Las siguientes semanas fueron perfectas, estábamos envueltos en esa nube de polvo mágico en las que están metidas todas las parejas de nuevos enamorados. No discutíamos por nada y todos los problemas del mundo dejaron de parecernos importantes, éramos solo ella y yo.

Mi hermana salió del hospital luego de cinco días de internación e ingreso de inmediato a una clínica de rehabilitación. Mi padre volvió a evadirse de los problemas y mi madre se enfocó en cuidar y malcriar a mi sobrina, quien quedaba a su cargo mientras su padre, Lorenzo, iba a trabajar. Eso me daba mucha luz para hacer mis cosas ya que mamá estaba entretenida con Taís.

El padre de Carolina tuvo que hacer un viaje al exterior, así que ella también andaba sin riendas. No nos separábamos ni por un segundo, salíamos de la universidad e íbamos a la casita, donde llevábamos una vida casi de concubinos. Todo era tan perfecto que parecíamos haber ingresado a un pequeño paraíso.

Ambos estábamos solos, carentes de una familia; inconscientemente jugábamos a «la casita». Teníamos ese departamento, así que íbamos al supermercado, comprábamos víveres, hacíamos limpieza, cocinábamos, veíamos la tele y, en ocasiones, nos tomábamos alguna siesta juntos.

Aunque la química seguía explosiva e intensa, no pasábamos de besos y caricias furtivas en el sofá o en la cama, a veces incluso en mi departamento. Pero nada más que eso. El fuego de sus besos y caricias me quemaba por completo, me incineraba la sangre y hacía fluir lava ardiente por mis venas. Nunca había sentido algo así con nadie, pero pensaba respetarla y darle todo el tiempo que ella necesitara para pasar al siguiente nivel. No quería que se sintiera presionada ni que pensara que solo buscaba eso.

Con respecto a su problema alimenticio, todo parecía ir viento en popa. Acudía a sus citas con la psicóloga sin poner excusas y, en una de ellas, La Lic. Leyva la envió a hacer interconsulta con una nutricionista. Caro aceptó gustosa y, después de elegir a una persona que parecía ser idónea en

problemas de alimentación, ella empezó a seguir sus consejos y a comer de forma más ordenada.

Cuando comenzamos a salir, me di cuenta de que ella y la comida tenían una relación complicada. Carolina comía, y mucho, de forma desordenada y a cualquier hora. En realidad, comía todo el día. Así fuera una galletita o una hamburguesa de tres pisos. Se daba atracones y ya sabemos a dónde iba a parar todo. Al principio, dejó de vomitar, pero se empezó a obsesionar con té y laxantes. Yo no decía nada, solo observaba. Me conformaba con que siguiera yendo a terapia, guardaba las esperanzas de que eso la ayudaría.

Y así fue por un tiempo.

Desde que empezó el tratamiento con la nutricionista, comía cinco comidas al día, bien balanceadas; intentaba evitar «picotear» a cada rato. Las botellas de agua —en exageración—, fueron parte del pasado y los viajes al baño también. Dejó de revisar las etiquetas de las cosas que comprábamos en el supermercado para medir las calorías y empezó a dejar de pensar en comida todo el tiempo.

Yo estaba contento, creía que todo eso era un buen inicio, que ella en realidad quería cambiar y que solo había necesitado un empujoncito para salir adelante. Yo me sentía orgulloso de haber sido quien le brindó aquella ayuda.

Mientras tanto, yo trabajaba con mi padre en la oficina, le hacía algunos recados y llevaba o traía documentos. Él me daba dinero para el combustible y por cada servicio. Con eso yo podía costear los gastos de los médicos, además, ambas profesionales nos hicieron precios especiales ya que sabían la situación que atravesábamos y tenían en cuenta que estábamos solos.

Carolina tenía un ángel, era de esa clase de personas a quienes todos quieren ayudar. Tenía una luz que inundaba sus alrededores y hacía que otros desearan darle todo lo que pudieran para ayudarla. Pensé que me pasaba solo a mí, pero luego entendí que le sucedía a los que la conocían. Así fue que la Lic. Leyva y la Lic. Aldana nos cobraban menos del cincuenta por ciento de sus tarifas, solo porque querían ayudarla.

Fueron dos meses intensos de alegrías, de momentos felices con la sensación de que todo por fin iba a salir bien. El único que no parecía contento con la alegría de Carolina era Gael, que en ocasiones se dejaba

caer por la casita y, sin importarle lo que estuviéramos haciendo, se tiraba en el sillón, me ignoraba por completo y empezaba a exigirle a Caro que le hiciera algo de comer o que le sirviera una bebida.

Eso me molestaba porque no me gustaba que nadie la tratara así. Ella era como una princesa para mí, era él quien debía estar sirviéndole, no ella. Pero me callaba, Gael era el punto débil de Caro y para ella no tenía ni un defecto. Si yo llegaba a decir algo, estaba seguro de que ella saldría a su favor y no se pondría de mi lado. Eso dolía, pero yo era astuto, esperaba que, con el tiempo, Caro se diera cuenta de qué era lo correcto.

—Así que te gusta mi prima —dijo un día Gael, dignándose a dirigirme la palabra—. Ya llevan un par de meses juntos, así que supongo que va en serio. Carolina nunca ha durado tanto tiempo con alguien.

No me agradó la forma en que lo dijo, sonaba despectivo.

—Sí, y no solo me gusta, la quiero —admití.

Él solo enarcó las cejas en otro gesto despectivo, como si lo que yo decía fuera una tontería.

—Espero que no te canses demasiado pronto. Ella puede ser un poco...

—Tú no deberías hablar así de ella —interrumpí—. Se supone que eres su persona favorita en el mundo.

—Y ella es la mía, pero eso no le quita su personalidad inestable y bipolar —replicó.

Me molestó muchísimo escucharlo hablar así.

Carolina se apareció entonces con el café y el sándwich que Gael le había pedido; se los pasó sonriente. Él los tomó y se incorporó un poco en el sofá para quedar más cómodo. Sonrió.

Yo me levanté ofuscado y me dirigí a la habitación a leer o a hacer cualquier cosa hasta que ese idiota se fuera. Me giré para ver a Carolina caminar hacia mí, pero el chico levantó su mano y le dio un pellizco en el trasero. Ella brincó y lo golpeó en la cabeza a modo de broma.

Ahora sí sentía mi sangre arder. ¿Qué clase de primos eran? Por más que quería creer lo que ella me decía acerca de que no sucedía nada entre ambos, aquella relación era extraña por demás, y la gente hablaba. Enfadado, tomé mi chaqueta y decidí salir a dar una vuelta hasta que el estúpido se fuera de nuestro sitio, porque no podía echarlo, ya que en realidad era su casa.

Me sentí un idiota, humillado y lastimado. Caro me siguió con paso veloz hasta la puerta y me preguntó a dónde iba.

—A dar una vuelta, envíame un mensaje cuando estés sola y vengo — refunfuñé en un intento por controlarme y cerré la puerta con fuerza.

Ella no me siguió, obvio, no iba a dejar a su primito para salir corriendo tras de mí. Eso, aunque lo sabía, costaba admitirlo.

Casi una hora después, recibí un mensaje diciéndome que volviera, que Gael ya se había ido. No tuve ganas de hacerlo, sabía que íbamos a discutir, pero también estaba harto de sentirme segundo. Así que regresé.

Ella tenía los ojos rojos, había discutido con su primo.

—¿Qué te sucede? —pregunté con brusquedad, aún estaba enfadado.

—Nada... se molestó porque le dije que debía dejar de ser tan desagradable contigo.

—Él puede ser como quiera conmigo, pero no me gusta que te falte al respeto así a ti. ¿Te parece normal que tu primo te pellizque el trasero?

—Mi tono de voz aumentó, ella palideció.

—No sé... él siempre... hace esas cosas —respondió con inseguridad.

—No te entiendo... De verdad que no te entiendo. Cuando te conocí eras agresiva, temeraria, pero luego, estás con él y te conviertes en su títere. Hace de ti lo que quiere... ¿Qué es lo que pasa? ¿Le tienes miedo? ¿Por qué te maneja así? ¿Por qué le sirves? —inquirí, ansioso.

—Es... el único que siempre ha estado para mí —murmura, insegura—. Siento que le debo todo.

—¡Eso es chantaje emocional! —grité alterado—. La relación que tienes con él no es sana, no termino de entender qué tan enfermiza es, pero, en definitiva, no es sana. Y me cuesta mucho aceptarla, porque te quiero... y te respeto. Yo no quiero que me sirvas, ni quiero pellizcarte el trasero como si fueras un objeto sexual... Y me molesta que un idiota lo haga, ¡pero más me molesta que tú se lo permitas!

Caro empezó a llorar y se dejó caer al suelo. Sus sollozos se empezaron a hacer más intensos y, de repente, empezó a perder el control de sus emociones; su mandíbula inferior temblaba y su pecho subía y bajaba en violetos llantos lastimeros. Me senté a su lado y la abracé, debía lograr que se calmara. Acaricié su cabeza y besé su frente.

—Todo estará bien, disculpa... no llores... —susurré en su oído y así, un buen rato después, se fue calmando.

—Lo siento... —Se disculpó con un hilo de voz—. Tú... tienes razón, yo sé que Gael sobrepasa algunos límites... solo... no sé cómo decirte que no.

Apreté mis puños a los lados y cerré los ojos con fuerza. Estaba enfadado, ella lo había admitido y yo me preguntaba hasta qué grado esa relación era tan enfermiza. No dije nada porque no era el momento, me contuve y solo intenté tranquilizarme.

—Lo solucionarás, de a poco todo empezará a funcionar bien en tu vida, ya verás —prometí.

—Tu... has traído cambios a mi vida, Rafa... algunos me gustan, otros me confunden o me atemorizan. Supongo que me muestras un mundo que no estoy acostumbrada a ver... que no sabía siquiera que existía.

—En cierta forma, me pasa lo mismo contigo. No entiendo ese mundo en el que vives, es... complicado. Pero podemos intentar crear uno nuevo, donde inventemos nuestras reglas, donde estemos solos, tú y yo. —La besé en la frente de nuevo y ella se acurrucó en mi pecho entre suspiros.

—Nunca he sentido que pertenecía a alguien o a algo, siempre me he sentido fuera de lugar. Aquí... contigo... me siento en casa... Te quiero.



—Me intriga mucho el tal Gael —dice Taís y frunce el labio, pensativa.

—A mi igual —respondo, encogiéndome de hombros.

Su teléfono empieza a sonar y, cuando las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba, sé de quién se trata. Taís se excusa con la mirada y yo asiento. Atiende y sale rápido del estudio para ir a hablar a su habitación. Yo solo sonrío, está enamorada, y espero que no le duela tanto como a mí.

Mi teléfono también suena, pero es un mensaje. Lo reviso y me encuentro con uno de Lina.

«¿Llegaste? ¿Qué tal todo?».

«Sí, todo bien. Taís ya me contó que se puso de novia», respondo y otro mensaje llega enseguida.

«Sabía que lo haría, disculpa si no te lo dije antes, quería que lo hiciera ella».

Sonrío.

«Lo entiendo, no te preocupes... ¿Nos veremos pronto?».

La verdad es que ya la quiero conocer, llevamos días conversando y me gustaría ponerle rostro a esta persona.

«El destino está contra nosotros, debo viajar mañana por un par de semanas. Voy con una de las compañías del *ballet*, debía haber ido otra maestra, pero se enfermó y me pidieron que fuera yo. Lo siento... será a mi vuelta», responde ella y adjunta una carita triste.

«No hay apuro, siempre y cuando sigamos conversando por aquí». Escribo yo y siento por primera vez en mucho tiempo la emoción de conocer de nuevo a alguien.

«Eso tenlo por seguro, te aburriré con todo lo que me pasa y hago... así como me tuviste tú esta semana». Pone una carita que se ríe y echa lágrimas.

«¿Me estás diciendo que te aburrí con mis historias?», cuestiono.

Ella no tarda nada en responder.

«Para nada, solo bromeaba. Ahora, vete a descansar, es tarde y has tenido una semana muy dura».

Me alegro por sus palabras, por su forma de preocuparse por mí.

«Que sueñes con angelitos», respondo y envío una imagen alusiva.

«Mejor sueño contigo», añade.

Río ante aquello, ella es espontánea y un poco atrevida, eso me gusta.

Luna de miel

Cuando la veo entrar, noto algo distinto en su mirada. Estoy sentado en el sofá, frente a una película, cuando ella entra cabizbaja y desganada. Su bolso colgado de un hombro y su rodete me dicen que viene de ensayar. Desde la última vez que nos sentamos a leer mis capítulos han pasado casi cinco días, Taís ha estado ensayando mucho y casi siempre llega muy tarde, su audición es en poco tiempo y eso la tiene muy estresada. No quiero forzarla, le dije que podíamos seguir con eso después, cuando estuviera más tranquila. Al principio puso resistencia, pero entre ensayos y exámenes de la escuela no le quedan energías para nada.

Ahora, sin embargo, hay algo más. Desde donde está, ella no puede verme. Quizá piensa que estoy en la cocina. La observo ingresar lento; renguea, a lo mejor le duelen los pies por las puntas, suele traer los dedos ensangrentados y llenos de ampollas. Se arroja al sofá, a mi lado, y se cubre la cara con las manos. Solloza.

—¿Qué sucede, pequeña? —Taís da un brinco al oírme y levanta la cara asustada, se seca las lágrimas con fuerza.

—Nada, papi... estoy bien —responde con velocidad.

Me levanto y me siento a su lado, ella se recuesta contra mi pecho y se pone a llorar casi sin consuelo. No digo nada, solo la abrazo y le doy besos en la frente, acaricio su cabello y espero a que se tranquilice.

—¿Vas a decirme lo que sucede? —pregunto.

Ella asiente. Me señala su tobillo derecho y recién ahí me doy cuenta de que lo trae vendado.

—Parece que me hice un esguince. Caí mal de un salto... y... —Vuelve a llorar—. ¡No puede ser, debí haber tenido más cuidado! ¡No podré participar de la audición! —Llora con desconsuelo.

—Tranquila, Taís... Sé que estás frustrada y que audicionar para ese *ballet* te tenía muy ilusionada, pero las cosas pasan por algo, pequeña. Mañana faltarás a clases e iremos al doctor, veremos qué dice. Si no puedes ahora, será en otra oportunidad. Eres joven y tienes todo por delante —digo aunque siento su dolor como propio.

Ella no responde, solo se queda allí llorando por un buen rato. Cuando se calma, me dice que irá a darse un baño.

Y, mientras lo hace, le preparo cena y se la llevo a la habitación. A entrar, la encuentro ya acostada, con la pierna levantada sobre una almohada grande. No es la primera vez que le sucede, así que ya sabemos lo que hay que hacer. Mientras ella cena yo voy por hielo y se lo coloco en el tobillo.

—Léeme un capítulo de tu libro, papi. Hace días no lo haces.

—Pero estás cansada y adolorida, ¿por qué mejor no descansas? —inquiero, pero ella niega.

—No puedo dormir, estoy triste por esto —dice y señala su tobillo—. Si me lees algo, quizá logre distraerme un poco. Sabes lo importante que era para mí esta audición. He trabajado muy duro.

—Lo sé, pequeña. Pero también sé que habrá otra oportunidad, la vida siempre da segundas oportunidades. —Intento animarla.

—No estoy tan segura —murmura y luego me observa con su mirada triste—. Léeme, como cuando era chica y me leías cuentos porque extrañaba a mis padres.

No necesita decir nada más, voy por el cuaderno y le leo.



Los días pasaban, se convertían en meses, y yo me enamoraba cada vez más. El sentimiento era intenso y abrumador, ya en ese momento sentía que, si la perdía, mi vida no volvería a ser la misma jamás. Ella era parte de mí, y eso, era atemorizante. Nunca antes me había enamorado, nunca antes había colocado a alguien así, en el centro de mi universo. Como si todo empezara y terminara en ella.

En ese momento, pensé que era recíproco. Todavía suelo preguntarme si es que no me di cuenta o no lo quise ver a tiempo. El caso es que yo me sentía bien a su lado, ella hacía cosas por mí y me demostraba con palabras y acciones que estaba igual de enamorada que yo. Supongo que esa duda siempre estará en mí, ¿acaso ella me quiso como yo a ella?

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Caro esa tarde. Estábamos de vacaciones en la universidad y llevábamos juntos unos cinco o seis meses—. Puedo inventar algo en casa, Alelí me ayudará.

—¿Lo crees...? Me gustaría, pero no quiero que tengas problemas por mi culpa, además, mi familia... bueno, mi madre... es un poco... —Me encogí de hombros.

—No voy por tu madre, voy por ti. Me apena mucho que tú tengas que tomar todas las responsabilidades de tu casa y que tu padre nada más desaparezca así.

—Mi padre no va a acompañar a mi madre ni aunque estuviera, él y esa amiga de mi madre nunca se llevaron bien. Ella no lo quería y no estaba conforme con la relación. La tía Perla le decía a mamá que, cuando se casaran, él terminaría por alejarla de su amiga, y así fue. Supongo que mamá está sufriendo, ella fue su única amiga y es probable que se sienta muy culpable.

—¿Quieres que vaya entonces? —insistió.

—¿De verdad lo harías por mí?

—Haría lo que fuera por ti. —Caro sonrió.

Yo la abracé. Esa mañana mi madre había recibido una llamada de mi tía. Su mejor amiga, Perla, había fallecido. Mamá quería viajar a su

pueblo natal ese mismo día para participar de los servicios fúnebres. Yo no quise que fuera sola y me ofrecí a acompañarla.

Un par de horas después, y aunque no era en las mejores circunstancias, mi madre conocía a mi novia por primera vez.

—Ma, ella es Carolina... mi novia. Nos va a acompañar —dije, presentándola cuando subió al vehículo.

Habíamos conseguido que papá nos prestara su camioneta para el viaje. No eran más de trescientos kilómetros de distancia y yo iba a manejar.

—Hola, Carolina. —Mamá la saludó con una sonrisa triste y un abrazo fugaz.

Mi madre solo tenía esa clase de sonrisas, así que no sabía si estaba así por lo de su amiga o porque mi padre no la quiso acompañar... o por ambas situaciones. De todas formas, era una mujer buena y sabía que no le molestaría que Caro fuera con nosotros.

—Un gusto —saludó mi chica.

El viaje lo hicimos en silencio, escuchamos algunas canciones y dejamos que —por momentos— mi mamá nos llenara de recuerdos de su infancia. Ambos la escuchábamos atentos e incluso le hicimos algunas preguntas. Ella había sido una niña muy feliz y, por sus palabras, la tía Perla había sido su amiga inseparable desde muy pequeña. Yo casi no la conocí, solo fui de vista un par de veces con mi madre a su pueblo, pero escuchaba siempre hablar de ella. Sé que fue su mejor amiga y que no le gustaba la forma en que mi madre aguantaba los desplantes de mi padre, por tanto, se distanciaron. Durante el camino, mamá contó algunas travesuras que hicieron de jóvenes, las fiestas a las que iban e historias de su grupo de amigos. Me costaba imaginarla tan feliz.

Cuando llegamos al pueblo, buscamos un hospedaje que no saliera demasiado caro, al menos para eso, papá nos dio dinero.

—¿Nos da dos habitaciones? —pedí en el mostrador del hotel—. Una matrimonial y una simple.

El joven registró algo en su computadora y me pasó dos llaves. Podía sentir la incomodidad de Caro que no tenía idea de cómo nos repartiríamos en esas habitaciones durante los dos días que nos quedaríamos allí.

—Esta es tu llave, ma —dije pasándosela—. Yo me quedaré con Caro.

El rostro de mi novia se tornó de todos los tonos de rojo, bajó la vista avergonzada. Mi madre ni se inmutó, tomó su llave y caminó hasta la habitación para darse un baño, vestirse de forma adecuada e ir al funeral.

—¿Vamos a dormir juntos? —preguntó entonces Caro, sin dejar de observar la llave que colgaba entre mis dedos—. ¡Qué vergüenza, Rafa! ¿Qué va a pensar tu mamá?

—A mamá esas cosas no le importan, de hecho, dejaba que el novio de Ale se quedara en casa cuando papá no estaba. Ya ves, así vino la sobrinita —bromeé.

—Bueno... tengo que admitir que la idea de dormir a tu lado me hace mucha ilusión.

La abracé y caminamos juntos hasta la habitación. La recuerdo a la perfección, era pequeña y cálida, el piso estaba cubierto en su totalidad por una alfombra de color marrón chocolate. Las paredes eran de tono crema y una ventana con cortinas blancas daba a la piscina del hotel. Había un pequeño escritorio, un armario y una cama con sábanas blancas, dos mullidas almohadas y un cobertor morado. A cada lado de la cama, una mesita de noche y, al otro lado, un baño pequeño.

—¡Wow! ¡Nuestra luna de miel! —exclamó Caro arrojándose en la cama. Sonreí. Me agradaba verla así, feliz, ilusionada, enamorada.

—Cuando nos casemos, te voy a llevar a un lugar mejor —prometí sentándome a su lado—. Una suite presidencial o algo que sea lo suficientemente elegante para ti.

—Yo solo quiero estar contigo, no importa dónde... —susurró acercándose a mí y besándome con ternura.

Minutos después, el beso, que empezó como brisa suave, fue convirtiéndose en tempestad. Estábamos acostumbrados a eso, siempre funcionaba así para nosotros. La recosté sobre la cama y me coloqué encima de ella, entre sus piernas y sosteniendo mi peso en mis brazos.

—Debemos detenemos, tenemos que llevar a tu mamá al sitio del velorio —habló entonces Caro.

Su respiración jadeante, sus labios hinchados, las mejillas rozagantes y sus ojos llameando fuego verde. Suspiré y recosté mi frente contra la suya, en un intento por calmar mis hormonas.

—Se me hace cada vez más difícil mantener mis manos lejos de ti — suspiré de nuevo para aspirar su aroma, ella sonrió con timidez y mordió su labio inferior, cerré los ojos sin dejar de sonreír.

—No... no necesitas seguir haciéndolo —murmuró y yo abrí los ojos con sorpresa ante sus palabras—. Digo... ahora no porque tu mamá nos espera, pero... quizá luego...

—¿Lo dices en serio? —pregunté y acaricié su rostro con suavidad—. No quiero presionarte, no quiero que pase nada que no desees... quiero que estés lista...

—Yo... —miró hacia un lado y luego hacia otro, mordió sus labios con ansiedad y luego cerró los ojos. Suspiró—. No soy virgen, Rafael —susurró con un hilo de voz apenas audible.

Nunca habíamos tocado ese tema, ni yo se lo pregunté ni ella a mí. No habíamos hablado de relaciones pasadas ni de otros chicos o chicas con los que habíamos estado.

—No esperaba que lo fueras —contesté y la besé con dulzura en los labios.

La verdad era que no creía que lo fuera. El ambiente en el que ella se movía con sus primos era de fiestas y de descontrol, no era tan tonto como para pensar que a sus diecinueve años estaría esperando a la persona indicada.

—¿No? —frunció el ceño confundida por mi respuesta.

—No... es decir, yo no lo soy. Tenemos diecinueve, supongo que... Pero no me importa, de todas formas, cuando suceda conmigo quiero que sea especial, no quiero que te sientas presionada y quiero que sea cuando estés lista. Me refería a eso, yo... sé que será diferente contigo —agregué.

—Yo... estoy lista. —Caro sonrió de una manera nueva. Yo conocía varias de sus sonrisas, pero esta era distinta, había promesas intrínsecas en ella, su mirada era de deseo y sus labios, recién humedecidos por su lengua, se curvaban de forma sexy.

Me dejé caer a su lado, liberándola y exhalando. Esto me había encendido más que toda nuestra sesión anterior de besos.

—Bien... debo calmarme para que podamos llevar a mamá —dije y coloqué un almohadón en mi entrepierna mientras intentaba dejar de pensar en lo que acabábamos de hablar.

Ella rio y caminó hasta el baño, donde desapareció por unos instantes.

Minutos más tarde, nos llevamos a mamá al sitio del velatorio. Le pregunté si quería que me quedara, pero me dijo que no hacía falta, ella no pensaba moverse de allí. Se sentía culpable por haberse alejado de su amiga en sus últimos momentos, por no haber estado allí para ella; pretendía, de alguna u otra forma, saldar esa deuda quedándose en el sitio hasta que la enterraran al día siguiente.

Yo no conocía a nadie, pero de todas formas entré y di el pésame a los familiares mientras Caro me esperó en el vehículo. Luego, salimos de allí en busca de algo para comer y para conocer un poco el pequeño pueblo.

Llegamos a una pizzería y pedimos una de mozzarella con dos refrescos. Hacía mucho tiempo que Caro no presentaba delante de mí ningún síntoma de haber recaído en sus problemas alimenticios, yo sabía que seguía yendo a consultas y terapias porque era yo quien la llevaba. Eso me hacía sentir bien, quizá lo había superado.

La Lic. Leyva me dijo que no cantara victoria tan fácil. Dijo que las personas que tienen problemas así siempre tendrán que cuidarse y que, ante cualquier crisis de la vida, podrían recaer. Dijo que las crisis eran esos momentos de cambio, donde uno se enfrenta a dificultades o a nuevas decisiones. Ella creía que yo le hacía mucho bien a Carolina y que en mí encontraba la fuerza de voluntad para continuar, pero que cuando llegara una crisis a su vida, recién allí podríamos hablar de mejoras a largo plazo. Y que eso sería así siempre.

Cuando terminamos de comer, decidimos ir a caminar por un lugar que nos recomendaron en el restaurante. Era un lago rodeado por árboles y flores. Dijeron que era hermoso y que quedaba cerca. Fuimos allí y recorrimos de la mano las instalaciones del lugar. Había mucha gente que hacía actividades al aire libre. La noche estaba cayendo y el atardecer con sus colores hacía todo aquello aún más mágico.

—Cuéntame de los chicos con quienes saliste antes —pedí pensando que debíamos tener esa conversación.

—Nunca salí con nadie en serio, esta es la primera vez que involucro el corazón —respondió sincera—. Salí con Víctor y luego con Leo... Víctor fue un compañero de colegio y Leo era el mejor amigo de Gael. No me enamoré de ellos, siempre pensé que enamorarse era dar al otro un poder en blanco, el poder para hacer con tu vida lo que quisieran,

hacerte feliz o dañarte, y yo no quería eso. No quería que nadie me hiciera feliz y tampoco que me dañaran.

—¿No querías que nadie te hiciera feliz? —pregunté confundido.

—No. Porque la felicidad es efímera, no dura, y la caída luego duele mucho más. Estoy acostumbrada a que nada salga bien en mi vida y estoy acostumbrada al abandono. Me abandonó mi madre, me abandona siempre mi padre... me abandonan mis primos cuando están ocupados o cuando tienen a alguien más importante en quien utilizar su tiempo. Y enamorarme implica también otro posible abandono, y no quería eso —suspiró—. Luego, te conocí... y me mostraste un mundo lleno de nuevas posibilidades. Te preocupaste por mí como nadie nunca lo hizo y, aunque yo te tratara mal, seguías allí. Y me enamoré, supongo que no lo pude evitar. —Se encogió de hombros.

—En ciertas cosas somos muy parecidos, yo tampoco quería enamorarme. Me daba miedo querer hasta convertirme en la sombra de alguien. La idea que tengo del amor es ese amor tan entregado y abnegado que mi madre tiene para con mi padre. Y eso no me gusta, no me gusta que ella haya perdido su esencia por él y que él no lo haya valorado... Supongo que no es amor —concluí sin darme cuenta de que estaba pronosticando mi futuro.

—Las historias de nuestros padres nos marcaron mucho, ¿eh? —susurró ella y yo la abracé asintiendo—. Mis padres se habían divorciado un par de años antes de que mamá muriera —comentó—. Supongo que no tengo demasiados recuerdos de ellos juntos, no sé si alguna vez se amaron, pero entiendo lo que dices. Hay cosas que no deberían hacerse ni siquiera en nombre del amor —agregó, la tristeza inundó su voz—. ¿Y tú? ¿Con cuántas chicas has salido?

—Digamos que me gustaba tener relaciones como la que tenía con Laura, un acuerdo mutuo y sin involucrar sentimientos.

—Ah... sí... lo recuerdo —dijo y puso los ojos en blanco.

Yo solo sonreí.

—Mi primera vez fue con Leo... Gael me dijo que debía hacerlo, que era normal que sucediera. Habíamos ido a una de esas fiestas, habíamos tomado mucho a escondidas... y... me dejé llevar. No recuerdo nada, lo único que sé es que amanecí desnuda en una cama que no conocía y Leo dormía a mi lado. —Hizo un silencio largo que decidí respetar, parecía

recordar algo que no le agradaba, sus ojos se oscurecieron y sus facciones cambiaron, incluso me pareció que sus ojos se humedecieron, pero luego regresó de aquel sitio al que su mente había ido y continuó—. Luego de eso lo repetimos un par de veces, porque se suponía que éramos pareja... Y... no me gustaba, porque no me sentía bien después. Además, odiaba mi cuerpo y... —suspiró y negó con la cabeza—. Estuve con un par de chicos más luego de él, chicos cuyo nombre ya no recuerdo. Amigos de Gael, en medio de fiestas, alcohol y drogas.

—Para mí, eres perfecta, Caro. Tu cuerpo es como una obra de arte, quiero verlo, admirarlo... Me imagino haciéndote delirar, llenándote de placer. Lamento que tus experiencias hayan sido tan horribles y que los chicos con quienes estuviste no te hayan sabido ver.

Ella sonrió y me abrazó con fuerza para plantarme un pequeño beso en los labios.

—Una de las cosas que más amo de ti es que no me juzgas. Puedo contarte lo que sea y tú, nunca juzgas. En mi vida siempre he sido juzgada, me dicen que haga una cosa y luego me juzgan por hacerla o por no hacerla. Tú... simplemente no lo haces. Se siente una inmensa sensación de libertad al estar con alguien con quien puedes ser tú misma. Otro chico pensaría que soy una... ¿puta? —dijo, frunció el labio y levantó las cejas en una mueca divertida.

—El problema no es que los demás te juzguen, el problema es que tú te juzgas y eres muy dura contigo. No debería importarte lo que piensan los demás, sino lo que piensas tú. ¿Qué importa lo que los demás piensen que eres? Debes ser quien quieras ser y ser feliz con ello.

—¿Vamos al hotel? Quiero que me hagas el amor —susurró en mi oído y yo me derretí ante ese pedido tan directo.



Taís reía con picardía cuando terminamos el capítulo.

—¿En serio vamos a leer capítulos de ese tinte? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Escribí algunas cosas, como ves, fui redactando los recuerdos más... intensos... de nuestra relación —respondo—. Podemos saltar estos capítulos si te incomodan.

—Ya te dije que me ayudarías a distraerme —bromea—. Solo espero no traumarme —agrega.

Niego con la cabeza.

—No te hagas la inocente que he encontrado los libros que tienes por ahí escondidos. —Sus cachetes se tiñen de rojo.

—¡Oh! —Se lleva una mano a la boca, cubriéndola con sorpresa.

—No te preocupes, no me molesta que leas eso. Sabes que soy una persona muy abierta. —Sonrío—. Al menos te hice reír un poco esta noche —añado—

Ella me hace gestos para que la abrace.

—Te quiero, papi. No sé cómo esa estúpida no te supo valorar —murmura.

—Cuando uno es joven comete muchos errores, cariño —añado todavía con una triste sonrisa.

Ella tan solo asiente.

Resignación

Taís

El médico dijo que debía reposar y que en unas semanas podría empezar a realizar actividades leves, pero que, si no me curaba bien, podría volver a lesionarme con facilidad. Ya no me importa el tiempo de recuperación, he perdido la oportunidad de ingresar al *ballet* aunque me he esforzado muchísimo para ello.

Me quedo en cama todos estos días, con los pies en alto y con medicación. Puedo ver televisión, leer y dormir; cosas que normalmente no hago a menudo, pero no me hace feliz. Extraño bailar.

Lina me ha enviado mensajes cada día, ella está de viaje y, cuando se enteró de lo que me pasó, me escribió para darme ánimos.

«Taís, por Dios... tu papá me contó lo de tu esguince... ¿Cómo estás, cariño?».

Ella sabe lo importante que era para mí esa audición. Ella es testigo de mi esfuerzo.

«Mal, estoy aquí reposando... pero ya no voy a poder audicionar».

«Lo siento, cariño. Pero ya verás que luego habrá más audiciones. Debes reposar y recuperarte pronto para poder volver a bailar».

Hablamos todos los días, me cuenta sobre su viaje y sobre lo que hace por allá. También me dijo que papá y ella se mensajan bastante, me alegra.

Rodrigo ha venido a verme, habíamos quedado en encontrarnos para ir al cine al día siguiente de mi lesión y tuve que cancelarle, le dije que no sabía cuándo podríamos volver a vernos porque debía reposar. Me preguntó el motivo y se lo conté, entonces quiso saber si podría venir a visitarme. Le dije que se lo preguntaría a papi y, por supuesto, él dijo que sí, así que Rodri viene todas las tardes y se queda conmigo. Creo que es el único momento en el cual no me siento tan desanimada.

Nika me ha escrito también, se me había olvidado avisarle del problema, pero, como no llegué a clases, se preocupó y me escribió. Dijo que vendría a verme esta tarde, y justo Rodri hoy no vendrá, así que la estoy esperando, supongo que en un rato llegará.

—¿Estarás bien? ¿Seguro? —Papi se acerca a la puerta y me observa con cariño.

—Sí, Nika no tardará en llegar y me hará compañía.

—¿Quieres que me quede hasta que llegue? ¿Así no te quedas solita? —pregunta inseguro.

—No... no hace falta, ve tranquilo. La abuela te está esperando, y sabes cómo se pone si llegan tarde a sus citas con el médico. —Insisto.

Él me da un beso en la frente y se va. La abuela tenía que ir al doctor y, como siempre, papi es el encargado de acompañarla.

No pasan ni cinco minutos de su partida que suena el timbre del apartamento, me movilizo con lentitud, con las muletas que me ha conseguido papi para andar más tranquila y no cargar peso sobre mi tobillo lastimado, y voy a abrir la puerta, de seguro es Nika que viene a hacerme compañía.

—¡Belleza! ¿No estás acostada? ¿Pensé que abriría tu padre! —exclama al ingresar.

—Él tuvo que salir, iba a esperarte, pero le dije que se fuera porque mi abuela tenía que ir al médico y no quería que llegaran tarde por mi culpa. ¿Vamos a mi habitación?

Nika asiente; nos dirigimos directo a mi cuarto, me vuelvo a recostar y levanto mi pie sobre el almohadón. Ella se sienta en uno de los sillones que papi puso para leerme por las noches. Hace días que no me lee nada porque yo no estoy de muchos ánimos, pero quiero pedirle que continuemos ya que debo aceptar que su historia me distrae bastante.

—¿Cómo vas? —pregunta Nika mirando mi pie.

—Más o menos, se supone que ya debería dejar de molestar, pero la verdad es que el dolor no ha cedido para nada —explico, encogiéndome de hombros.

—¿Y cuándo vas de nuevo al doctor? —cuestiona interesada.

—Supongo que en un par de días. Me dijo que, si mejoraba, podría empezar de a poco de nuevo, pero la verdad es que no lo creo. No sé por qué, pero siento que no ha mejorado mucho. No es la primera vez que me pasa, pero nunca me ha dolido así —admito con temor.

—Me da pena por tu audición, sé lo mucho que estabas entusiasmada con eso, pero verás que todo saldrá bien y que habrá nuevas oportunidades. —Me anima.

—Todos dicen eso, pero no es tan fácil —suspiro con cansancio, estoy triste.

—Lo sé, cariño. Lo sé... A veces la vida te obliga a cambiar los planes. Eso no quiere decir que no vayas a llegar al mismo objetivo, es solo que, en ocasiones, tenemos que tomar el camino más largo. No te desanimes, todo saldrá bien, ya lo verás —insiste.

—Tú eres una persona muy positiva, Nika, la verdad es que admiro mucho eso de ti —digo mirándola a los ojos.

En realidad es una mujer bella en todo sentido. No sé cuántos años ha de tener porque es de esas personas que parecen no tener una edad, el tiempo no pasa por ellas. Aun así, su belleza se ve natural, nada de cirugías ni estiramientos de piel. Su cabello está teñido en platinado y le queda perfecto, increíble. Le resalta los ojos, que hoy los tiene grises, por lo tanto, parecen estar a juego. A Nika le encantan los lentes de contactos.

—No creas que siempre fui así. ¿Sabes? Es como tirarse a una piscina o que alguien te arroje a una. Te ha pasado alguna vez, ¿verdad? —cuestiona con esa sonrisa perfecta que me genera tanta paz.

—Sí... —Respondo sin entender su punto y esperando que me lo explique.

—A veces, cuando te arrojas, vas hasta el fondo de la piscina y, para volver a subir, debes impulsarte, empujándote desde el suelo y, entonces, sales con fuerza. ¿Lo entiendes? A veces se necesita tocar fondo para darse cuenta de que la vida es mucho más de lo que uno la estaba viviendo. No siempre fui así... —Por un momento parece perderse en sus recuerdos.

—Me cuesta imaginarte de otra forma.

Sonríe y ella toma mi mano en la suya.

—La vida puede ser complicada, cariño. Para algunos, es más que para otros, pero mientras estés viva, siempre habrá esperanzas. Ahora debes olvidar esta frustración que sientes y debes poner la vista en un nuevo sueño, quizás en otra audición o en alguna cosa distinta que te haga feliz. No te quedes atascada en lo que no lograste, acéptalo, déjalo ir y busca una nueva meta que perseguir —dice con ternura.

—Gracias por tus palabras y por estar aquí conmigo —añado.

—Dicen que, cuando una chica está un poco deprimida, hace muy bien ir a la peluquería. Tú tienes mucha suerte, la peluquería ha venido a ti —bromea—. Vamos a arreglarte esas greñas, a depilarte y a dejarte bonita, ¿quieres?

Asiento. Ella abre el enorme maletín que trajo consigo y empieza a peinarme.

—¿Siempre quisiste hacer esto? ¿Ser estilista? —pregunto.

—No. —Sonríe y suspira, se queda un buen rato en silencio—. Cuando tenía tu edad, tenía otros sueños, otras metas muy distintas... Pero elegí caminos equivocados y me perdí. Me perdí tanto que me alejé de todo lo que había querido, de lo que había soñado. Y, cuando me encontré, ya estaba demasiado lejos. Sin embargo, la vida me dio otras oportunidades, nuevos caminos, nuevas puertas. Decidí tomarlas... y aquí estoy.

—Pero te gusta lo que haces, ¿no? —pregunto.

—Me gusta, sí. Pero aún tengo algunos sueños atascados que quiero cumplir, aunque solo sea por complacerme a mí misma —responde.

—Tú me llenas de ganas. Siempre tienes palabras que me ayudan a levantar el ánimo. Gracias, Nika, no sabes lo mucho que te quiero.

—Yo también, cariño. Te quiero mucho y deseo lo mejor para ti. Me gustaría que no tuvieras que tomar el camino largo —añade y me besa en la mejilla.

Toda esa tarde conversamos sin salir de mi habitación. Cuando se hace de noche, Nika pide *pizzas* y las comemos juntas. Guardamos unos pedazos para papi y, después de un rato, ella se despide. Casi media hora después, él llega cansado y hambriento, mi abuela le ha sacado todas las energías.

—Estaba preocupado por ti, no sabía si tendrías hambre y no hay nada para comer. Había muchísima gente en el doctor. —Se disculpa al llegar.

—La pasé bien, vino Nika y me hizo las manos, me peinó, me maquilló. Pasamos una bonita tarde de chicas, además, hablamos mucho, y hablar con ella siempre es revitalizante. —Sonrío.

—Quería llegar temprano para conocer a la famosa Nika, pero no se pudo.

Papi está recostado en el umbral de mi puerta, con sus manos en los bolsillos de su pantalón y su hermosa sonrisa. ¡Qué guapo es mi tío! No entiendo cómo sigue solo.

—Te dejamos *pizza*, ella la guardó en el microondas, solo tienes que calentarla.

—Gracias por pensar en mí.

Se va para la cocina sin dejar de sonreír.

Esta noche no leemos nada, decidimos ver una película juntos y así pasar el rato. Cuando termina, él va a dormir y yo me quedo intercambiando mensajes con Lina y con Rodri.

«Te extraño, quiero darte un abrazo. ¿Estás bien?», dice Lina en uno de sus mensajes.

«Sí, ha sido un buen día, a pesar de todo... ¿Tú cómo estás?».

Ella me cuenta sobre cómo le ha ido con el trabajo y me dice que se ha sentido un poco débil, pero que ha comido bien. Le pido que se cuide y que no deje de alimentarse. Ella promete hacerlo y nos despedimos.

«Un día sin verte es como una eternidad para mí», dice el mensaje de Rodri y adjunta corazones.

«Lo mismo digo, pero ¿vienes mañana?», pregunto ansiosa, quiero verlo.

«Por supuesto que iré, te llevaré una rica merienda. Ahora tengo que dormir, mañana debo madrugar. Te amo, Taís».

Me despido de la misma forma y una sonrisa se pinta en mi rostro. Hace dos días me dijo por primera vez que me ama, aquí en mi habitación mientras trataba de subirme el ánimo. Y con esas palabras bien que lo hizo. Yo también lo amo, cada día más.

Te amo

Las cosas no parecen mejorar, estoy preocupado; a Taís aún le duele mucho el tobillo y el médico nos ha mandado a hacer algunos estudios más. Tiene que caminar con muletas porque le es imposible posar el pie en el suelo. Acabamos de salir de la clínica luego de unas radiografías y tenemos un par de horas libres antes de retirar los resultados para llevárselos de nuevo al doctor. Decido invitarle a comer para distraerla.

—¿Has traído el cuaderno? —pregunta cuando ya casi terminamos nuestro almuerzo, todavía queda una hora hasta el turno con el médico, pero nos vamos a quedar aquí en el restaurante porque ella no puede caminar mucho.

—Sí —asiento.

Ella, siempre precavida y teniendo en cuenta que probablemente deberíamos esperar en el médico, me pidió que lo trajera para poder leerlo en algún momento libre. Llevamos muchos días sin continuar con la historia.

—Bien... Leamos, así me entretengo y no pienso en nada más. —Taís sonrío y yo abro la página donde lo habíamos dejado.



Durante el camino de regreso no hablamos, ambos íbamos pensando en todo lo que probablemente iba a suceder. Para lo único que abrí la boca fue para preguntarle si se cuidaba, a lo que ella respondió que no, así que me detuve en la farmacia para comprar protección. Caro me esperó en la camioneta.

Cuando llegamos al hotel, nos dirigimos de la mano a la habitación. No sabía en qué pensaba ella, pero yo estaba muerto de ansiedad, de nervios y... de emoción. Quería hacerle sentir las cosas más bellas esa noche, quería comportarme como un hombre de verdad, respetar sus tiempos, buscar su máximo placer y hacerle olvidar las experiencias que vivió antes de mí.

Cerramos la puerta de la habitación y reímos nerviosos, nos quedamos allí, parados, mirándonos el uno al otro sin saber cuál era el siguiente paso para dar. La abracé y empecé a besarla. La química de nuestra piel, siempre intensa y abrumadora, hizo el resto. Los besos se tornaron densos, calientes, y la ropa comenzó a estorbar.

La luz de la mesa de noche estaba prendida, pero Caro me pidió que la apagara.

—No quiero... no me gusta mi cuerpo —repitió.

—Me gusta a mí, quiero verte... Quiero mirarte mientras te hago el amor. —Sonreí.

Ella pareció pensarlo.

—¿Y si no te gusto? Estoy... gorda... Mis caderas son...

—Me gustas, me gustarías aunque te comieras una ballena en este mismo instante, aunque tuvieras celulitis o estrías que atravesaran tu piel. Incluso si te salieran escamas me gustarías igual.

Caro se echó a reír, y yo, reí con ella.

Comencé a desnudarla, sus ojos se mostraban inseguros mientras yo solo enloquecía más y más.

Cuando ella estaba en ropa interior, decidí acompañarla para que no se sintiera en desiguales circunstancias; me saqué todo y quedé solo en

boxers. Ella estaba recostada en la cama, yo me paré a su lado.

—Mira, este es mi cuerpo y no es perfecto. Odio ir al gimnasio, así que las barras de chocolate que tanto les gustan a las chicas se han derretido, pero no me importa, no seré una tableta de chocolate, pero puedo ser un delicioso bombón —dije y ella rio de nuevo—. Así que... soy todo tuyo —añadí encogiéndome de hombros.

—Me gustas mucho.

—Y tú a mí. —Me acosté a su lado y la observé. Dejé mi mano vagar lenta y suavemente por toda su piel, acaricié sus valles y sus colinas con deliberada lentitud, haciéndola estremecer.

—No tengo pechos grandes... —murmuró cuando mis dedos acariciaban sus montañas.

—Entran a la perfección en mis manos —refuté y abracé uno con mi palma abierta, haciendo un poco de presión.

—Supongo que mis caderas son un poco gordas —añadió Caro.

—Me imagino, tu sentada encima de mí y yo aferrándome a ellas. Me encantará tenerlas entre mis manos —murmuré cerca de su oído, besándole el cuello.

—Mis piernas son muy cortas —agregó.

—Servirán para que me abrasces con ellas mientras me pierdo dentro de ti. —volví a repetirle en susurros y la sentí estremecerse.

—¿Tienes una palabra para cada parte de mi cuerpo? —bromeó y besó mis labios.

—Tengo más que una palabra para cada parte de tu cuerpo, también tengo una caricia, un beso... o muchos —prometí y, entonces, me coloqué con suavidad sobre ella—. Mírame... —Pedí para que abriera los ojos, ella lo hizo—. Me gustas toda, toda tú... y me estás volviendo loco —admití.

No necesitamos más palabras, no necesitamos más permisos. Nos amamos de la forma más intensa y placentera que pudimos experimentar. Las sensaciones eran nuevas para los dos, la química de nuestros cuerpos creaba pequeñas explosiones en todas nuestras terminaciones nerviosas. Perdíamos la cabeza y parecíamos encajar de una forma única y perfecta. Como si ella hubiera sido creada para mí y yo para ella.

Esa noche hubo ternura, hubo delicadeza —besos suaves y caricias tenues—, pero también hubo fuego —incendio, mordiscos y uñas clavándose y dejando camino en la piel, intentando aferrarnos el uno al otro y no separarnos nunca más—. Esa tarde nos conocimos enteros por primera vez o, mejor dicho, nos reconocimos, porque pareciera que siempre nos habíamos conocido y, por alguna situación, nuestros cuerpos se habían separado, pero ahora, estaban reconectándose de nuevo, encontrándose, juntándose, adorándose y entregándose el uno al otro de una forma única, magnífica y abrazadora.

—Te amo —exclamé tras el éxtasis, cuando la calma aplacaba mi alma de nuevo.

Caro reposaba entre mis brazos, su cabeza recostada sobre mi pecho; agotada, tranquila, entregada. Ya no le importaba el tamaño de sus pechos o la carne sobrante de sus caderas. Yo la había amado y se lo había demostrado centímetro a centímetro de su piel. Ahí, entregada, siendo toda mía y yo todo suyo, ella me respondió suave.

—yo también te amo.

Esa noche despertó algo nuevo en Caro, una nueva parte de ella que me pertenecía, que solo la conocía y podía despertar yo. Su personalidad arriesgada, atrevida, sin tapujos ni tabúes se transportaba también al sexo, y no había nada que no quisiera experimentar, nada que no quisiera aprender. Me encantaba ser el dueño de ese rincón de su ser, ser el único que la conocía en ese aspecto, ser la persona que ella elegía para amar y para ser amada. Nada de lo que hubiéramos vivido antes se comparaba con esto, éramos intensos y fogosos, explosivos y arriesgados.

El tiempo pasó y nuestra relación se fue afianzando. A pesar de las dificultades que siempre nos rodeaban, nosotros salíamos victoriosos de los pequeños embates de la vida, siempre juntos, siempre de la mano.

Ella y Alelí inventaron un supuesto grupo de la Iglesia al que se suponía que acudían cada sábado en la tarde. Tanto el padre de ella como la madre de su prima creyeron de buena gana aquella mentira, mientras Carolina y su prima tenían un nuevo espacio para hacer lo que quisieran con sus vidas y, cuando era necesario, inventaban algún retiro espiritual, de manera que ambas tenían todo el fin de semana libre. En aquel momento eso me pareció magistral, a mí me convenía, nos pasábamos el fin de semana encerrados en la casita haciendo el amor una y otra vez.

Gael dejó de molestar y de aparecer. Aparentemente, él y Carolina tuvieron una conversación en la que ella le dijo que me amaba y que, si él la quería y se preocupaba por ella, debía dejarla «ser». Gael no estuvo de acuerdo y le amenazó con no estar para ella cuando las cosas no funcionaran entre nosotros. Yo cada vez estaba más seguro de que los sentimientos de él para con ella no eran normales, pero, cuando tocaba el tema, ella se quedaba callada, o bien, hablaba de otra cosa.

Me hubiera gustado llegar a su casa, conocer a su padre y decirle que quería de verdad a su hija. Me hubiera gustado que fuéramos una pareja normal, pero no había nada de normal en ella, ni en toda la situación que envolvía a sus relaciones familiares.

Fueron varias las veces que le dije que me presentara a su padre, pero ella reaccionaba aterrada. Llegué a pensar que quizás se avergonzaba de mí, o que a lo mejor para su adinerado padre yo no era suficiente. Pero ella me dijo que no era eso, que su padre no aceptaría una relación hasta que ella terminara con la universidad, que se lo había dicho miles de veces. No me quedaba más que esperar.

De vez en cuando, yo la llevaba a casa, mamá la trataba bien. Caro solía quedarse a almorzar o a pasar la tarde. Conoció también a papá y a Ximena, pero creo que nunca se cruzó con Alejandra, con Lorenzo o con la pequeña Taís, ya que, cuando mi hermana salió de la clínica, decidieron mudarse a un pueblo mucho más tranquila, a treinta kilómetros de casa, que pensaron sería ideal para la recuperación de Ale.

Yo había cumplido mis veinte hacía dos meses y ella los había cumplido hacía una semana. Nos creíamos grandes e invencibles, nos pensábamos los dueños del mundo. Soñábamos e ideábamos un futuro para los dos. Planeábamos decirle a su papá sobre nuestra relación y vivir juntos el siguiente año. Ambos buscaríamos trabajo, pues sabíamos que su padre no nos daría dinero, y los míos no estaban en condiciones.

No importaba nada más que nosotros, construíamos castillos en el aire. Habíamos planeado un viaje de fin de semana para pasarla juntos en una casa de campo que tenía su padre. Alelí iba a cubrir a Caro e iban a inventar un nuevo retiro espiritual. Ella sacaría las llaves del sitio sin que su padre se diera cuenta y nosotros festejaríamos allí nuestro primer aniversario de novios.

Lo planeábamos esa noche mientras comíamos pizza en la casita.

—No se preocupen, yo ya dije en casa que teníamos un retiro. Me quedaré en lo de Javier ese fin de semana y, como siempre, apagaremos los celulares. No se puede tener el celular encendido durante los momentos de oración —bromeó la chica y nosotros nos reímos.

A Gael no le pareció simpático. Él estaba allí, miraba algún programa en la televisión sin decir palabra alguna.

—Tenemos que ponernos de acuerdo y encontrarnos en algún sitio el domingo, para llegar juntas como siempre —mencionó Caro.

—Sin problema. No se preocupen, todo saldrá bien. —Alelí nos guiñó un ojo.

Ella era igual a Carolina, cada quien hacía su vida y tenía sus historias, y se cubrían entre las dos; Gael también lo hacía. Nunca se decían si lo que hacían estaba bien o mal, no era esa clase de relación la que había en esa familia. Ellos tres solo se cubrían, pasara lo que pasara, hicieran lo que hicieran, a veces pensaba que eran como una pequeña mafia. Se ayudaban cómo fuera.

Gael se había separado más en los últimos meses, desde que Caro y yo habíamos afianzado nuestra relación. Supongo que porque yo no le caía bien, ni él a mí. Y ninguno de los dos hacía el más mínimo esfuerzo por acortar distancias. Al principio, creo que a Caro le molestó eso, pero, con el tiempo, fue dejando de lado a su primo para enfocarse más en mí; a mí me agradaba, pero a Gael no.



—¡Wow! Intenso capítulo, papi, con mucha información —ríe Taís—. Entonces, era bueno el sexo —agrega con una sonrisa y yo casi me atraganto con el agua que tomaba. Ella se ríe.

—La verdad que sí. Verás que con cada persona, con cada pareja que uno tiene, existe una cierta «química», por así decirlo... A veces, esa química es mucho más intensa con una persona que con otra y, con Carolina, en verdad era explosiva, quizá porque era arriesgada y no tenía miedos, ni tabúes... o quizá porque estaba loco por ella y todo en ella me gustaba... No lo sé, pero era genial —respondo y sonrío, Taís y yo siempre hemos hablado de todo sin ningún problema.

—Me da un poquito de miedo... el sexo —dice ella y frunce el labio perdiendo la mirada en sus manos.

Yo sonrío.

—No debes tener miedo, se dará cuando sea el momento. Solo asegúrate de que suceda cuando estés lista y con alguien que valga la pena. Y de cuidarte —agrego.

—Me encanta que podamos hablar así...

—A mí también. Bueno, pequeña... vamos yendo que ya es casi la hora.

—Tengo miedo —dice y baja la vista, poniéndose seria.

—Estoy contigo... no temas. —La tomo de la mano y la miro con cariño.

—Eres tan bueno, tío. —No suele llamarme así, pero su mirada es intensa y profunda. Me sonrío—. Un día me voy a encontrar a tu Carolina en la calle y le diré todo lo que pienso de ella —promete.

—No debemos juzgar a las personas, no sabemos qué las lleva a actuar como lo hacen. Ella era una caja de secretos que no logré deducir, éramos muy jóvenes, quizá ella tenía problemas más graves de los que yo pude ver —añado en medio de un suspiro.

—Ella te hizo mucho daño, no mereces estar solo y sin una familia. Todo por culpa de ella, tú le diste todo. No importa qué problemas haya tenido, tú estuviste allí incondicionalmente y ella no lo supo apreciar... —dice, casi enfadada.

—Gracias por quererme tanto. Pero supongo que es mi culpa el no haber avanzado, el no haberla soltado jamás.

—Te mereces ser feliz. Y yo te ayudaré a encontrar esa felicidad —dice Taís. Su sonrisa es grande, está muy segura de sus palabras.

—Soy feliz. No me falta nada contigo a mi lado.
Ella niega, pero no deja de sonreír.

Hadas madrinas

Las cosas no han ido nada bien; el tiempo se ha pasado muy rápido o, quizá, muy lento. A Taís le detectaron un problema llamado osteocondritis del tobillo. Es complicado, pero parece que una porción del cartílago experimenta un proceso de muerte celular, se reblandece y, en algún punto, incluso podría llegar a desprenderse, pudiendo quedar el hueso al descubierto. Es una cuestión dolorosa y grave, se está sometiendo a un tratamiento muy largo y no podrá volver a bailar, al menos, hasta que no se solucione el problema. El médico dijo que suele aparecer después de una lesión como la que ella tuvo y que, si no se trata a tiempo puede, derivar en una artrosis grave.

Para la primera fase del tratamiento se le enyesó el tobillo para inmovilizarlo. Se espera que, con el reposo, el mismo cuerpo repare el daño, pero nos han avisado de que las posibilidades de que eso suceda son menores al cincuenta por ciento.

Si en unas semanas más no mejora, tendrán que hacerle infiltraciones y, si no evoluciona favorablemente, deberá ir a cirugía. El panorama nos hace sospechar que no podrá volver a bailar, al menos, de manera profesional.

Taís lleva tres semanas con el yeso y no ha salido de su habitación más que para ir a la escuela y para encontrarse con Rodrigo o sus amigas. Está muy deprimida y yo no sé qué hacer con ella, no sé cómo ayudarla. Sus amigas —a quienes aún no he conocido en persona— nos están ayudando. Paty la busca todos los días para ir a la escuela y luego la acompaña a lo de Nika. Ahí almuerza y se queda durante la tarde; la mujer trata de seguir dándole las clases que tanto la animaban, pero que ahora no parecen interesarle en lo más mínimo. Lina va a verla allí todos los días en las tardes y se queda con ella hasta la noche en los días que no tiene que ir a dar clases en la Academia. Y Rodrigo es quien la busca luego, la trae a casa y se queda con ella hasta bien tarde.

Me agrada el chico, me recuerda mucho a mí. La cuida, la protege, no deja que nada le suceda, le hace masajes o la carga para que no camine mucho. Veo como la mira y me imagino que yo me habré visto así mismo de enamorado cuando salía con Carolina.

Cuando veo todo lo que sucede en la vida de Taís —y, sobre todo, justo en este momento en el que ha conocido a gente que la quiere de verdad— es cuando pienso

en que en realidad las cosas en la vida pasan en el momento en el que deben pasar, ni un segundo antes ni un segundo después. Si ella no hubiera tenido este apoyo de esas dos mujeres y de su novio, quizá se hubiera hundido mucho más. Además, justo ahora tengo más trabajo, y no puedo dejar de trabajar porque nosotros nos mantenemos de eso y su tratamiento es costoso; pero, gracias a sus amigas, Taís no está sola. La verdad es que me gustaría conocerlas y agradecerles por lo que hacen.

Lina me cae bien, había llegado incluso a considerar la posibilidad de salir con ella. Me atraía su personalidad chispeante y espontánea. Pero las cosas no se dieron, entre mi trabajo y las giras que de manera constante da ella con el *ballet*, no coincidimos. Con el asunto del tobillo de Taís, creo que no es momento aún.

Nika es una gran mujer. Es como una especie de hada madrina, agradezco al universo que haya aparecido en el camino de Taís justo ahora. La llena de ánimos y la ayuda a salir adelante. Pienso que esa mujer parece una especie de libro de autoayuda andante, siempre tiene un consejo para darle. Me agrada, sobre todo porque Taís la escucha. Me gusta imaginar que Alejandra se encargó —desde donde quiera que esté— de enviar a estas figuras femeninas a la vida de su hija.

El sonido de un mensaje entrante me saca de mis cavilaciones. Estoy en la oficina. En un rato de descanso, miro el celular, es un número desconocido.

«Buenas tardes, soy Nika... Lina me dio su número de teléfono para que me comunicara con usted, espero no molestarle. Ella y yo preparamos una sorpresa para Taís, ya que está por llegar su cumpleaños. Me gustaría saber si contamos con su apoyo».

«Hola, un gusto conocerla, aunque sea por aquí. ¿De qué se trata la sorpresa? Por supuesto que, si es por el bien de ella, estoy más que de acuerdo. Agradezco lo que hacen por mi hija».

Respondo y espero por el siguiente mensaje.

«Según lo que tengo entendido, ella no podrá bailar por un buen tiempo, pero, quizá, cuando le saquen el yeso pueda empezar a enseñar. Se me ocurrió alistarle el salón que tengo libre en mi Centro de Belleza, no es grande, pero lo podría acondicionar... y ella podría enseñar a niñas pequeñas. Yo tengo muchas clientas con hijas pequeñas y, según lo que me dice Lina, eso no le requerirá un esfuerzo físico demasiado grande. Quizás algo así la ayude a no decaer mientras lleva a cabo el tratamiento que, según tengo entendido, será muy largo».

«¡Wow! Sería fantástico, creo que será bueno para ella. Usted debe decirme cualquier cosa que necesite comprar, o si desea que yo le abone un alquiler por ese salón. Por favor...».

«Lo único que necesito de usted es su aprobación, no me gustaría hacer nada si no cuento con eso. Yo pondré todo, Taís es muy importante para mí, la quiero mucho, solo deseo que sea feliz y que no decaiga. Sé que este es un momento difícil. Y es en esta clase de momentos donde se marca el futuro de las personas. Si la ayudamos ahora, ella saldrá adelante». Responde Nika, dejándome atónito.

En realidad Taís tiene razón cuando me habla bien de ella.

«Les agradezco de corazón lo que hacen por mi hija, a usted y a Lina. Cuentan conmigo para lo que sea».

«Queremos adecuarlo y que sea una sorpresa. Pensábamos hacerle una pequeña fiesta aquí el día de su cumpleaños, y mostrárselo. Nos gustaría que usted pudiera venir».

«Una vez más, gracias, y estoy ansioso por conocerlas. Ella me habla mucho de ustedes».

«Gracias a usted señor Cárdenas, le avisaré por cualquier cosa».

«¿Señor Cárdenas?» Por un momento me pregunto por qué me llama así, pero luego deduzco que es natural que lo haga. Es el apellido paterno de Taís, y no estoy seguro de que ella le haya contado su historia completa. A Taís le gusta que la gente piense que soy su padre, así nadie le hace preguntas que ella no quiere contestar. Creo que nadie —además de Paty y los directores de la escuela—, saben la verdad, y está bien. No hay por qué dar explicaciones que para ella son dolorosas. Al final de cuentas, ella es como mi hija, aunque bien podría ser mi hermana menor.

A pesar de esta tristeza que me causa ver así a mi pequeña, estoy contento. Por mucho tiempo pensé que todo lo que hice y di por Carolina fue en vano, pero lo hice por amor, porque quería ayudarla y estar ahí para ella. Cuando todo acabó, miles de veces me pregunté si acaso valió la pena. Ahora pienso que sí; dicen que la vida da vueltas y que uno recibe lo que da, aunque no lo reciba de aquel a quien dio. Quizás estas personas que cuidan de mi sobrina están devolviéndome aquello que yo entregué, me lo están devolviendo en ella, que es mi sol, la luz de mis días. No podría soportar verla caer y derrumbarse, no a ella, no otra vez. Taís no se lo merece, ya la vida la ha golpeado demasiadas veces. Estas dos mujeres la quieren y se preocupan por ella, la están ayudando.

Lo que Nika ofrece es muy grande, y estoy seguro de que Lina tiene mucho que ver. Quizá fue su idea, ella la conoce muy bien. Parece que Nika y Lina se hicieron amigas ahora, a raíz de esto que ocurrió. Si yo alguna vez fui el ángel guardián de alguien, estoy seguro de que ellas son las hadas madrinas de Taís y que el karma, o lo que sea, me las ha enviado.

Amor entre flores

Cuando llego a casa, encuentro un ramo de flores en la entrada. Rodrigo y Taís están sentados en el sofá viendo una película. Apenas me ven sonrén y el chico se levanta.

—Debo irme, amor, te llamaré mañana. —Se despide él con un beso en los labios.

—¿Ya te vas? —pregunto a modo de saludo porque él siempre se queda a cenar con nosotros.

—Sí, es que mi madre me ha pedido que la acompañara a un sitio. No quiero ir, pero no puedo decirle que no. —Se encoje de hombros—. Solo esperaba a que llegaras.

Hacía semanas que le había dicho a Rodri que me tuteara, el que me tratara de «señor» me hacía sentir demasiado viejo.

—Bueno, entonces no te retraso más. —Sonrío y voy a la cocina para preparar algo y dejarlos despedirse como a todos los novios adolescentes les encanta, por media hora o más.

Recién cuando oigo la puerta cerrarse voy a sentarme al lado de Taís.

—¿Todo bien? —pregunto, intento que todo suene natural.

Ella asiente. Sus ojos ya no brillan como antes.

—¿Me lees qué pasó con tu historia? Siento que la hayamos dejado de lado. —Se disculpa.

—No lo sientas, me has ayudado mucho a ver las cosas de otra forma, creo que esta terapia de alguna manera está dando resultado. Tú y yo saldremos de esto renovados, ya lo verás.

Ella sonrío y me abraza. Un rato después, traigo el cuaderno para leer.



Aquella mañana de sábado fui a buscar a Caro. Estaba entusiasmado por nuestro fin de semana y por el festejo de nuestro aniversario. Le había comprado un libro a modo de regalo, sabía que le encantaría porque ella lo estaba buscando desde hacía mucho. Además, llevaba una película para que viéramos juntos.

Se suponía que nos encontraríamos en una esquina no muy cerca de su hogar para ir juntos a la casa de campo de su familia que quedaba a una hora de allí.

Caro me esperaba, estaba con Alelí y con su novio, que también la había ido a recoger al mismo lugar. Apenas me vio, sonrió entusiasmada. Estaba vestida con un pantalón negro y una blusa suelta del mismo color. Traía una camperita rosa atada a la cintura; una mochila enorme y muy cargada de color negro con estrellas blancas colgaba de su hombro. Sus cabellos rubios estaban sujetos en una coleta alta. Me saludó con la mano mientras yo estacionaba justo atrás del auto del novio de Alelí. Ellos también me saludaron antes de despedirse. Luego, Caro corrió hacia mi vehículo, parecía una niña entusiasmada y traviesa. Se sentó, juntó sus piernas en el asiento de copiloto y me observó, divertida.

—¡Estoy muy emocionada! —Sonrió—. ¡Vamos a pasar un fin de semana maravilloso! La casita es hermosa, hay mucha naturaleza en la zona y sitios para descubrir, además, estaremos solos... y se me antojan miles de lugares y de cosas que podemos hacer —agregó. Luego, se impulsó un poco para levantarse y darme un beso en la mejilla.

—Me encanta como suena eso —admití.

Lo siguiente que hicimos fue encender la radio y partir, mientras cantábamos, reíamos y disfrutábamos de nuestro amor y de nuestra cercanía. Estar con ella era todo lo que yo necesitaba para ser feliz.

Cuando llegamos al lugar, varias horas después, tuve que admitir que en realidad era mágico. Se trataba de una casa de piedras en la cima de una montaña, un bosque que rodeaba el sitio y lo hacía parecer sacado de una historia de hadas. Estacionamos y bajamos.

—¡Wow! ¡Es una casa fantástica! —exclamé asombrado. No podía creer que fuera solo un sitio para vacacionar.

—Sí, es hermosa, era el lugar favorito de mi madre, por eso no solemos venir demasiado. Ella construyó este sitio, todo aquí tiene su huella —murmuró al mirar la inmensa fachada de piedra con plantas que caían de entre los ventanales.

Pensé que mantener una casa así sería súper costoso, pero era obvio que alguien se encargaba de hacerlo, porque el lugar estaba impecable.

Carolina buscó la llave y la insertó en la cerradura principal, giró con cuidado y la puerta se abrió. Un aire fresco nos recibió desde adentro. Ingresamos. Se notaba en la humedad y en frescura del ambiente que la residencia llevaba cerrada un buen tiempo. Corrimos las cortinas y abrimos los ventanales para que la luz del sol se filtrara y diera un poco de calor a las habitaciones.

Carolina se sentó en uno de los sillones y dejó su bolso al lado, yo caminé por el sitio para observar la decoración y las fotos —había muchas—. Una chimenea se alzaba en el centro de una de las paredes; encima de la misma, colgaba un marco enorme con una foto familiar. En él, posaban un hombre de cabello rubio, elegante y trajeado; una mujer de cabello rojizo y ojos verdes como los de Caro, sonriente en un vestido de fiesta de color azul; una niña de vestido blanco con cuello de encajes que no tendría más de dos años con sus inmensos ojos verdes, su sonrisa gigante y el pelo recogido en dos coletas que le daban un aire travieso. Era ella, Carolina... mi Carolina.

—Siempre fuiste hermosa —murmuré y ella sonrió. Su mirada perdida en el mismo cuadro y sus ojos vidriosos me dieron la pauta de que veía la imagen de su madre—. Era una mujer preciosa— añadí.

Ella asintió y aplanó los labios en un gesto de resignación.

—Mi madre no era una mala persona, era como todos, el resultado de su propia vida, de sus experiencias, de sus miedos y de sus fracasos —suspiró derramando algunas lágrimas.

—Estoy seguro de que estaría orgullosa de ti —dije y caminé hasta ella, me arrodillé a sus pies y limpié sus lágrimas con mis dedos.

Caro se encogió de hombros.

—No lo creo... no lo sé. Supongo que no tengo muchos recuerdos de ella, era modelo y estaba obsesionada con las ropas y con su peso, pero,

cuando se casó con mi padre, lo dejó todo. Él no quería que ella trabajara ni en eso ni en nada. Mi padre es una persona posesiva y absorbente, y no le gustaba que nadie admirara a su mujer. Pero ella era joven y amaba su profesión, dejar de trabajar la deprimió. Creo que nunca superó el haber abandonado sus sueños, por eso comenzó a vivir en una especie de realidad paralela.

—¿Y entonces enfermó? —pregunté al recordar que me había dicho que falleció de cáncer.

—Sí... y murió... Me abandonó. —Las lágrimas no dejaron de derramarse, cada vez con más fuerza.

—No te abandonó, Caro. La muerte es inevitable, estoy seguro de que, si ella hubiera podido negarse, si hubiera podido elegir, se hubiera quedado a tu lado. ¿Qué madre no quiere cuidar a sus hijos? ¿Verlos crecer? Estoy seguro de que, donde quiera que esté, ella vela por ti.

Por algún motivo, mis palabras la hicieron llorar con más intensidad, así que me senté a su lado y la abracé. Quizá necesitaba descargarse, quizá necesitaba sacar el dolor o la impotencia que sentía en ese momento.

—Si me hubiera querido, no me habría dejado con mi padre. Él es una mala persona, no me quiere; ella sabía cómo era él y aun así se fue, me dejó sola... a mi suerte.

—Supongo que no podía hacer otra cosa y, aunque no conozco a tu padre, estoy seguro de que te quiere, quizás a su manera... pero lo hace. Se preocupa por ti, porque estudies, porque seas alguien en la vida —intenté animarla.

—Eso solo lo hace por su apellido, por mantener su nombre... Lo hace por él, no por mí. A él no le importa que yo sea feliz. —Sollozaba y empezaba a perder de nuevo el control de sus emociones.

No la contradije, solo la abracé y la besé en la frente en un intento por calmarla.

—Vayamos a caminar, ¿quieres? Tal vez necesitas despejarte un poco.

Caro asintió y, luego de dejar nuestras cosas en la que sería la habitación principal y la que utilizaríamos esa noche, salimos al jardín. Nos metimos entre los árboles e ingresamos al pequeño bosque que rodeaba la propiedad. Caminamos de la mano y respiramos un poco del aire puro y limpio que nos brindaba la naturaleza. En algún momento, llegamos a un sitio en el que crecían un montón de minúsculas flores

campestres de color blanco con centros amarillo; no eran margaritas, pero eran similares en versión miniatura. Caro recogió algunas y se las puso en la cabeza, se veía hermosa, sus lágrimas ya habían desaparecido por completo. La observé allí, moviéndose entre el césped crecido mientras juntaba flores silvestres. Brillaba como un ángel a la luz del sol.

—Pareces un ángel, un bello y hermoso ángel —expresé mis pensamientos con una sonrisa.

Ella se volteó a mirarme.

—Tú eres mi ángel, mi ángel guardián, el que me ha rescatado del abismo, de las profundidades de mi propia existencia. —Caro también sonrió. Se acercó a mí y me dio un dulce beso en los labios—. ¿Recuerdas que me habías pedido que te dedicara mi primer libro?

—Sí, lo recuerdo... Dijiste que no veías el motivo para ello —bromeé.

—Mi primer libro te lo dedicaré a ti, porque tratará de una chica que se enamora de su ángel de la guarda, como yo me he enamorado de ti... —dijo y tomó mi rostro entre sus manos—. Tú eres mi ángel guardián, no me dejes nunca, ni aunque los demonios quieran robarse mi alma —pidió, haciendo alusión a su libro.

La abracé. Escondí mi nariz en sus cabellos de oro y absorbí su aroma.

—No te dejaría jamás, iría a buscarte al infierno si fuera necesario, siempre y cuando tú así lo quieras. Pero, si un día no quisieras más estar conmigo, tendría que dejarte ir. Haría lo que fuera solo por verte feliz, incluso alejarme, si eso fuera lo que necesitaras.

Y así, hice una promesa que me costaría toda mi felicidad.

—No digas eso, nada en el mundo lograría que yo me aleje de ti. Seremos como los personajes de mi libro, venceremos a los demonios y también a los ángeles, a todos los que nos enfrenten, los venceremos y probaremos que esto es amor del bueno, porque no me imagino una vida sin ti —aseguró, todavía sonriente, y giró entre la naturaleza con los brazos abiertos.

Yo me sentía feliz al verla tan libre.

—Ni yo...

—¿Quieres hacer el amor aquí? ¿Entre las flores y el césped?

—¿No vendrá nadie? —pregunté mirando a los alrededores.

—No, no hay nadie en la zona. Además, no me importa. Ser observados podría ser excitante —sugirió. Y, sin más palabras, levantó su blusa hasta quitársela y quedar en ropa interior.

Nos amamos ahí mismo, con el césped fresco adhiriéndose a nuestra piel, con el olor a tierra y las pequeñas flores que morían aplastadas por nuestros cuerpos. Luego, nos quedamos tendidos en el verde, sintiéndonos libres y espontáneos, sintiéndonos dueños del mundo y de la vida.

Estiré una mano y recogí algunas de las florcitas que habían sobrevivido a nuestra hazaña, las coloqué sobre el cuerpo de Carolina, sobre sus pechos, sobre su ombligo, sobre su pubis. Ella reía y me observaba decorarla, sus vellitos rubios parecían oro al contacto con el sol.

—Eres hermosa, no hay palabras para describir cuánto me gustas y cuánto te amo —aseguré.

Ella sonrió. Me observó a los ojos y acarició mi mejilla. Quitó las florcitas de su cuerpo y las fue poniendo sobre el mío. Decoró divertida mis pezones y luego hizo una hilera de flores que iban desde mi ombligo hasta mi miembro y lo rodeaban. Ella reía y yo negaba.

—¿Me veo sexy? —pregunté incorporándome un poco para observar su obra de arte.

—Pareces una flor exótica —dijo y rio.

Entonces, la abracé y volví a besarla con pasión, deseo y amor. Y nos amamos una vez más, y volvimos a prometernos amor eterno... y volvimos a jurarnos felicidad...



—Mucha información —dice Taís cubriéndose el rostro sonrojada—. Demasiada información —repite—. ¿Cómo me saco la imagen de mi tío desnudo con flores alrededor de su...?

Me eché a reír y ella también.

—Al menos te estás riendo, extraño verte feliz —murmuro.

Ella deja de sonreír, suspira.

—Tengo miedo al futuro... a no poder bailar nunca más —dice. Algunas lágrimas caen por sus mejillas.

Me levanto y me acerco a ella para abrazarla.

—No puedo prometerte que podrás volver a bailar porque no soy quien para hacerlo. Pero estoy seguro de que la vida tiene algo bueno para ti a la vuelta de la esquina. —La beso en la frente.

Ella suspira, pero no dice nada, se aferra a mi pecho y llora.

Quisiera poder impedir que todo esto le pasara, pero supongo que todos tenemos que transitar nuestros propios caminos, pelear con nuestros propios fantasmas y salir adelante por nosotros mismos.

Alas de ángel

—¡Papi!

Escucho la voz de Taís que intenta despertarme. Es domingo, no sé ni donde estoy y me cuesta despabilarme. Cuando abro los ojos, la veo sentada en mi cama, sus muletas reposan contra la pared.

—¿Qué sucede? —pregunto.

Ella sonrío.

—Nika y Lina quieren que vaya con ellas al cine en la tarde. ¿Me das permiso?

—Por supuesto. Yo aprovecharé para ir a visitar a mamá, ya sabes que está un poco quejosa, anda con algunos dolores.

—Está bien, pero ¿por qué no pedimos algo para almorzar? Y así luego continuamos con tu historia. Quiero saber qué pasó con las flores que tenías en el...

—Se burla y me señala.

Yo le doy un golpecito de broma y Taís sonrío. Me alegra verla bien, hoy es un buen día.

Llamamos a un restaurante italiano que queda cerca y pedimos pasta. Comemos mientras vemos una comedia de esas que suelen repetir los domingos en los canales de cable y luego nos vamos al estudio a continuar con la lectura antes de que ella tenga que alistarse para salir.



Tanto amor nos dio hambre, así que fuimos hasta la casa y nos tomamos una ducha rápida para sacarnos los restos de campo que se nos pegó a la piel. Nos bañamos juntos, nos besamos en la ducha, nos acariciamos de nuevo y nos regalamos placer.

Y así, mientras sonreíamos felices, tomados de la mano, con la plenitud recorriéndonos a flor de piel, abandonamos la cabaña para ir al pueblo en busca de algo para comer.

Entramos a un restaurante de comida rápida y nos pedimos un par de hamburguesas. Cuando las mismas llegaron a la mesa, un destello de preocupación brilló en los ojos de Carolina. Yo la conocía y no veía aquello desde hacía bastante tiempo.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupado.

—Nada... no sé si quiero comerme esto. Es enorme... y no siempre es fácil —admitió.

Yo lo sabía. Sabía que su lucha con la comida no había terminado, solo estaban en tregua. Muchas veces un almuerzo, una cena o una hamburguesa generaban una pequeña batalla, y yo no quería que la perdiera.

—Si quieres, pide una ensalada.

—Pero no podemos desperdiciar así la comida... Me la comeré igual.

Tomé su mano en la mía y la observé.

—Lo importante es que te alimentes. Si sientes que no quieres comerla, pediremos otra cosa, una ensalada César o lo que se te antoje. Déjala allí, la llevaremos para más tarde. No quiero que te sientas mal... —insistí.

—Gracias, eres muy lindo. —Sonrió emocionada—. Una ensalada creo que estará bien...

Y eso fue lo que comió, una ensalada con un poco de pollo, aunque no se la acabó. Supongo que era uno de esos días en los que su cabecita la traicionaba. No le dije nada, solo la abracé y me encargué de recordarle lo bella que estaba.

Al regresar a la casa, nos dispusimos a dormir una siesta. Tanta actividad diurna nos había agotado. Nos metimos bajo las mantas y, abrazados como si fuéramos uno solo, nos perdimos en los brazos de Morfeo.

Cuando abrí los ojos eran cerca de las seis de la tarde, sentí el vacío en su lado de la cama y me incorporé a buscarla. Ella estaba allí, sentada, y me observaba con los ojos estaban cristalizados, su mirada era melancólica y, cuando me vio, me regaló una media sonrisa.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Quieres que veamos una película? —cuestionó.

—Caro, traje la que querías ver, la de Ciudad de Ángeles.

—¡Genial! —exclamó ella, cambiando de inmediato su estado de ánimo
— ¡Vamos!

Bajamos a la sala donde un televisor enorme estaba incrustado por la pared. Aún no terminaba de sorprenderme el lujo en aquella casa a la que, según parecía, no se acercaban hacía mucho tiempo.

—Mi papá la alquila en los meses turísticos —dijo Caro encogiéndose de hombros cuando le pregunté quién la disfrutaba.

Colocó la película que empezó a reproducirse pronto en la enorme pantalla. Me senté y abrí los brazos para que ella se refugiara en ellos; con su cuerpo caliente pegado al mío, nos perdimos en la historia de un ángel que se enamoraba de una humana y que quería dejarlo todo para estar con ella. Al final lo hizo, pero la felicidad duró poco. Podía sentir las lágrimas de Caro derramándose sin piedad y aquello hizo que mi atención se enfocara en ella.

La tenía a Caro allí, entre mis brazos; frágil y vulnerable, tan ella y tan mía, tan dulce y tan hermosa. Medité sobre todo lo que habíamos vivido hasta ese punto, llevábamos un año de ser novios. Un año cargado de aprendizajes y de momentos felices, pero también de peleas y de pequeñas batallas. Esas contiendas que no hacían más que unimos y terminar en fogosas reconciliaciones.

Mi atención se centró en una frase de la película cuando, luego de la muerte de la protagonista, el amigo del ángel le pregunta al exángel si valió la pena dejar todo por ella y él le responde: «Prefiero haber sentido

uno solo de sus cabellos, un beso de sus labios y una caricia de su mano, que toda una eternidad sin ello».

En aquel momento me pareció una frase hermosa, pero no sabía que un día la recordaría de una forma especial. Allí estaba yo, abrazado a la mujer a la que amaba mientras me perdía en el perfume de su cabello y en la textura de su piel. Acariciaba las lágrimas que se le caían por la emoción que esa película le había dejado y me sentía invencible solo por ser el dueño de su amor y de su corazón. En ese momento, sentía que podía hacerlo todo, alcanzar lo que quisiera, volar si fuera necesario, solo porque ella me había escogido y me había regalado el honor de ser su novio. Y llegué a la conclusión de que, si algo tan triste sucediera, así como en aquella historia, yo también pensaría igual que el personaje. Estaba profundamente agradecido con la vida por dejarme estar al lado de la mujer a la que veneraba y amaba; y, si algo saliese mal, no cambiaría ningún segundo de nuestra historia, porque era mejor haber estado a su lado por un tiempo que nunca haberla conocido.

Cuando la película terminó, fuimos a la cocina y nos preparamos unos sándwiches. Comimos en silencio mientras disfrutábamos de nuestras presencias y nos mirábamos, todavía embargados por las emociones que nos dejó la historia. Ambos parecíamos perdidos en nuestros pensamientos, pero estábamos felices de estar juntos.

—Tengo un regalo para ti —dije cuando terminamos. La tomé de la mano y la llevé a la habitación.

—¿Qué es? —preguntó Caro sorprendida cuando le pasé el libro envuelto en un papel plateado y con un moño de color rosa.

—¿Un libro? —respondí con una sonrisa.

Ella lo abrió entusiasmada, era uno que habíamos buscado en las librerías y, como no lo conseguimos, lo ordené por internet con la ilusión de que llegara antes de esta fecha. Por suerte, así fue.

—¡El libro! —me abrazó emocionada—. Gracias, me encanta.

—Te escribí una dedicatoria en la primera página —admití.

Ella lo abrió, leyó mis palabras y, con una sonrisa enorme, volvió a besarme.

—Gracias por creer en mí y en mis sueños —susurró sobre mis labios.

Se apartó de repente y buscó algo en su bolso. Se acercó luego y me dio una pequeña cajita. La abrí y encontré un dije de oro en forma de alas de

ángel.

—Era de mi madre —explicó—. Cuando yo era más pequeña, una compañera me dijo que las madres eran los ángeles de la guarda de sus hijos y que, como yo no tenía mamá, no tenía un ángel que me cuidara. Lloré mucho ese día, estuve triste por muchas semanas. Entonces, Alelí le contó a su mamá y ella me dio este pequeño dije. Me dijo que era de mi madre y que, aunque no estuviera conmigo, ella sería mi ángel y velaría por mí desde donde estuviera. Me lo puse por gran parte de mi adolescencia, pensaba que ella estaba más cerca de mí si lo usaba. Pero, un día, me revelé ante esa idea, mi madre no era mi ángel, nunca lo había sido. A ella tampoco le importaba yo. Me lo saqué y lo guardé por muchos años. Ahora quiero que lo tengas tú, porque tú sí eres mi ángel. A ti sí te importo, tu sí me cuidas —dijo con increíble ternura.

Nos abrazamos y nos besamos de nuevo, nos dejamos envolver por una sensación de melancolía, pero, a la vez, de alegría. Nos prometimos una vez más amor eterno y nos fundimos en besos y caricias.

—Quiero hacerme un tatuaje, unas pequeñas alas de ángel con tu inicial en una de ellas —dijo Caro esa noche, desnuda entre mis brazos.

—Estás loca. Si tu padre te descubre, te matará.

—Puedo tatuarme algún sitio poco visto —murmuró sugerente, acercándose a mi oído—. ¿Lo hacemos mañana?

—No necesito que te pongas mi inicial en el cuerpo, con que la lleves en el corazón estoy más que satisfecho. Siento como si te marcaras por mí y no me gusta —añadí.

—Déjame hacerlo, quiero hacerlo... Acompáñame mañana, conozco un sitio en el pueblo —insistió con entusiasmo.

—¿Domingo? —pregunté confundido.

—Es amigo de Gael, si está en casa me atenderá.

—Está bien... aunque no necesitas ponerte la inicial, en serio.

—Pensemos donde será, mi padre no lo debe ver —dijo e ignoró mi comentario anterior.

—En el hombro, me gustan los tatuajes en el hombro, hacia la espalda... uno pequeño... es sexy.

—Bien... allí será, además en esa zona tengo una pequeña cicatriz que me gustaría olvidar. —Caro sonrió.

Y, luego de una larga noche solo observándonos, nos quedamos dormidos.



—¡Wow! Aún no entiendo qué sucedió, papi. Ella parecía estar enamorada de ti también —murmura pensativa.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien... Creo que nunca lo entenderé...

—Y yo creo que es eso lo que más te duele, la incertidumbre, la desazón.

—Puede ser...

Mientras los dos nos quedamos pensativos, su teléfono suena. Por la forma en que saluda, deduzco que es Rodrigo, así que, para que ella no se molestara en salir del estudio, me levanto y me voy.

Regreso a mi habitación, busco el libro y lo abro. Allí están los varios dibujos que hizo Caro esa noche —con un lápiz de grafito— en la hoja libre de la parte trasera de la novela que le había regalado. Quería elegir un diseño, se había puesto a dibujar varios y me los había mostrado.

También había miles de garabatos que rezaban nuestros nombres unidos con diferentes tipos de letra. Le había regañado por escribir en el libro, pero ella solo se había reído. Me llevo el libro hasta el rostro y aspiró su aroma. Nunca fue leído, solo hojeado. Pienso en qué triste sería ser un libro que nunca es disfrutado. Entonces, hago una analogía con mi vida. El libro entre mis manos es como alguien que nunca ha amado, que nunca ha sufrido. Yo, en cambio, no soy así; soy como un libro hojeado, un libro que cumplió con su misión, que vivió, amó, lloró y sintió.

Las cosas salieron mal y ella no pudo llevarse consigo el regalo. Recuerdo el dije en forma de alas de ángel cuando veo uno de los dibujos que Caro hizo al calcarlo. Esa joya tampoco se la llevó, pero yo se la regresé. No podía quedarme con eso, había sido de su madre.

Beso el libro y lo guardo en su sitio, quizá podría prestárselo a Taís un día, tal vez ella le diera vida. Es un hermoso recuerdo, es todo lo que me queda de Caro además del dolor de mis recuerdos.

Me siento sobre la cama y recuerdo ese día, el último día. Recuerdo haber pensado que, pasara lo que pasara, era mejor haberla tenido y haber compartido un año a su lado, que nunca haberla conocido.

¿Sigo pensando aquello?

Suspiro. A pesar de todo el dolor que me causó el final, no cambiaría nuestros momentos juntos. A veces, cuando algo duele mucho, tapa lo hermoso que hubo antes del sufrimiento y todo se tiñe de oscuro, pero no es así. Ahora que escribo mis mejores recuerdos, me doy cuenta de que hubo cosas hermosas, momentos felices. Nada explica su comportamiento final y la incertidumbre siempre será como un clavo en mi alma, pero no cambiaría nada y, si tuviera que volver a vivir, la elegiría de nuevo. Es muy cierto el refrán que dice: «Vale más haber amado y perdido, que nunca haber amado».

Leer en voz alta este capítulo me hizo tomar consciencia de una cosa importante: yo la amé, la amé con intensidad y le di lo mejor de mí. Si no pudo ser o si ella no lo valoró, no es mi problema, yo no soy el culpable. Hice lo mejor que pude por ella, amarla así me hizo mejor persona.

Me siento mejor, respiro y me quito un peso de encima. Años después, al fin empiezo a entender las cosas, comienzo a soltar y, cuando suelto, me libero.

El principio del fin

Taís y sus amigas decidieron viajar a una ciudad cercana por un par de días. Esas mujeres hacen de todo para animarla; en algunas ocasiones lo logran, en otras es un poco más complicado. Pero lo cierto es que les estoy infinitamente agradecido. No tengo idea de cómo retribuirles por cada gesto hermoso que tienen con ella.

La estaba esperando, en cualquier momento debería llegar. Me avisó por teléfono que estaría en casa en algunos minutos. Preparé una cena improvisada porque de seguro estaría hambrienta y agotada.

Al principio, no estuve seguro de dejarla ir, me preocupaba que no se cuidara lo suficiente. Pero me aseguró que las chicas la protegerían y que no harían nada alocado, solo descansarían porque querían cambiar un poco de aire. Lo pensé y terminé aceptando, nunca le digo que no a Taís, además, confío en sus dos amigas.

La oigo llegar.

Conversa con alguien, así que voy a la sala para observar de quien se trata. Por un instante pensé que Nika la habría ayudado a subir, pero no es ella, era Rodrigo. Es probable que Taís también le haya avisado de su llegada y por eso él está ahí, esperándola también. Estos dos son inseparables. Me alegro de haber cocinado un poco más de la cuenta.

Luego de los saludos, nos sentamos a la mesa y comemos. Ella nos cuenta del lugar al que fueron, era un hotel con *spa* y, en realidad, no salieron de allí, solo se dejaron mimar por esos días.

—Esos lugares son carísimos —exclama Rodrigo.

Yo asiento, confundido.

—Lo pagó Nika. —Taís se encoge de hombros y responde con naturalidad.

—Como que la peluquería da plata, ¿eh? —añade Rodrigo con un tinte divertido.

—Sus clientes son personas de mucho dinero —agrega ella.

Luego de cenar, dejo a los chicos solos y voy a mi estudio a terminar con un trabajo que tengo pendiente. La hora se me pasa sin pensarlo y, un largo rato después, oigo a Taís ingresar a mis espaldas.

—Papi, estoy agotada, pero quiero un capítulo hoy, ¿puedes leerlo o estás muy ocupado?

—Ven aquí. —Sonrío y le hago señas para que se siente—. Necesito algo de distracción.

Ella se mueve con cierta dificultad hasta que logra sentarse, alza la pierna enferma sobre el escritorio y se acomoda. Yo me levanto para pasarle una almohada y para tomar el cuaderno que había dejado en el librero. Y comienzo...



La mañana siguiente nos levantamos juntos, abrazados, respirándonos el uno al otro mientras sentíamos que nada podría vencernos, que juntos éramos uno solo, una sola alma, un solo cuerpo. Estábamos hechos el uno para el otro y nada ni nadie podría separarnos. No sabíamos cuán equivocados estábamos en ese momento.

Nos preparamos algo para desayunar y nos encaminamos al pueblo a buscar al amigo de Gael que le haría el tatuaje a Carolina. Yo pensaba en hacerme uno también, aunque no sabía de qué. Aun así, la idea de que ella se tatuara mi inicial me resultaba demasiado intensa y no sabía bien cómo procesarla. No me gustaban las chicas que se tatuaban los nombres de sus parejas, me parecía injusto y machista, me parecía como si fueran posesiones y yo no veía a la mujer con esos ojos. Pero entendía por qué lo quería hacer ella, y tampoco encontraba algo malo en ella. Nos amábamos y eso sería así por siempre, pasara lo que pasara.

Cuando llegamos, Matt, el tatuador, nos abrió la puerta. Reconoció a Caro de inmediato, la abrazó y le besó una mejilla. Le preguntó por sus primos y luego quiso saber a qué íbamos. Ella se lo contó y entonces él empezó a mostrarle algunas opciones.

—Esta me gusta —dijo Caro y señaló un par de alas muy sencillas, me las mostró en espera de mi aprobación.

A mí también me gustaron. Ella le pidió que pusiera dentro de una de las alas una R, a lo que él dibujó un bosquejo en un papel para ver si le gustaba el resultado. Carolina aplaudió feliz y emocionada. Entonces, Matt le pidió que le dijera donde lo quería. Y ella le señaló el hombro.

Él le mostró el sitio donde debía sentarse y ella lo hizo; luego, se quitó la blusa que tenía puesta para quedarse en sostén y darle acceso al sitio a tatuar.

Eso me dejó sorprendido, ¿acaso no tenía vergüenza de su cuerpo? Parecía cómoda allí y a mí no me agradaba que otro chico la viese tan desvestida. De todas formas, Matt pareció no fijarse o no darle ninguna importancia al asunto. Preparó sus enceres y, después de darle algunas indicaciones a Caro, empezó con el proceso.

Podía ver la cara impertérrita de Carolina, como si aquella aguja que entraba y salía de su piel a toda velocidad no le causara ningún dolor, ni siquiera una molestia.

—¿No duele? —pregunté mirándola a los ojos.

—Un poco —asintió entonces y se mordió el labio.

Me impresionaba su actitud ante el dolor; a mí, las agujas siempre me dieron miedo.

Estuvimos allí un buen rato mientras yo observaba la destreza con que Matt realizaba el trazado de forma perfecta. Las alitas eran pequeñas, el tatuaje sería muy hermoso pues era fino y delicado. La piel blanca de Caro estaba rosada e inflamada, pero ella seguía como si nada.

Una vez terminado el trabajo, Matt la acercó a un espejo grande y le colocó otro en la espalda para que pudiera ver el resultado. El rostro de Caro se suavizó y una sonrisa se dibujó en sus labios. Conforme, Matt cubrió el tatuaje y le dio las indicaciones para el cuidado del mismo.

Salimos de allí felices. Fuimos a comprar algo para comer y lo llevamos a la casa. Era cerca del mediodía y teníamos mucha hambre. Pusimos la mesa y nos sentamos a comer aquello que habíamos comprado. Almorzamos entre risas y charlas sobre cualquier cosa. Una vez finalizamos, lavamos los platos y empezamos una guerra de agua y jabón que inundó toda la cocina. Nos caímos al suelo y nos besamos sobre el piso frío y húmedo lleno de espuma. Su ropa se pegaba a su piel, me resultaba sexy.

Lo que sucedió allí fue rápido e intenso. Luego, decidimos darnos una ducha caliente. Cuando salimos, seguimos con lo nuestro en la cama antes de quedarnos dormidos. Debíamos despertar a las tres para poder salir de allí. Caro y Alelí debían encontrarse a las cinco en el mismo lugar donde la había recogido.

Estaba soñando con algo referente a una carrera de autos que podían volar cuando un sonido fuerte y seco me despertó inesperadamente. Carolina también despertó a mi lado y ambos nos miramos asustados. Ahora se oían pasos por las escaleras.

No nos dio tiempo para nada, ni para vestarnos ni para escondernos; apenas pudimos envolver nuestros cuerpos desnudos con la sabana cuando la puerta se abrió de golpe. No le habíamos echado llave porque no se suponía que entrara nadie.

El hombre de la fotografía estaba allí, observándonos a ambos y con su mirada convertida en fuego.

—¡No lo puedo creer! ¡Me dijeron que estabas aquí y lo negué a muerte! Creía que en realidad estabas en ese retiro... ¡Me mentiste! ¡De nuevo me mentiste! Y, ¿qué demonios estás haciendo? ¿Estás...? ¿Quién es este?

—Papá... él es mi novio... déjame que te explique. —La voz rota y atemorizada de Carolina retumbó en mis oídos como daga lacerante. Nunca la había escuchado así, tan... insegura.

—¡No necesito que me expliques nada, Carolina! ¡Eres una zorra, igual que tu madre! ¡Y terminarás como ella o peor! ¡No sé qué demonios hice para merecerme una hija como tú! ¡Vamos, levántate y salgamos de aquí! ¡Me das vergüenza! —El hombre se acercó a ella y la sacó de la cama estirándola del pelo. Ella lloraba y le rogaba a su padre que la dejara explicar.

—¡Señor... por favor... no la trate así! —grité yo para defenderla.

—¿Y tú quién demonios piensas que eres? ¿Quién te dijo que me puedes hablar? ¡Te estás burlando de mi hija y de seguro luego la dejarás tirada y abandonada! ¡Sal de aquí antes de que te mate! —gritó completamente fuera de sí.

—¡No, papá... déjalo! No le hagas nada, por favor —rogó Carolina mientras se ponía la ropa como podía.

—¡Señor, yo la amo! —grité también mientras me vestía con velocidad para poder seguirlos. El hombre ahora la tenía del brazo y la arrastraba hacía fuera. La estaba lastimando.

—¿Amor? ¡Ustedes no entienden de esas cosas, son demasiado jóvenes! Mejor desaparece, chico; si sabes lo que te conviene... solo desaparece. De todas formas lo ibas a hacer igual ¿O qué pensabas, Carolina? ¿Qué un chico se va a quedar contigo con lo zorra que eres? ¡El único estúpido que hizo eso con tu madre fui yo! ¿Y para qué lo valió? Y tu muchachita, ¡eres idéntica a ella!... incluso de pu... —No terminó la palabra, pero le dio una fuerte cachetada y ella sollozó.

—¡No le diga así! ¡No le pegue! —grité mientras lo seguía e intentaba que no se llevara a Caro de esa forma.

Él ya la arrastraba hacia la salida.

Corrí con fuerza y me acerqué tomándola del otro brazo. Ella sollozaba y me pedía que me fuera. Todo sucedió muy rápido, el hombre se dio

media vuelta y me prendió un puñetazo en el medio del rostro que me hizo ver estrellas multicolores. Mi nariz había hecho un crujido horrible y podía sentir el sabor metálico de la sangre atravesaba mis fosas nasales y mi garganta. Todo se ponía negro y daba vueltas, y creo que entonces me caí al suelo.

—¡No! ¡Papá! ¡Déjalo! —gritaba Carolina con desespero y su padre colocó un pie sobre mi estómago.

—¡Aléjate de ella o te voy a hundir! —amenazó y luego pisó mi estómago con fuerza. Sentí que todo el aire de mis pulmones se escapó por alguna rejilla y yo me quedé sin oxígeno. Sentí el dolor horrible de su presión en la boca de mi estómago y luego, cuando me liberó, se marchó.

No podía abrir los ojos porque me dolía y me giraba todo. Solo oí pasos, sollozos, una puerta abrirse y luego cerrarse y el sonido del motor.



—¡Papi! ¿Qué clase de hombre era su padre? ¿Por qué hizo eso? —Taís me mira con los ojos llenos de sorpresa y dolor.

—No sabría decírtelo... yo... nunca lo volví a ver. Supongo que era lógico el miedo que ella le tenía. Era una persona...

—¡Despreciable! —grita Taís interrumpiéndome—. Me indigna esa clase de gente, me hace sentir mal que te haya tratado así, ¡y a ella! Hasta ahora esa chica me cae malísimo solo por el daño que te hizo, pero nadie se merece ese trato... ¡Qué humillante habrá sido!

—Sí, así fue...

Un rato más tarde, y después de mil quejas con respecto a la lectura, Taís se despide para ir a dormir. Me dispongo a seguir con mi labor pues deseo ir a descansar, todo el día he tenido un ligero dolor de cabeza y quiero acostarme.

En ese momento recibo un mensaje.

«Todo está listo para el cumpleaños de Taís, solo quería avisarle que la fiesta será a las siete de la tarde de este sábado y lo esperamos ansiosas un poco antes. Ella llegará con Rodrigo, quien está encargado de ir a buscarla y traerla con alguna excusa», pone Nika.

«Me alegra, no sé cómo agradecerles. Allí estaré el sábado».

«Quería decirle... que cuanto más conozco a Taís, más me impresiona el buen trabajo que ha hecho con esa muchacha. Sé que su madre ha muerto cuando era pequeña, y me llama la atención que un hombre la haya sacado adelante, solo, y que lo haya hecho tan bien. No es que crea que un hombre no pueda hacer ese trabajo, es solo que ella es tan... especial. Tiene un corazón enorme».

«Lo es... No hice más que lo que debía hacer, y lo hice lo mejor que pude», respondo.

«Lo hizo genial».

Sonrío ante el último mensaje, es bueno que vean a Taís de esa forma. Quizá no lo había hecho tan mal, a pesar de ser tan joven e inexperto. Después de todo, Taís podría ser mi hermana.

Verdades que duelen

Hoy no me siento demasiado bien. En la oficina tuve que ir a la enfermería y me dijeron que tenía la presión alta, me dieron un medicamento y me mandaron a descansar a mi casa. Es el peor momento para venir a descansar, tengo muchas cosas pendientes en el trabajo y estoy muy atrasado con ello.

Últimamente estoy abrumado, entre el trabajo y los recuerdos siento que estoy siempre en el límite de mis fuerzas.

Cuando llego a casa, todo está demasiado silencioso, es temprano y no acostumbro a regresar a esta hora. Aprovecho la calma y me acuesto a dormir.

En algún momento, siento que una voz me llama, por lo que abro los ojos. Frente a mí veo a Taís con sus muletas, me mira con sorpresa.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —pregunta.

Está todavía con su uniforme de la escuela.

—Vine a descansar un poco porque me subió la presión y me mandaron a reposar.

—¿Te sientes mejor? ¿Quieres que te traiga algo? —cuestiona y lleva una de sus manos a mi frente para revisar si tengo fiebre.

—Ya tomé un medicamento y creo que me siento mejor —aseguro con una sonrisa.

—Deberías tomarte vacaciones, papi. No sé cuánto hace que no te tomas unos días de descanso. Deberías pensar en tu salud —regaña entre preocupada y enfadada.

—Ahora mismo no puedo, estamos con unos casos muy importantes; de hecho, ni debería estar aquí hoy, pero prometo que me tomaré unos días apenas lo hayamos solucionado.

—Está bien, te acepto la palabra. Me iré a bañar y a cambiar, estudiaré un poco y luego vendrá Rodrigo... Si necesitas algo, solo me llamas.

La veo partir y pienso en su fortaleza. Está mucho mejor de ánimos aunque ahora tiene mucho tiempo libre. Sin sus ensayos, está toda la tarde sin hacer nada y hay días que no sabe en qué utilizar todo ese tiempo, es entonces cuando sus ánimos decaen. Por suerte, Rodrigo y las chicas la ayudan y la mantienen entretenida.

Me volteo y me dispongo a seguir durmiendo. Me siento muy cansado.

Cuando despierto otra vez, son casi las diez de la noche. ¡He dormido muchísimo! Taís se acerca sonriente y me dice que ya ha preparado la cena. Me levanto y voy con los chicos a cenar. Luego, me despido de Rodrigo y tomo un baño caliente y largo. Cuando salgo, me visto y voy a ver si él ya se ha ido. Parece que sí.

Taís me espera sentada en la sala viendo televisión y me pide que le lea el capítulo del día.

Voy al estudio en busca del cuaderno y, al regresar, ella apaga el aparato y se dispone a oírme.



Esa tarde volví a mi casa sintiéndome un inútil, sintiéndome tan poco hombre que ni siquiera fui capaz de defender a mi chica. Imaginé por lo que ella debería estar pasando en aquel momento. Lloré de rabia y rompí cosas en mi habitación. No sabía qué hacer, me sentía impotente, frustrado y humillado.

Intenté llamarla, pero su celular daba apagado; intenté comunicarme con Alelí, pero ella también tenía el celular apagado. Supuse que el padre de Carolina le habría contado a los padres de su prima que en realidad lo de ellas había sido mentira y entonces también estaría castigada.

No tenía idea de qué hacer, necesitaba saber si estaba bien, pero ir a su casa en esas circunstancias sería una locura. Su padre era un enfermo mental, me amenazó y me golpeó. ¿Qué clase de loco hace una cosa así? ¡Un descontrolado! Con razón ella le tenía tanto miedo.

Me daba mucha pena e impotencia imaginar las cosas que debía estar viviendo, y yo allí, en mi habitación, sin poder hacer nada. Me había fracturado la nariz y el dolor era intenso, pero nada se comparaba con lo que me generaba el no poder estar con y para ella.

Los días pasaron y mi herida fue curándose, pero el agujero que estaba dejando su ausencia en mi mundo no tenía ninguna cura. Volví a la universidad con la intención de verla, pero ella no había regresado. No podía dejar de pensarla y preguntarme si estaría bien. Necesitaba verla y, si eso implicaba tener que enfrentar al padre, lo haría. Le había prometido ir al infierno a buscarla si fuera necesario y eso era lo que iba a hacer.

Esperaba que las dos semanas que habían pasado hubieran calmado los ánimos del padre y que pudiéramos hablar como dos personas civilizadas. Iba a explicarle que amaba a su hija y que solo quería lo mejor para ella. Que mi intención no era abandonarla, jugar con sus sentimientos ni arruinar su vida. Él tenía que entender que nosotros nos amábamos, tenía que aceptarlo. No éramos unos niños, teníamos veinte años. ¿Acaso él no había sido joven? ¿Acaso no se había enamorado?

A decir verdad, tenía miedo de enfrentarlo, se veía como un hombre intransigente, poderoso y temerario. Pero no iba a bajar los brazos, iba a luchar contra todos por ella.

Me vestí lo mejor que pude y, pese a mis nervios y mis manos sudorosas, manejé hasta su casa sintiendo que el corazón se me salía del pecho. Me bajé del auto y tomé aire y coraje para tocar. Caminé los metros necesarios y llamé. La misma señora de pelo canoso que la vez anterior me había atendido respondió a mi llamado.

—Buenas... vengo a hablar con el señor Altamirano —anuncié con seguridad.

La señora asintió y me dejó pasar a la antesala.

—Veremos si lo puede atender. ¿De parte de quién le digo? —preguntó.

—Rafael Montes —respondí de nuevo con tono firme y seguro.

Los minutos que esperé allí se me hicieron eternos. No venía nadie y el silencio en aquella casa enorme parecía querer tragarme. Yo repasaba mi parlamento en la mente una y otra vez, sobre todo para intentar tranquilizarme y hacerme creer a mí mismo que todo saldría bien y que hablaríamos como dos personas adultas. Después de todo, aquella vez nos encontró desnudos en la cama, ¿qué padre no se alteraría ante una escena como esa?

Un hombre mayor se apareció frente a mí, acompañado por el ama de llaves. Algunas de sus facciones lo hacían muy parecido a aquel descontrolado que decía ser el padre de Carolina, pero la verdad era que estaba seguro de que no era él. Fruncí mis cejas en desconcierto cuando el señor sonrió con amabilidad.

—¿En qué lo puedo ayudar, joven? —dijo y yo ahora las enarqué confundido.

—Necesito hablar con el señor Altamirano —repetí en un intento por entender quién era este hombre. ¿Quizás alguna especie de secretario especial del papá de Caro?

—Sí... sí. Yo soy —agregó y asintió con amabilidad.

—Pero... ¿Es usted el padre de Carolina? —En ese momento me asusté al pensar que el hombre que llegó el otro día podía ser otra persona.

¿Qué quería de ella? Pero ella le dijo «papá». Nada de esto tenía sentido.

—¿El papá de Carolina? —El hombre frunció el ceño confundido con mi respuesta—. ¿Y qué estaría haciendo aquí mi hermano? Él ha de estar en su casa —afirmó.

—Pero... ¿No es esta la casa de Carolina? —El hombre volvió a mostrar sorpresa.

—La verdad es que pasa mucho tiempo aquí, pero no, no es su casa. La casa de mi hermano es en la otra calle, en la esquina, justo frente al árbol de mango. Quizá lo encuentres ahí ahora —explicó el hombre muy amable y luego se volteó para retirarse.

Yo me quedé perplejo, anonadado. Hacía un año que estábamos de novios y yo siempre la había traído y buscado de aquí. ¿Ella me había mentado todo este tiempo?

Sin palabras y sin entender lo que sucedía, salí de la casa. Me quedé en la acera sin terminar de comprender lo que sucedía y miré a ambos lados. Vislumbré la casa de la esquina, frente al árbol de mango, y me pregunté si ella estaría allí ahora. Me inundaron las ganas de ir hasta allí para que Carolina me viera, para observar qué cara ponía.

Estaba nervioso y el desconcierto daba paso a la rabia, cerré las manos en puños y me dirigí a mi auto. Fuera cual fuera el motivo de esa mentira, yo no podría ir a enfrentar a su padre en ese momento, no estaba emocionalmente preparado para hacerlo.

A punto de subir al vehículo, sentí que una mano me apretaba el hombro. Me volteé para ver de quien se trataba; era Gael. Me miró con una sonrisa autosuficiente y entonces me habló.

—¿Se están cayendo las máscaras de mi primita?

—¿De qué demonios hablas? —pregunté enfadado y hasta cierto punto insultado por el tono que usó.

—Ella no es lo que tú crees, Rafael. Tú has visto solo lo que ella te ha querido mostrar —habló muy seguro de sí mismo.

En ese momento lo odié más que nunca. No me gustaba que nadie hablara mal de Caro y menos una persona a la que ella tenía estima.

—No sé por qué ella te quiere tanto. Eres una mala persona —espeté y me dispuse a ignorarlo y marcharme.

—Me quiere porque sabe que soy el único que siempre va a estar para ella. Porque sabe que nadie que sepa sus secretos la va a querer. Me

quiere porque yo he estado allí para ella siempre, cuando las peores cosas le sucedieron. ¡Cosas que tú ni siquiera imaginas! —gritó.

—Eres un enfermo mental, Gael. Todos piensan que ustedes tienen algo y, luego de estar tanto tiempo con ella, me he dado cuenta de que el problema no es ella, sino tú. ¡Tú tienes algún sentimiento retorcido por ella y te has aprovechado de su cariño hacia ti para manipularla siempre! —Lo grité, lo saqué de mi sistema.

Aquello que siempre había pensado, aquello que siempre había intuido. Se lo dije y su rostro se puso rojo de furia, sus ojos chispearon odio y su mano se movió de forma rápida para intentar darme un golpe en el estómago. Lo atajé a tiempo y lo miré desafiante. Él era mucho más bajo que yo, de contextura más delgada, no tenía posibilidades conmigo.

—¿En realidad eres tan iluso para pensar que ella te ama más a ti que a mí? ¡Te dejará y volverá conmigo! Como lo ha hecho siempre... con todos los demás chicos —agregó de forma despectiva y eso me dolió.

Quise quedarme y darle un golpe. No, ¡muchos golpes! Romperte la cara y vengarme por el daño que me estaba haciendo él a mí, por el daño que le hacía a Carolina. Quise incluso rematar en él mi furia por lo de su padre y por la mentira que me acababa de enterar. Pero no tenía caso, no era la forma en que me habían enseñado a arreglar los problemas. Mi padre era un irresponsable y mujeriego, pero siempre me había dicho que las cosas se solucionan hablando y que uno no es más o menos hombre porque supiera dar más golpes.

Cerré los puños con fuerza y me dispuse a entrar en el auto. Estaba por cerrar la puerta y marcharme, pero entonces él metió su pie entre la puerta y esta rebotó fuerte. Probablemente lastimándolo.

—Te voy a contar cosas que no sabes de tu amada Carolina para que veas lo que te estoy diciendo.

No quería saber, no quería escuchar lo que iba a decirme. Me daba miedo descubrir que todo había sido mentira, me aterraba lo que me podía enterar. Pero no hice nada, me quedé inmóvil con mis manos ceñidas al volante, los nudillos blancos por la fuerza que hacía y la mirada perdida en el frente.

y él habló.



La cara de Taís esta contraída cuando levanto mi vista para verla.

—¡No me puedes dejar así! ¡Tienes que leerme otro capítulo!

—No quedan muchos... —respondo y suspiro.

—¡Continúa, por favor!

Ella de verdad está ansiosa por saber lo que ocurrió, pero su teléfono suena y, luego de dudar por un instante, atiende.

—Espérame. —Me guiña un ojo—. ¿Hola?... Sí, estoy bien... No te preocupes, no es nada... es que papi no se sentía bien... Sí, está bien ahora... Okey, nos veremos mañana... También te quiero... *Bye...*

Corta la llamada y deja el teléfono a su lado.

—Era Lina, me preguntó por qué no fui a clase de maquillaje hoy, es que me esperaban para merendar. Ella también toma clases con Nika, se han hecho muy amigas.

—¿Y por qué no fuiste? —inquiero en un intento por desviar el tema.

—Porque no quería dejarte solo por si necesitaras algo. Pero las veré mañana. Es un poco exagerada, si no voy ya piensan que es porque estoy triste y demás, no me dejan ponerme triste, ya sabes —añade y se encoge de hombros.

—Me alegra, son geniales tus amigas.

—Lo son, pero... continúa, por favor —insiste.

El dolor

Lo pienso. Miro el reloj y noto que ya es tarde; Taís levanta las cejas y cruza los brazos para dejarme en claro que no piensa moverse hasta que le lea el siguiente capítulo.

—Bueno, vas a leerlo, ¿verdad? —pregunta impaciente.

—Okey...



No me bajé del auto, pero lo observé, no quería escuchar lo que me tenía que decir porque sabía que terminaría por destrozarme, pero tampoco podía moverme, estaba atónito.

—Carolina no es lo que tú quieres creer de ella. Es fantástica creando personajes que las demás personas aman. Apuesto que te ha dicho que nadie sabía lo de su bulimia: Pues mentira, todos lo sabemos, incluso su padre, que ha mandado sacar todos los picaportes de los baños de su casa para que no pudiera encerrarse allí a vomitar. Ella se encargó de negarlo, pero mi madre la descubrió y, desde entonces, la tienen bastante controlada, aunque lo sigue haciendo. ¿O creías que lo había dejado? Eso no se deja así como así, ella está enferma.

—No... ella ya no lo hace.

—Sí, claro... —Se mofó.

Quise golpearlo una vez más. Se burlaba de ella, se burlaba de mí.

—Seguro te dijo que su madre murió de cáncer, ¿no? —añade.

Me quedé paralizado ante el miedo que me producía lo que iba a decir. El brillo en sus ojos y una media sonrisa lo hizo ver macabro.

—¡Su madre se suicidó! —soltó Gael por fin.

—¿Qué? No... ¿por qué...? —Cerré los ojos con fuerza, no entendía nada no podía creer que todo fuera mentira. No entendía por qué Caro me había engañado así.

—Y para ponerte al día con todo, estoy seguro de que mi prima no te contó quien fue el que le enseñó a hacer todas esas cosas que te hacía debajo de las sábanas. —El idiota se señalaba así mismo y sonreía con autosuficiencia—. Te dije que siempre volvería a mí, y lo hará. Ella me pertenece.

Aquello terminó de fragmentar mi corazón en miles de millones de pedacitos. Me quedé perplejo ante sus palabras y quise replicarle, quise gritarle que mentía y que era un asqueroso desubicado, pero no me salió nada. Él rio divertido y se fue dando un golpe a la portezuela de mi auto.

Me quedé allí, abombado, sentía que el mundo se me caía encima, que estaba viviendo la peor de las pesadillas, que nada de eso podía ser cierto. Entré en negación. No, Caro me amaba y yo a ella, nos conocíamos hacía más de un año y estábamos juntos desde hacía mucho tiempo, nos contábamos todo, no nos ocultábamos nada. Ella era mi novia y mi mejor amiga. ¿Por qué me mentiría así? ¿Por qué me ocultaría tantas verdades? ¿Es que acaso yo no le había dado la suficiente confianza para poder decirme todo? ¿Quién era la mujer a quien amaba? ¿Quién era en realidad? ¿Acaso habría más mentiras?

Encendí el motor del auto y manejé sin rumbo, sentía las lágrimas que se aglomeraban en mi garganta y que empujaban con fuerza para salir, para escapar. Pedían a gritos que las liberara, que las dejara ser. Pisé con fuerza el acelerador e intenté que el vértigo y la adrenalina causada por la velocidad hicieran que doliera menos. Necesitaba huir, no sabía a dónde, a otra dimensión tal vez, o a una realidad alternativa.

Imágenes de nuestra historia pasaban como ráfagas inconexas por mi mente.

«Mi madre murió de cáncer».

«Mi primera vez fue con Leo... Gael me dijo que debía hacerlo, que era normal que sucediera».

«Nadie lo sabe. Mis primos, mis tíos... mi padre. Ellos no pueden saberlo».

«Tú eres mi ángel, mi ángel guardián... el que me ha rescatado del abismo, de las profundidades de mi propia existencia».

La negación se convirtió en enfado, estaba indignado, me sentía herido, lastimado, dolido. Me sentía humillado, usado... traicionado.

¡Y cómo dolía la traición! ¡Cómo dolía la mentira! Por ratos quería llamarla y gritarle, preguntarle por qué había jugado así conmigo. Y luego quería olvidar todo lo que me dijo Gael y lo que descubrí sobre su hogar... quería volver al sábado que estuvimos juntos en su casa de campo, abrazarla, rogarle que me quisiera. ¡Quería que me diera una explicación!, y sobre todo, quería poder creer en esa explicación, quería encontrar una excusa para tantas mentiras, para tanta traición.

Para cuando me di cuenta, estaba en otra ciudad, había manejado más de sesenta kilómetros y estaba desorientado. Busqué un bar, me bajé, pedí una cerveza... y luego otra más... y una última... o penúltima...

En ese estado conduje de regreso, lloroso y borracho, a toda velocidad. En un vano intento por huir de mi realidad y del dolor que sentía en ese momento.

Cuando llegué a mi casa, solo quería dormir. Dormir y no levantarme nunca más, dormir y despertarme tres días atrás. Era mejor vivir en la sombra de la mentira que sentirme dañado por tanta verdad. Me arrojé a mi cama y lloré como un niño perdido, como uno abandonado. Lloraba porque sabía que no podría perdonarla, que no tendría las excusas necesarias; que, aunque quisiera creerlas, no serían suficientes. Lloraba porque quería creerle, quería rogarle que me pidiera perdón y que me dijera que nunca más me volvería a mentir y yo... deseaba poder creerle.

Así me quedé dormido, cansado de tanto llorar, de tanto sufrir, de tanto tomar. Y desperté muchas horas después, cuando el sol ya estaba por esconderse de nuevo. Y todavía dolía, aún dolía igual.

Me metí a la ducha para sacarme el olor a alcohol y me tomé una pastilla para la resaca. ¿Cómo había llegado a mi casa anoche? Lo último que recordaba era estar ahogándome en cerveza en un bar mientras le contaba mis penas de amor a un cantinero desconocido, justo como una película.

Gracias a Dios, había llegado sano y salvo. No sé cómo lo hice.

Me recosté de nuevo en la cama y observé el techo por un buen rato. Tenía miedo de revisar mi celular y encontrar mensajes desesperados de Carolina pidiendo que fuera a verla para que me explicara todo... o no encontrar ningún mensaje.

Al final, lo encendí... y no había mensajes. Me dolió, ¿acaso no se había enterado de que su primo me había abordado y me había contado todo aquello? ¿Acaso no le importaba que me hubiera enterado así? ¿Ella no quería arreglarlo? ¿Lo dejaría morir así? ¿Tan poco valía para ella?



Taís tiene los ojos vidriosos, su corazón es tan grande que esto le afecta. Dejo el cuaderno, me siento a su lado y la abrazo.

—No lo entiendo —murmura—. Si, según lo que escribiste, antes ella parecía quererte, papi.

—Tampoco lo entiendo...

—La odio... la buscaré y le diré lo que pienso en la cara.

Río triste ante su amenaza.

—No seas tontita, no tiene sentido. Lo que pretendo es poder soltar esta historia, no busco ni venganza ni redención... solo... superarla de una vez. Ha pasado mucho tiempo y me cansa cargar con esta maleta de sentimientos.

—Lo entiendo —dice y me da un beso en la mejilla.

Nos quedamos allí por un rato hasta que cada quien se va a dormir. Me cambio y me acuesto en la cama, cierro los ojos y recuerdo el dolor que sentí ante el descubrimiento la verdad. Todavía ahora me pregunto si acaso ella y Gael... Niego y suspiro. Quizá me engañó durante todo el tiempo que estuvimos juntos. ¡Qué más da! El tiempo ha pasado y no tiene sentido quedarme atrapado en todo esto, en cosas que ni siquiera tienen respuesta.

Muchas veces quise buscarla solo para enfrentarla y que me dijera la verdad. La verdad de lo que fue, de lo que pasó. Por mucho tiempo creí que, si ella se sinceraba conmigo, yo podría cerrar esta historia, soltarla, olvidarla. Pero ¿de qué me serviría?, su verdad no hará que volvamos en el tiempo, tampoco logrará que lo que dolió antes duela menos ahora. Su verdad no hará desaparecer sus mentiras. Entonces, me doy cuenta de que nada de esto tiene sentido ya.

El sonido de un mensaje de texto me saca de mis pensamientos.

«¿Duermes?».

Hace rato no mensajeaba con Lina.

«No, acabo de acostarme. ¿Cómo estás?». Sonrío, esta mujer me cae bien.

«Bien... entusiasmada con la idea de la fiesta del sábado. ¿Vendrás?».

«Sí, ahí estaré. Sobre eso, quería darte las gracias, supongo que tú tienes mucho que ver. Nika me dijo que le diste la idea».

«Adoro a Taís, Rafael. Haría lo que fuera por ella. Tu hija tiene una luz especial, ilumina nuestras vidas. Creo que tanto Nika como yo tuvimos una juventud muy... complicada... y que ella es nuestra forma de redimirnos con la vida jajaja... o algo así. Me hubiera gustado ser tan inteligente y tan madura como ella cuando tenía su edad. Ahora que ella está pasando un momento difícil, nosotras no queremos que decaiga», responde.

«Gracias por eso. Estamos muy solos y a veces no puedo con todo. Si ustedes no estuvieran...».

«Pero estamos... Oye, muero por conocerte», añade Lina.

«Yo también quiero conocerte a ti», admito con una sonrisa que borra mis pensamientos anteriores.

«¿Por qué no nos hemos visto antes? Oh, ya sé, somos personas muy ocupadas. Pero... creo que también es porque tenemos miedo».

«Puede que tengas razón. No estoy acostumbrado a esto... digamos que soy solitario». Escribo esto con lentitud.

«¿Un corazón roto que nunca ha terminado de sanar?». Pregunta Lina y yo sonrío antes de responder.

«Algo así, ¿tú?».

«Lo mismo... Supongo que cuesta volver a confiar».

«Exacto. Pero la vida sigue...», escribo.

«Bueno, me genera mucha ansiedad la idea de verte, espero con ansias el sábado. Taís me dijo que hoy estuviste enfermo, ¿estás bien?».

«Sí, solo una subida de tensión... es normal en mí. Heredé esto de mi padre, pero no te preocupes, ya estoy bien. Gracias por preguntar».

«Bueno... hay que cuidarse. Te dejo para que descanses». Pone ella para despedirse.

«Tu igual. Nos vemos pronto».

Dejo el celular sobre la mesita de noche y pienso en Lina, quizás es un buen momento para conocer gente nueva.

Desorbitado

Hoy, viernes, me levanto con dolor de cabeza, pero decido ir a trabajar de todas formas porque no puedo seguir perdiendo tiempo. Me doy un baño y me visto para desayunar con Taís. Ella me pregunta cómo me siento y le digo que bien, no quiero preocuparla.

Cuando voy de camino, decido que es una buena idea tomarme vacaciones. Siento que mi cuerpo las necesita, el estrés está haciéndome su presa. Desde siempre, el trabajo ha sido mi droga, ha sido lo que llena mi vida, pero en estos momentos no me siento nada bien.

La verdad es que me doy cuenta de que llevo muchos años sin vivir la realidad, aferrado a un dolor, a un recuerdo, a algo que ya no existe. Me he enfocado en el trabajo y en Taís y me he dejado de lado a mí mismo. Quiero ser feliz, quiero disfrutar de la vida. Conoceré a Lina y, si las cosas se dan con ella, no temeré a entregar mi corazón otra vez.

Eso es lo que me sucedió antes, con Rebecca o con Zaira... incluso con Mabel. Salí con ellas y, cuando la cosa se puso seria, me cerré, hui solo por miedo, por no querer sufrir de nuevo. Pero eso no tiene sentido y solo me perjudico yo.

Cuando vuelvo de la oficina en la tarde, y luego de bañarme, recibo un mensaje en el celular.

«Hola, señor Cárdenas... ¿Cómo está? Quisiera saber si tendría tiempo para que yo pasara a conversar un poco con usted ahora, es sobre la fiesta del sábado».

Es un mensaje de Nika.

«Si, estoy en casa... Si quiere, puede pasar». Respondo enseguida.

«Estaré allí en dos horas. ¿Está bien? Creo que Taís saldrá con Rodrigo esta noche y entonces podremos conversar».

«No hay problema, ella todavía no llegó y desconozco sus planes, pero la espero». Escribo.

«Perdón... ¿Me podría decir su nombre para poder hacer esto menos formal?». Pregunta Nika.

«Rafael. Un gusto».

—Papi, esta noche saldré con Rodri, iremos a su casa... ¿Podemos leer ahora? — dice Taís al entrar despacio a mi habitación.

—No te sentí llegar. Sí, claro. —Sonrío y dejo el teléfono a un lado.
Le hago señas para que se siente sobre la cama y voy por el cuaderno.



Los días pasaron uno tras otro y a Carolina parecía haberla tragado la tierra. Mi cabeza era un laberinto de pensamientos inconexos que se mezclaban unos con otros sin sentido, algunos analizaban una y otra vez las situaciones en busca de una respuesta coherente que disminuyera el dolor, otros generaban culpa, algunos me gritaban que no fuera tan tonto y que me diera cuenta de una vez de que no había una explicación para esto y que era mejor aceptar la realidad de una maldita vez. Y la realidad era que ella había mentido, nunca había confiado en mí. La confianza es la base del amor, sin confianza, no hay amor de verdad.

Me estaba muriendo en mi dolor y en mi soledad, me ahogaba en mis pensamientos y no tenía a quién recurrir. Juanpi y yo nos habíamos apartado un poco porque yo no tenía más tiempo que para Carolina. Me di cuenta con tristeza de que me había alejado de todo, de mis amigos, de mi vida, de mis actividades. La había puesto a Carolina en el centro, yo giraba a su alrededor, como si ella fuera mi sol, como si no pudiera vivir sin ella.

Recordé un documental que había visto y que respondía justo a mi mayor pregunta: ¿Qué pasaría si el sol desapareciera? Las investigaciones habían dado como resultado que tardaríamos unos ocho minutos en darnos cuenta de ello, quedaríamos a oscuras y empezaría a reinar el caos y el desorden. Pero eso no sería todo, en ese mismo tiempo, unos ocho minutos después de que el sol desapareciera, la Tierra quedaría fuera de órbita, saldría disparada en cualquier dirección.

Sin el sol, el frío abrazaría al planeta de una forma impensable. Además, se acabaría el proceso de fotosíntesis, y con ello el aire se ensuciaría. Sin el sol, la Tierra se congelaría paulatinamente, de forma letal. Una semana después de la desaparición del sol, la Tierra alcanzaría los cero grados centígrados, es decir, el punto de congelamiento. Y al final del primer año, la temperatura en la Tierra llegaría a algo así como sesenta grados bajo cero. El caos reinaría hasta que ya casi no pudiéramos respirar, pues el aire se iría volviendo líquido.

No pude evitar pensar en que ese era mi destino. Sin Carolina, a quien yo había puesto en el centro de mi vida como al mismísimo sol, yo quedaba a la deriva. Sin saber a dónde ir o qué hacer. Sin ella, el frío tomaría con lentitud todo mi cuerpo, hasta que un día se congelaría mi corazón y ya no podría volver a amar jamás. Lo supe siempre, sin ella yo no podía respirar.

Esa tarde decidí salir a caminar, a buscar una respuesta en algún lugar. Y, como si el destino se burlara de mi suerte, me encontré con Laura que salía de la panadería justo cuando yo pasaba enfrente.

—¡Dios Rafa! ¿Qué te pasó?

Supongo que mis ojeras alcanzaban el suelo y que mi rostro, cansado de tanto pensar y no dormir, reflejaba mi estado.

—tola, Lau —saludé desanimado.

—yo te lo advertí, ella es devastación —dijo luego de mirarme a los ojos y ver a través de ellos.

«Sí, Laura. Tú me lo advertiste, todos lo hicieron, ella misma lo hizo. ¿Pero cómo se le explica al corazón que se ha enamorado de alguien que lo hará sufrir? ¡El corazón no entiende de razones!», pensé.

—Aja... lo sé —susurré sin ganas de discutir.

¿Acaso la gente no es consciente de lo horrible que le hace sentir a uno cuando está destruido el famoso «yo te lo dije»? Siempre me pregunté qué gana uno con eso ¿tacerle sentir peor a la persona? ¿Aumentar el propio ego autoregalándose la razón?

—¿Quieres que hablemos? Estoy libre ahora, te invito un café —dijo ella, una sonrisa tenue y compasiva se tiñó en su rostro.

Laura era bonita y agradable. ¿Por qué no me enamoré de ella?

Asentí sin pensarlo mucho, estaba en modo robot y haría lo que ella me dijera en ese momento. No quería ni podía seguir pensando y analizando cosas por mí cuenta, quizá compartir con alguien que me ayudara a observar la situación desde afuera podría ayudarme a sentirme mejor.

Caminamos en silencio hasta un Starbucks cercano y pedimos algo. No puedo recordar qué, supongo que alguna clase de café. Nos sentamos en una esquina alejada. Ella me miró con tristeza, tomó mi mano en las suyas y susurró.

—¿Qué sucedió?

Era una pregunta demasiado difícil porque en realidad yo no sabía la respuesta. Hacía un par de semanas Carolina y yo éramos inseparables e invencibles, nos amábamos más que todas las parejas de este mundo. ¿Y ahora? ¿Qué éramos? ¿Un par de desconocidos que ni siquiera se dijeron adiós?

Tardé lo que me pareció una eternidad para responderle, pero lo hice, intenté hacerle un resumen de nuestra relación y le conté lo sucedido al final de la misma. Le dije que no sabía nada de ella desde el día en que su padre la sacó de mi lado. Laura pareció meditar por horas mis palabras y luego terció:

—Deberías ir a buscarla, encararla de una vez para que te diga por qué te mintió.

—¿Lo crees? —pregunté y la miré a los ojos. Enseguida, dejé caer la mirada a mis manos, mientras jugaba con una servilleta y suspiré—. A decir verdad, me da miedo. El hecho de no ir por ella me tiene en una especie de realidad alternativa, una de negación, donde no acepto lo que sucedió y pienso que ella podría llegar en cualquier momento como si nada y todo seguiría igual...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó Laura, me observaba con compasión.

Suspiré y hundí mi rostro entre mis manos.

—¿Por qué crees que no me ha buscado? —inquirí mirándola con ojos desesperados, esperaba que me diera una respuesta que me haría feliz. Respuesta que sabía que no existía.

—Porque... o no sabe cómo aclarar todo ya que es consciente de la mentira y se avergüenza de ello... o porque no le importa aclarar nada y está mejor así.

Hasta ella sufrió con la segunda alternativa, su rostro se contrajo en una mueca de mucho dolor.

—Una vez dijiste que ella no tenía corazón y no lo entendí —suspiré. Ahora creía comprenderlo.

—Mira, Rafa. Sé que dije cosas, pero la verdad es no sé mucho sobre ella. Solo lo que se dice o se comenta. En la escuela estaba con un chico, Víctor. Era bueno y la quería bien, llevaba enamorado de ella toda su vida. Un día, nadie sabe cómo ni por qué, empezaron a salir. El chico no era demasiado lindo, pero tampoco era feo... era normal. El caso es que

ellos parecían ser felices y todos estaban contentos porque al fin se le había dado a Víctor. Iba a haber una fiesta, era un baile... no recuerdo ni por qué, pero ella estuvo con él y bailaron toda la noche. Hasta que llegó Gael con un amigo suyo. Y no sabemos cómo, pero ella terminó besándose con ese amigo al final de la noche y en el medio de la pista de baile, a la vista de todo el colegio y, por supuesto, de Víctor, quien había ido a buscar una bebida para ambos.

»Cuando él llegó, los encaró. Y ella no hizo nada, no se defendió. Se fue con ellos, con Gael y con su amigo. Y dejó allí a Víctor, humillado frente a toda la escuela. Para la siguiente semana ella ya estaba de novia con ese chico, el amigo de Gael. Y nadie supo qué pasó en realidad.

—¿Por eso dijiste que era malvada? —pregunté al recordar aquello.

Laura se encogió de hombros.

—Ahora me parece una tontería de quinceañeros, ni siquiera sé cuál fue el motivo o qué es lo que en realidad habrá sucedido. Pero era raro, todo lo referente a ella lo era. Su relación con Gael... siempre dependiendo, dejándole acercarse de formas extrañas para quienes son primos... Supongo que tú la conoces mejor, has estado un año de novio con ella. Quizás yo esté equivocada, quizás haya más cosas en el fondo. Nadie es como es solo porque sí, hay un por qué para todo. Habría que saber cuál es el de ella antes de juzgarla.

—Pero hizo lo mismo conmigo... jugó...

—Enfréntala y pregúntale... Si no lo haces, te quedarás con esa duda y no podrás avanzar. Mírala a los ojos y busca tus respuestas en ellos. Quizá sí te ama, quizá solo tiene algún problema muy profundo. Caras vemos, corazones no sabemos —agregó con una sonrisa condescendiente.

—Ojalá hubiera podido elegir enamorarme de ti —hablé con sinceridad.

—En el corazón no se manda... hubiera sido lindo de todas formas —murmuró con algo parecido a la pena o a la impotencia, bajó la vista nerviosa y jugueteó con su vaso.

¿Acaso a Laura yo le había importado más de lo que alguna vez lo aceptó?

—Sabes que puedes contar conmigo, si estás triste me avisas y vemos como distraerte. —Sonrió.

—Gracias por estar —dije tomándola de la mano. Me sentía un poco menos solo y perdido ahora que había sacado todo lo que traía dentro.

Esa noche, y luego de acompañarla a su casa, caminé sin rumbo. Mis pensamientos recordaban sus palabras e imaginaban la escena: las palabras de Caro cuando me habló de Víctor, su primer novio, y de Leo, el amigo de Gael que fue su primera vez y con el que, supuestamente, su primo la había alentado a estar. Las palabras de Gael que daban a entender que ellos habían tenido algo más. ¿Dónde estaba la verdad?



—Papi, hoy quisiera dos capítulos también, pero se me hace tarde para prepararme. Cenaremos en casa de Rodri, ¿está bien?

—Claro... Y mañana es tu cumpleaños, pequeña. No puedo creer que ya cumplas dieciocho —añado con emoción.

—¡Seré mayor de edad! —Sonríe entusiasmada—. Las chicas quieren merendar conmigo. Tú y yo podríamos almorzar.

—¡Claro! Te llevaré a donde quieras —asiento.

—¿Cuántos capítulos faltan?

—Dos más...

—¡Genial! El mejor regalo de cumpleaños será que me los leas mañana y luego cierres de una vez esa historia para buscar tu felicidad. Me lo habías prometido.

—Tienes razón...

Sonríó al verla incorporarse y caminar con sus muletas hasta su habitación. Me imagino su cara de felicidad cuando vea la sorpresa que le tienen preparada. Recuerdo entonces que, antes de que llegara Taís, mensajaba con Nika, así que reviso y tengo dos textos de ella.

«Rafael es un hermoso nombre. Significa algo así como la medicina de Dios. Hay un arcángel con ese nombre y se dice que es el patrono de los enfermos y de los novios. Yo creo que las personas con ese nombre son especiales. Si hubiera tenido un hijo, lo hubiera llamado así». Menciona.

«Rafael, disculpa... me ha surgido un problema, una clienta muy importante necesita venir porque tiene un evento de último momento. ¿Te parece si te escribo más tarde?».

Sonríó ante toda la explicación de mi nombre.

«No sabía todo aquello sobre mi nombre, gracias por la información. Escríbeme cuando desees», respondo.

Cuando Taís se marcha, me preparo algo para cenar y me dispongo a ver televisión. No hay nada... hago *zapping* y, cuando estoy a punto de apagar el aparato e irme a dormir, lo dejo en un canal de películas donde están pasando aquella vieja película: «Ciudad de ángeles».

Cierro los ojos y me imagino a Carolina recostada sobre mi pecho viéndola conmigo.

«¿Dónde estarás ahora? ¿Con quién? ¿Serás feliz? ¿Me habrás olvidado?».

Las lágrimas fluyen, las dejo en libertad. Lloro mientras recuerdo todas las escenas que había escrito en el cuaderno y muchas otras menos importantes que no anoté, pero que fueron parte de ese año que pasé a su lado. Puedo sentir la textura de sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo entre mis brazos; puedo ver su sonrisa fresca, la intensidad de su mirada verde, incluso las veces que discutimos, nuestra relación era tan perfecta y explosiva que, cuando discutíamos, también lo hacíamos con todo, pero luego nos reconciliábamos con fuerza y ganas.

Cualquier recuerdo de ella me lleva a la misma pregunta: ¿Por qué?

Cualquier recuerdo de ella termina en: ¿Eso también fue mentira?

Es fácil cerrar ciertas historias cuando el final es evidente. Pero esto para mí fue como la muerte espontánea de un ser querido, no estaba listo para el final, no estaba listo para dejarla ir porque no entendía por qué pasó todo. Es horrible tener que cerrar una historia sin que la persona te haya, al menos, explicado por qué ya no te ama, o si todo fue mentira.

Pero ya está. Demasiados años pasaron como para seguir llorando, por demasiado tiempo enterré mi vida. No quiero ser más esa sombra de quien alguna vez fui. Quiero ser el Rafael fuerte, aquel que era arriesgado, el que adoraba coquetear. Quiero encontrarme a mí mismo, encontrar el rumbo de mi interior desorbitado y volver a encausarlo, volver a ponerlo en órbita.

No necesito un sol, yo debo ser mi propio sol. Yo debo cerrar esto y levantarme, debo hacerlo por mí, por Taís que me lo está pidiendo. Debo guardar a Carolina en lo que fue, el pasado.

Me seco las lágrimas y abro los ojos. Creo que no he llorado así en muchísimo tiempo, me siento libre, con un peso menos.

Mi celular suena, un nuevo mensaje.

«¿Estás?».

«Hola, Nika... Estoy. ¿Te desocupaste ya?». Pregunto.

«Sí, era la esposa de un político, no le podía decir que no. Ya sabes, la gente de mucho dinero siempre piensa que es dueña del mundo y de los demás». Responde ella.

«Muy cierto... ¿En qué puedo ayudarte?».

«En realidad, era una tontería, quería regalarle algo bonito a Taís y quería hablar contigo para que me dieras ideas. Y, además, tenía mucha curiosidad por conocerte. Taís habla maravillas de ti... Y bueno, contarte como está todo para mañana». Admite ella.

«No sé qué dirá Taís, yo no tengo nada de especial. Sobre el regalo, creo que a ella le gustará cualquier cosa... Tú eres alguien muy especial, eres como su ángel de la guarda o como un hada madrina. Supongo que lo que le des estará bien».

«Bueno... pensaré en algo especial, aunque con eso ya me has dado una idea. Me interesa que ella mañana se sienta bien, que se sienta feliz».

«Gracias por todo... Nos vemos mañana, ¿sí?».

«Lo espero ansiosa. Que descanses». Se despide Nika.

Despedida

La mañana del sábado me levanté temprano y fui hasta la habitación de Taís con una bandeja de desayuno que había ordenado por internet la noche anterior y que acababa de llegar. La desperté y la abracé, le di un beso en la frente y luego la ayudé a acomodarse para desayunar como una princesa: en la cama.

—¡Eres un sol! —exclama ella con una sonrisa antes de empezar a comer—. Cada año, al despertar el día de mi cumpleaños, pienso en lo agradecida que estoy con la vida, papi. Quizá Dios se llevó a mis padres, pero me dejó contigo, y tú has sido el mejor padre que cualquiera pudiera desear. Te amo, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pequeña, lo sé. También pienso que tú eres el mejor regalo que la vida me dio, no sé cómo hubiera sido mi vida sin ti —admito.

—Ahora que soy un poco más grande, me doy cuenta de todo lo que has hecho por mí. Eras solo un chico, pero asumiste ser el padre de una preadolescente cuando ni siquiera habías terminado de vivir tu juventud. No imagino cuántas cosas sacrificaste por mí. No me daría la vida para agradecerte.

—No tienes que hacerlo, Taís. Las cosas que se hacen por amor no se agradecen. Tú también me has ayudado a sanar heridas, a luchar en la vida. Y tus amigas me hablan de lo excelente que eres, esa es la mejor recompensa. Imagina a Carolina, también se crio sin su madre, sola, con su padre que le hizo mal, por eso ella terminó siendo lo que fue... y ni siquiera sé qué fue. En cambio, tú eres genial, es mi mejor logro, mi mayor recompensa. Quizá no lo hice tan mal. —Sonrío.

Ella me abraza, pero no responde. Comemos en silencio por un rato; al terminar, me levanto y voy por el cuaderno.

—¿A dónde fuiste? —pregunta Taís curiosa mientras come unas magdalenas de vainilla.

—A buscar esto. Debemos terminarlo, quiero cerrar esta historia hoy, aquí, contigo.

—¡Me agrada como suena eso! —dice y aplaude.



Ya no podía con todo: la negación, el enfado, la rabia, el enojo y el dolor, eran tragados por la incertidumbre y por la ansiedad que me producía la ausencia de respuestas.

Decidí ir a verla, buscarla y mirarla a los ojos. Que me dijera la verdad... su verdad.

En la mañana junté todo el coraje que necesitaba para hacerlo. No fui a clases porque supuse que Carolina tampoco iría, llevaba sin asistir más de tres semanas. Pensé también que su padre estaría en el trabajo en las mañanas, lo que me dejaría un poco de luz para poder hablar con ella sin que me echaran a patadas.

Fui en mi auto, conduje despacio, quería alargar el camino lo más posible. Iba decidido a mantenerme firme... y fuerte. A no dejarme humillar más, a no dejar notar mi dolor. Necesitaba ver el de ella. Necesitaba entender algo.

Estacioné frente a su casa. Era una mansión enorme y bella, pero se notaba fría y triste. No pude evitar hacer una analogía con ella. Me bajé y llamé a la puerta. Me atendió un hombre de mediana edad en su uniforme de mayordomo.

—¿Está la señorita Carolina? —pregunté.

El señor asintió.

—¿De parte de quién? Veré si lo puede atender.

Pasé un año siendo su novio y nadie sabía de mi existencia en esa casa. El hombre me hizo pasar al recibidor y se retiró para ir a buscarla. Yo no le dije que era yo, le dije que era un amigo de su primo.

Me paseé por la casa fría e impersonal. No había muchas fotos, las paredes eran blancas e impolutas, había alguna que otra pintura, probablemente de algún artista contemporáneo muy famoso, y muebles modernos y de estilo minimalista.

—¿Rafael? —preguntó ella al verme.

El sonido de su voz encendió todas mis alarmas, las barreras que había creado para que no me doliera verla empezaron a caer como fichas de un

Dominó. Yo estaba de espaldas a ella y no quería darme la vuelta, no quería verla a los ojos, tenía miedo de lo que podría ver en ellos... o no ver más en ellos.

—Aún sabes mi nombre, por lo que veo. —Me obligué a mostrarme fuerte.

—¿Por qué dijiste que eras amigo de mi primo? —preguntó con tono ofendido.

Me sorprendí ante sus palabras. Me volteé con lentitud para verla. Estaba vestida con una falda corta negra y una blusa azul, su pelo despeinado estaba suelto de forma natural, enmarcando su bellissimo rostro. No traía zapatos. Se veía inocente, sin ningún grado de maldad en el alma... y había dolor en sus ojos verdes.

—¿En serio me vas a cuestionar eso? —Luché por no derrumbarme, por no correr y abrazarla.

Ella bajó la vista y movió uno de sus pies, frunció sus labios, cerró los ojos y suspiró.

—¿A qué vienes? —preguntó.

La miré confundido. ¿En serio me estaba haciendo esa pregunta?

—Necesito que me digas la verdad —respondí casi sin pensar.

—La verdad es que... ya no quiero seguir con esto —dijo fría, impersonal, tan distante como cuando la conocí. Lejana, inalcanzable. Sus ojos buscaron los míos, pero no decían nada, eran de hielo.

—¿Qué? Mira, Carolina. Necesito que me aclares las cosas que me dijo Gael. —Prácticamente rogué porque necesitaba saberlo todo, necesitaba que me dijera que era mentira y lo que ella me había dicho era la verdad.

—No tiene caso que sigamos hablando, Rafael. Estoy algo ocupada ahora y... será mejor que lo dejemos así.

Esa fue la gota que colmó mi vaso, la que me hizo rebotar y sacar de adentro toda la rabia y el dolor que sentí durante tres largas semanas.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Has estado jugando conmigo! No puedo creer que seas tan mala persona, Carolina. No puedo creer que me hayas hecho esto... Jugaste conmigo y yo solo quise amarte, estar ahí para ti, darte la mano. ¡¿Quién demonios eres?! ¡Perdí hasta a mis amigos por ti!

¡Lo dejé todo! —yo gritaba desesperado y ella me miraba impasible... imperturbable.

—Yo nunca te pedí que lo hicieras, lo hiciste porque quisiste. Lo siento si has perdido a tus amigos, quizá puedas recuperarlos aún.

La miré a los ojos en busca de algo en ellos, de una chispa, de ese amor con qué solía mirarme. ¿Quién era esta persona tan inflexible y fría que me observaba como si le estorbara cuando hasta hacía un mes atrás soñábamos con una vida juntos?

—¿En serio? ¿De verdad estás haciendo esto? ¿Quién eres, Carolina?

—Nadie... y tú deberías olvidarte de mí. Te lo dije desde el inicio y no me escuchaste. Ahora vete, vete y olvídate de mí. Recupera tu vida, a tus amigos, a tu gente. Ya no pierdas más el tiempo conmigo.

—¡No me digas eso! ¡Mírame a los ojos y dime que no me amas más! ¡Dime que nunca lo hiciste! —rogué. Me acerqué y la tomé por los hombros con fuerza, zarandeándola un poco para que despertara de ese letargo e impasibilidad.

Ella me miró, una pizca de dolor en sus ojos se hizo presente, pero luego desapareció. No habló, no dijo nada... solo estaba allí, como si nada.

Me dolía, me dolían su indiferencia y su frialdad. Quería rogarte que despertara, que me viera, que recordara lo que hablábamos. Quería besarla y preguntarle si acaso no extrañaba mis besos como yo los suyos, si acaso no necesitaba mis caricias, mis abrazos. Quería rogarte que me amara como yo la amaba.

Nunca pensé ser capaz de amar tanto como para humillarme y rogarte a la otra persona que me amara solo un poco.

—¿Todo fue mentira? —pregunté con dolor.

Ella tardó en responder.

—No, pero no puedo más seguir con esto. Me cansas, me abrumas... me superas. No... puedo amar así... Eres la persona a la que más amé, pero también la que más me... cansó. Estoy harta de esto, estoy harta de ti. Ya no quiero estar contigo, no te quiero volver a ver.

Sus palabras fueron como una daga envenenada que se insertó en mi corazón. Primero dolió al ingresar, afilada y profunda. Y, luego, el veneno de sus palabras colmó mi sangre, mi corazón, mi alma... mi vida.

Miré una vez más dentro de sus ojitos verdes, esos que brillaban cuando me veía luego de un beso o cuando me decía que me amaba, que yo era su ángel guardián. No había nada en ellos, solo el frío y la distancia. Ni siquiera podía reconocermme en esos ojos.

La solté con lentitud y caminé de espaldas sin dejar de mirarla con dolor, con el alma desgarrada, con el corazón en sus manos, estrujado y ensangrentado. Traía en mis bolsillos el dije que me había regalado, el que dijo que perteneció a su madre. Lo dejé en una mesa antes de dar media vuelta y abandonar ese sitio para siempre. Ya no pertenecía allí, de hecho, nunca lo hice, pero lo creí... como todo lo que ella me había dicho. Como creí que me amaba, que yo era todo para ella. Volteé para salir corriendo de esa casa que parecía una cárcel de lujo.

Y salí.

Un viento fresco golpeó mi rostro y solo quise correr, correr lejos, rápido, cansarme... y caer rendido en el suelo. Que el cuerpo se me agotara tanto que ni siquiera pudiera sufrir ya todo el dolor que sentía. Pero no corrí, me metí al auto y suspiré, aferrado al volante; las lágrimas fluyeron sin piedad, dejé caer mi cabeza en el respaldo.

¡Dios, cómo dolía! No sé qué es lo que más lastimaba, si el desamor, la mentira, la humillación, la traición, la rabia o la impotencia por el sentirme usado, un juguete. El sentirme idiota por haber creído, por haber querido. No sabía qué era peor, odiarla o seguirla amando. Olvidarla o esperar que el tiempo pasara y ella volviera con alguna explicación que calmara mi dolor.

Esa fue la última vez que la vi. Y su mirada fría quemó mi corazón. Porque no solo el fuego quema, también el hielo quema.



—Me duele mucho. Qué amor tan grande... —suspira y me mira con compasión.

—Sí, creo que podría decirse que fue el amor de mi vida. Me marcó para siempre.

—Lo siento, papi... ¿Hay uno más? —pregunta.

Asiento en silencio.

—¿Lo leemos ahora? —pregunto.

—Sí, pero antes quiero decirte que estoy orgullosa de ti —dice ella para hacerme sonreír—. Ahora sí, por favor.

El final

Tomo aire y veo la última página de mi cuaderno. Taís me mira ansiosa y me hace un gesto con las manos para que continúe.

—Este es el final de este libro, sería como el epílogo —digo, ella sonrío y asiente.

—Lo que espero es que sea el final definitivo de esta historia de sufrimiento, papi. Una persona que ama como tú no merece sufrir así.

—Quizás es por eso mismo que sufro —digo antes de comenzar a leer.



Supongo que hay gente que deja huellas muy grandes en nuestras vidas. Quizá, si nuestra historia hubiera terminado diferente, un poco como cualquier otra —por una desilusión, por un engaño, o porque ambos nos cansamos de estar juntos, porque cambiamos, o porque ya no nos amábamos— hubiera dolido menos, hubiera sido más fácil aceptarlo.

Pero lo que más desgarraba es cuando, algo que parecía perfecto, solo deja de serlo de un día para el otro. Esto fue como la muerte, llegó sin aviso. Como alguien que hoy está y mañana ya no... y no te acostumbras a resignarte a una vida sin ese alguien, y lo recuerdas en cada cosa, en cada momento, en cada lugar. Y te preguntas, sin respuestas...

Sé que el problema no era de ella, sino mío por no poder soltar el dolor. Ella estará haciendo su vida quien sabe dónde, quién sabe con quién. Quizá se convirtió en una bella y hermosa mujer, madre de uno o dos niños que tienen el color de su cabello o de sus ojos. Quizás está casada y enamorada de su esposo, quizá le encanta despertarse cada mañana en sus brazos y dormir abrazada a su cuerpo.

Y está bien porque, pese a todo, yo siempre quise que ella fuera feliz, y espero que todo en su vida haya ido genial y que no haya tenido que sufrir lo que yo.

Recuperarme de aquel suceso. Me costó levantarme, me costó creer en mí después de que la persona que más amaba no lo hizo. Me costó superarla o, mejor dicho, creo que nunca lo terminé de hacer, por eso estoy hoy aquí, escribiendo esta historia en un intento de soltarla, de liberarme de su recuerdo para poder continuar, para poder volver a sonreír.

La vida luego de su abandono me resultó complicada, llena de preguntas sin respuestas, llena de incertidumbre e impotencia. No supe cómo encaminar de nuevo mi camino, mi tierra desorbitada después de la desaparición de mi sol. Me enfoqué en lo único real que tenía: los estudios.

Leía y estudiaba día y noche, cualquier cosa servía para acallar mis pensamientos. Durante un tiempo intenté salir, buscar chicas que me

distrajieran, pero todas tenían algo de ella, todas me recordaban a ella, así que lo dejé y volví a los libros de derecho, a las leyes y a los contratos.

Carolina nunca volvió a la universidad y no supe qué fue de su vida hasta que me encontré por casualidad con Alelí en una tienda del centro. Yo había tratado de evitar todo contacto con cualquier cosa que me la recordara, pero aquella vez fue inevitable.

—tola... —saludó ella y se mordió el labio inferior.

Supongo que le generaba alguna especie de lástima, como a todos los que sabían o asumían que yo había sido una víctima más del huracán llamado Carolina que, según Laura, destruía todo a su paso.

—tola... ¿Cómo estás? —Sonreí en un intento por parecer entero, para que no viera el dolor que aún me causaba la ausencia de su prima.

—Bien... ¿tú? —preguntó ella con ternura.

Era bonita y muy parecida a Carolina.

—Bien... un gusto verte. —Iba a despedirme, pero entonces sin poder controlarme le pregunté—. Ella... ¿está bien?

Alelí se encogió de hombros y se volvió a morder el labio, bajó la vista al suelo y miró la punta de sus zapatos.

—Supongo... No lo sé, vive lejos ahora.

No quise preguntar más, no quise saber más. Solo asentí y luego me volteé para marcharme, entonces, ella me llamó.

—¡Rafa! —Me giré a mirarla.

—Ella... te amó, mucho —dijo su prima.

No supe qué decir. Me volteé para seguir por mi camino e intentar contener las lágrimas que esas cuatro palabras significaron para mí.

Esa siempre había sido mi duda, esa fue la daga que atravesó mi corazón y que se quedó allí: «¿Acaso ella me quiso alguna vez?».

Cuando uno se da cuenta de que la persona a la que amaba ha mentido en tantas cosas importantes, cuando esa persona te despide de su vida como si fueras nada. ¿Qué se hace con todo el amor que todavía se tiene para dar? ¿Qué se hace con todos los recuerdos? ¿Dónde se guardan las preguntas sin respuestas? Al final, todo te lleva a esa pregunta principal que se repite en tu mente una y otra vez: «¿Acaso ella nunca me amó? ¿Eso también fue mentira?».

Y ahí estaba Alelí, la única que quizá la había conocido más o menos bien, dentro de lo que ella se dejaba conocer. Me decía que su prima me había amado mucho. Y eso me llevaba a plantearme todo de nuevo. Si en verdad me amó, ¿por qué hizo lo que hizo? En mi mundo el amor y la mentira no se llevan bien, no son compatibles, no tienen relación. Si ella me amó, ¿por qué me echó así de su vida?, ¿qué fue lo que hice mal?

Por mucho tiempo no dormí en las noches mientras intentaba responder preguntas. Por mucho tiempo la culpé a Carolina de todos mis fracasos y por mucho tiempo me culpé a mí mismo. Pero no tenía sentido, la vida seguía y, a pesar de haber perdido mi sol, de que se me había congelado el corazón con su ausencia, a pesar de todo, seguía en órbita; quizá girando perdido por la galaxia, quizá con la temperatura bajo cero... pero seguía allí. Y debía salir adelante por mí... para mí.

Las cosas se complicaron en mi entorno familia y tuve que salir de mi «yo» para preocuparme por los demás. La relación de mi hermana mayor y su marido empezó a complicarse y ella, sin poder superarlo, regresó a las drogas. Aquello trajo infelicidad a toda la familia, mi padre se ausentó aún más. Mamá se encargó de Taís como pudo y Ximena decidió perderse en su burbuja adolescente. Yo tuve que ayudar a mamá, me dediqué a cuidar de mi pequeña sobrina mientras mi madre intentaba rescatar a mi hermana. Pero entonces, una noche, Alejandra y su marido se mataron en un accidente; habían salido a una fiesta, ella conducía de regreso. Todo indicó que él no se percató de que ella había consumido drogas en la velada.

Mamá entró en depresión y papá se alejó incluso aún más, si eso era acaso posible. Taís quedó a la deriva con solo siete años; yo, solo tenía veintitrés. Me dediqué a cuidarlas a ambas: a mamá y a Taís, a intentar que la vida de esta última fuera lo más normal posible. Por mi cabeza pasaban las horribles cosas que habían sucedido en la vida de Carolina solo porque su madre se había suicidado y la había dejado sola. No quería que mi sobrina terminara igual, no quería que un día fuera como ella.

Con el tiempo, ella se apegó a mí; yo volvía a ser el ángel guardián de alguien, así que solo me enfoqué en ella.

Cuando Taís tenía diez años, quiso venir a vivir conmigo. Mamá estuvo de acuerdo, ella estaba cansada y peleaba con la depresión en la que la

había sumido la muerte de mi hermana y lo que ella consideraba era su fracaso como madre.

Llegamos a casa poco después. Taís, con sus dos colitas y su maleta morada, ingresó a mi departamento, la acompañé a su habitación. Era la de huéspedes, pero ella solía usarla cuando se quedaba a dormir conmigo. Yo tenía solo veintiséis en ese entonces, pero la vida me había hecho madurar a la fuerza, llevaba dos años trabajando con papá, así que era capaz de mantenerme a mí y a Taís. La sacaré adelante... Ella era mi fuerza y yo sería la de ella.

—Saldremos adelante, pequeña. Lo sabes, ¿no? —pregunté ese día. Dejé sus maletas sobre la cama para que desempacara—. Decoraremos esta habitación con bailarinas si quieres.

Ella bailaba desde los tres años y era lo único que no había cambiado en su vida.

—Gracias por traerme aquí, tú eres como un ángel guardián para mí —declaró.

Sonreí, de nuevo alguien que me decía aquello. Pero, esta vez, era alguien que valía la pena, que no me abandonaría. Era mi familia, era todo lo que yo tenía y yo era todo para ella.

—Tú sabes que te amo, nunca te faltará nada a mi lado.

—Quisiera decirte papá, porque eres como uno para mí, pero me da miedo que mi papá se enoje o sienta que lo traiciono... —dijo y frunció el labio encogiéndose de hombros.

—No hace falta, no necesitas hacerlo...

—¿Puedo llamarte papi? Es parecido y a él no le decía así... Tú eres mucho más que un tío para mí.

—Claro que puedes, Taís... tú también eres mucho más que una sobrina. Si hubiera tenido una hija, me hubiera encantado que fuera como tú —dije abrazándola.

Ella sonrió.

—Puedes tener hijos más adelante, eres joven, pero no me cambies nunca... por favor —pidió todavía sumida en el fuerte abrazo.

—Seremos siempre solo tú y yo —prometí.

Y era cierto. No quería volver a amar, no quería volver a sufrir. Saldría adelante con y por Taís, era suficiente para mí.

De eso hace ya siete años. Ella se convirtió en una bella jovencita y hemos salido adelante juntos. Nos escuchamos, nos hemos contado nuestras cosas, hablamos sobre todo tema y nos apoyamos mutuamente. La vida nos ha quitado mucho, pero nos ha puesto el uno al lado del otro para darnos fuerzas y ayudarnos a caminar.

Aun así, todavía siento el peso en mi alma, el dolor de lo que pudo ser y no fue. La carga de las preguntas sin respuestas y la tristeza de que mi amor no valió para nada. Me siento en cierta forma solo y roto, pero no quiero seguir así. Quiero superar esto de una vez. Por eso estoy aquí, escribiendo el final de este libro en el que quise plasmar un poco de mi historia para ver si, al traspasarla, el dolor salía por la tinta y se alojaba en el papel, dejándome un poco más libre.

hoy necesito terminar aquí, necesito soltar a Carolina, dejarla ir... perdonarla. Necesito olvidar todo el dolor y guardar solo los recuerdos buenos en mi corazón. No puedo amar si no puedo soltar el pasado, no puedo amar si no puedo superar el dolor. Y no es que quiera amar a alguien en especial. Necesito amarme a mí mismo y, para ello, quiero liberar mi alma. Terminar esta tortura que ya ha durado demasiado.

Así que hoy cierro esta historia, termino este libro y aquí se queda todo mi dolor, mi pasado, mis recuerdos y también mi amor.



Taís no dice nada, me abraza en silencio. Nos quedamos allí un buen rato; algunas de mis lágrimas se vuelven a escapar y ella se aleja para mirarme con dulzura. Las seca con sus dedos y me sonrío.

—Nunca te vi llorar. —Me vuelve a abrazar—. Ella no se merece que sigas sufriendo. Estoy orgullosa de ti por haber podido hacer esto, por cerrar esta historia. Sé que estarás bien, mereces ser feliz.

—Quiero darte algo —murmuro y voy en busca del libro aquel que le había regalado a Carolina por nuestro aniversario. Cuando vuelvo, se lo paso—. Este es el libro que le regalé la última vez que estuvimos juntos. No sé ni de qué se trata, no sé si es bueno o no, pero está lleno de ella, de sus garabatos. Y es todo lo tangible que me queda de nuestra relación. Quiero dártelo, quizá tú lo leas... tal vez no lo hagas..., pero es un gesto simbólico, quiero deshacerme de él.

—Bien, papi. Eso está bien. Gracias por dejarme ser parte de esto, por permitirme ser testigo silencioso de tu historia. Ahora seré testigo de cómo vuelves a brillar.

Cuando Taís termina de desayunar, llevo la bandeja a la cocina y le digo que me iré a bañar. Se supone que vamos a almorzar juntos y luego yo la dejaré en la casa de Rodrigo, desde donde irá al salón de Nika para su fiesta, aunque ella piensa que va para merendar.

También ya me ha pedido permiso para quedarse a dormir en lo de Nika esta noche.

Yo necesito estar un rato solo. Me meto bajo la ducha y dejo que el agua caiga sobre mí. Y pienso una vez más, que ahora sí todo ha acabado.

El haber hecho este camino me ha ayudado a entender muchas cosas. No debí juzgar a Carolina como lo hice a causa del dolor que superaba todo el entendimiento. Éramos dos niños, dos jóvenes que jugábamos al amor, quién sabe qué verdades la obligaron a crear ese mundo de mentiras en el que vivía.

Observo el agua escurrirse en la rendija y deseo que todo el dolor de mi alma se vaya por allí. Todos los malos recuerdos, todo el rencor. Pienso en voz alta, como si la tuviera enfrente, me despido de ella por primera vez y la suelto:

—«Ya está, mi hermosa Carolina, debo dejarte ir, debo soltar nuestra historia porque ya no estás aquí... No puedo decir que nadie te amará como yo, porque espero de corazón que alguien lo haga, que seas amada y valorada. Que alguien haya

encontrado la forma de llegar a ti. Pero sí puedo decir que yo no amaré a nadie como te amé a ti. Y hoy decido terminar esto, olvidar el odio, el rencor, olvidar lo malo y guardar dentro de mí solo lo bueno. Las sonrisas que me regalaste, tus caricias, tus besos, tus palabras para mí... Lo guardaré en un rincón de mi corazón donde siempre estará tu nombre, donde siempre estarás tú... y donde el recuerdo de lo que fuimos será por siempre todo lo que me queda de ti».

La fiesta sorpresa

Taís

Me quedo pensando en la historia de papi. Cuánto amó a esa mujer, cuánto la quiso. Abro la portátil y me dispongo a buscar en Facebook a la mujer que lo dañó así. Quiero encontrar una foto de Carolina Altamirano y ver su cara.

Encuentro muchas personas con ese nombre, pero ninguna encaja con la descripción, la edad o el lugar de nacimiento. Busco a Alelí y tampoco la encuentro por ese nombre... ni a Gael. ¿Dónde está esta gente?

Suspiro. Se me hace tarde, debo bañarme y vestirme. Con esta pata de palo soy muy lenta.

Las cosas no han sido fáciles para mí, pero hoy me siento bastante bien. Estoy esperanzada y feliz porque no me siento sola. Tengo amor por todas partes. Rodri es un sol, papi es el mejor papá que pude haber tenido, Paty es mi amiga incondicional y las chicas... Dios, no sé qué haría sin ellas.

Cuando me termino de bañar y de vestir, preparo el bolso para pasar la noche en lo de Nika. Nos quedaremos allí las cuatro, Paty también está invitada. Meto una muda de ropa, el pijama, y también el libro que me dio papi, quizá pueda darle una hojeada antes de dormir.

Él me deja en casa de Rodrigo un rato más tarde; mi novio me espera con una sorpresa. Es un pequeño perrito de raza *Yorkshire toy*. ¡Lo amo!, es hermoso y tierno. Mueve la colita y me da lengüetazos en la cara. No sé si podré quedármelo porque no sé si en el apartamento se permiten mascotas, pero Rodrigo dice que él puede tenerlo en su casa si es que está prohibido y que podemos ir a verlo todos los días. Lo abrazo y lo beso, estoy enamorada, muy enamorada.

Me quedo viéndolo a los ojos y él me mira con una sonrisa. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y, por un instante, pienso cómo sería pasar por lo mismo que pasó mi tío. Sería horrible y doloroso... y eso que no llevo con él ni la mitad del tiempo que papi llevaba con Carolina.

—No te quiero perder nunca —digo.

—Ni yo a ti —responde él y me besa.

Nos quedamos juntos toda la tarde. Teníamos planeado salir, ir al cine y divertirnos, pero prefiero quedarme en su cuarto, escuchar música y besarnos. Hablar sobre nosotros, contarnos nuestras vidas e imaginar un futuro.

Decido contarle mi historia, es mi novio, el chico del cual estoy enamorada, y creo que tiene derecho a saber. Es el único que sabe —además de Paty— que papi es en realidad mi tío, no mi padre. Pero hoy decido contarle toda mi historia, le hablo de mi madre y de las drogas, de mi padre y de la muerte de ambos. No les he contado esto ni a Nika ni a Lina, ellas creen que papi es mi papá y yo con eso estoy bien. Odio contar lo de las drogas, creo que es algo que yo aún no supero, me avergüenza demasiado.

No suelo hablar del tema porque duele... siempre duele. Cuando lo hago, me siento igual que cuando era niña y asumí lo sucedido. Perdida, a la deriva. Pero él solo me abraza y me da besos en la frente; ya no me siento tan sola, ni tan perdida, ni tan pequeña.

Odio tener que asumir que mis padres murieron por la adicción de mi madre. Soy una chica fuerte y positiva, porque así tuve que ser para salir a flote luego de la pérdida más grande que una persona puede tener en su vida. Y aun ahora —que me encuentro atravesando otro de los momentos más difíciles, pues tener que dejar de bailar es tener que renunciar a mis sueños—, nunca me he sentido tan mal como cuando ellos murieron.

Yo era chica, ellos eran todo lo que yo tenía en la vida. No entendía las cuestiones de los adultos, no sabía que mi madre tenía problemas. Como para todo niño, ellos eran mi comienzo y mi final. Y, cuando se fueron, yo ya no tenía a nadie. Estaba sola y sentía que me habían abandonado.

Me aferré al tío Rafa porque era él quien se preocupaba en realidad por mí, me compraba juguetes y me llevaba a danza. Mi abuela había querido que dejara el baile y él dijo que no, que él se encargaría. Él me compraba los trajes, pagaba las cuotas y los festivales, él me hacía los rodetes e incluso me llevaba a la peluquería o junto a sus amigas para que me maquillaran cuando había una presentación. Él estaba allí siempre, en primera fila con una margarita para mí. Porque esas son mis flores favoritas. Él fue como mi salvavidas en medio de la tempestad. Y cuando mi abuela me dejó ir a vivir con él, me puse inmensamente feliz.

Nos adaptamos a vivir juntos; él siempre respetó mis espacios, mis tiempos, mis momentos. Nunca me levantó la voz, pero siempre me habló de todo, lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Sí... Carolina tenía razón, él es como un ángel guardián, lo había sido para ella y lo es también para mí. Creo que odio a esa chica por romperle el corazón a mi tío, por haberlo dejado en pedacitos, aunque tengo la esperanza de que ahora lo pueda juntar y logre volver a armar.

Le cuento también su historia a Rodri, a grandes rasgos. Y él me escucha atento. Me encanta eso de él... cómo me mira cuando le hablo, como si yo fuera todo lo que le importa en este mundo.

Así, la tarde se nos pasa volando, y cuando estamos por ir a lo de Nika, recibo una llamada de papi.

—Taís, surgió algo... Es la abuela, se cayó de las escaleras y parece que se ha roto la cadera. Tendré que ir a verla, pero prometo volver mañana. ¿Estarás bien?

—¡Claro, papi! Ve tranquilo y mándale mis saludos...

—Dios, Taís... perdóname...

No entiendo por qué me pide perdón. O no lo entendí hasta que llego a lo de Nika.

Ahí están todos: Paty, Nika, Lina, mis compañeras de danza y de colegio. Ahí hay una fiesta preparada para mí. ¡Una fiesta sorpresa!

Me pongo muy contenta y, luego de saludar a todos, pasamos a comer y a disfrutar. Me pongo a hablar con unos y con otros sin alejarme demasiado de Rodri. En un momento, Nika y Lina bajan el sonido de la música y llaman la atención de los presentes.

—Taís es una muchacha brillante, es una buena hija, una buena amiga y una buena novia —dice Lina guiñándole un ojo a Rodri, todos ríen—, y nosotras, con Nika —mira a Nika quien asiente con una sonrisa—, queremos hacerle un regalo muy especial.

—Taís nos ha llenado la vida de alegrías y de esperanzas a Lina y a mí —continúa Nika—, es como la hija que quisiéramos tener, aunque claro, somos demasiado jóvenes para tener una hija de su edad —bromea y los demás ríen—. Pero ella está pasando por un momento difícil ahora... tener que renunciar a un sueño es algo muy doloroso; aunque no sabemos si tendrá que renunciar del todo, al menos lo debe posponer. Sabemos que Taís ama bailar y pensamos que la vida es una eterna danza. Ahora en la vida de Taís, hay que cambiar de música... hay que cambiar de ritmo.

—Pero nunca hay que dejar de bailar, ¿no es así chicas? —dice Lina mirando a mis compañeras de danza que asienten—. Por lo tanto, hemos preparado una sorpresa que esperamos que te guste... —me mira a mí—. Una sorpresa para que puedas seguir haciendo algo que amas.

—Porque no queremos que dejes de brillar —agrega Nika.

Entonces ellas dos nos guían a todos hasta una sala. Una que antes estaba vacía pero ahora tiene piso de madera, barras, espejo y un equipo de sonido. Un pequeño

salón de baile.

—Aquí podrás enseñar a niñas. De hecho, ya tienes cinco pequeñas alumnitas inscritas, hijas de clientas de la peluquería —añade Nika.

Me pongo a llorar. Es hermoso.

—No debes dejar de soñar, puedes cultivar tus sueños en otras personas, para un día verlo florecer.

Ambas me abrazan y nos quedamos allí mientras los demás aplauden.

Tardo un montón de tiempo en procesar lo que está sucediendo y en dejar de decir «gracias» entre lágrimas. Apenas pueda caminar bien, aunque no pueda bailar aún, enseñaré a niñas de *preballet*, es algo factible y me mantendrá emocionada.

Es una tarde fantástica.

Cuando la gente se comienza a ir, me quedo sentada con Lina en una de las mesas mientras comemos algo.

—¡Qué pena que mi papi no pudo estar! —exclamo en medio de un suspiro.

—Le invitamos, pero mensajeó diciendo que surgió algo de último momento. Algo con tu abuela —dice Lina encogiéndose de hombros—. El destino no quiere que lo conozca.

—Sí, mi abuela se cayó y parece que se rompió la cadera. Pobre... él es el único que la puede ayudar.

—Oye... Nika parece que se molestó un poco porque él no vino. Pero no le digas nada, supongo que era demasiado importante para ella que estemos todos los que quieres aquí.

—Pero no fue su culpa, él jamás faltaría. El pobre anda tan ocupado últimamente... —Lo defiendo.

—Sí, me ha contado de su trabajo. Pero piensa tomarse unos días pronto.

—Así es, espero que lo haga —asiento.

En eso, Nika viene junto a nosotras.

—¿Vamos a casa? —pregunta.

Asentimos. Busco a Paty y, luego de despedirme de Rodrigo, nos vamos todas juntas a nuestra noche de chicas.

¿Eres tú?

Taís

En la noche, nos sentamos en la sala y nos ponemos a ver una película. Luego de eso, conversamos un poco sobre varias cosas. Paty empieza a hablar de su novio, Lucas; y las chicas la empiezan a aconsejar. Ella está peleada con él y, bueno, todas le damos opiniones.

Me preguntan cómo me va con Rodri y les cuento sobre su regalo y de los enamorados que estamos, ellas sonríen. Entonces Paty y yo les pedimos que nos cuenten de algún amor que tuvieron a nuestra edad.

—El chico del que me enamoré cuando tenía la edad de ustedes era el más bello del mundo —exclama Lina entusiasmada—. Era dulce y muy romántico, además... se preocupaba mucho por mí. La verdad es que lo quise un montón, pero cuando una es joven, comete muchos errores y las cosas no pudieron ser. Aun así, lo guardo en el corazón y le agradezco por todo lo que hizo por mí y las cosas que aprendí a su lado. Y eso que cuando nos conocimos no nos llevábamos bien.

—En mi caso... —dice Nika, luego se pone seria, parece perderse en sus recuerdos—. Era un chico muy especial... también dulce, atento y perfecto. Lo amé... y mucho..., pero lo perdí también. Así como dice Lina, a veces cometemos errores y perdemos a personas que no podemos recuperar. Por eso ustedes dos deben ser más listas que nosotras y no deben alejar de sus vidas a los chicos que valen la pena.

—Es cierto —agrega Lina—. Hay pocos chicos que valen la pena. Así que cuiden a ese par de dulces que tienen por novios. Tú, deja de ser tan exigente con Lucas... y tan celosa, a los chicos les espantan las chicas histéricas y se te está pasando la mano con él —dice en tono suave y hasta divertido, pero regañando a mí amiga—. Y tú, cuida a ese bomboncito que tienes por novio.

—Los momentos difíciles van a llegar —añade Nika—, pero, si creen que ese chico vale la pena, no lo dejen ir. Eso es algo que jamás se lo perdonarán a ustedes mismas.

Luego de más y más charla, decidimos ir a dormir. Nika nos prepara la habitación de huéspedes a Paty y a mí; Lina dormirá en el estudio donde Nika tiene los libros, en el sofá cama que está allí.

Nika se acerca a mí en un momento que quedamos solas y me abraza. Yo correspondo.

—Gracias... —susurro y ella sonrío.

—Gracias a ti por dejarme ayudarte, me encanta hacerlo... —dice y me besa en la frente. Me agrada ese tinte maternal que ella le da a todo.

—Eres demasiado buena.

La miro a los ojos, ahora están verdes.

—Tengo otro regalo para ti, pero te lo daré mañana.

—¿Otro más? —pregunto y añado—: Papi me escribió, me dijo que vendrá mañana a las once para llevarnos a almorzar a todas. Quiere pasar a ver el salón y luego festejaremos todos juntos.

—Sí, me lo dijo. Se quiere redimir, le mandé un mensaje regañándolo. —Sonríe Nika.

La tengo aquí, cerca de mí, en pijamas y sin maquillaje. Es hermosa, muy perfecta.

—Es que no podía hacer nada, se tenía que encargar de mi abuela. Él quería venir, se sintió muy mal por no poder hacerlo. Me llamó y se disculpó en mil idiomas. Pero consiguió que mi tía se quedara con la abuela para poder venir mañana. Y te prometo que eso es mucho, a mi tía no le importa nada.

Nika ríe.

—Tu padre ha de ser un hombre genial.

—Lo es... —asiento.

—Ve a dormir, mañana seguiremos la fiesta —añade y entonces nos despedimos.

La mañana siguiente me despierto como a las nueve. Voy a la cocina, pero no hay nadie. Escucho sonidos en la sala y noto que Lina ve la tele. Me saluda sonriente y me dice que ya solo falta Paty para que desayunemos todas juntas.

—¿Y Nika?

—Está en el estudio, no sé qué demonios hace allí desde las siete de la mañana. ¡Me despertó! —Se queja—. Taís, anda a levantar a Paty que tengo hambre —murmura.

La despierto y luego llamamos a Nika, desayunamos las cuatro juntas. Papi llegará a las once así que decidimos empezar a prepararnos, a bañarnos y a vestirnos con calma.

Yo me ducho primera y luego, mientras las demás se preparan, decido ir al estudio a leer un poco. Llevo en mis manos el libro que él me regaló.

Entro a esa habitación y observo las pertenencias de Lina que están desperdigadas por todos lados. Su mochila y su ropa arrugada descansan sobre el sofá en el que

durmió; su bolso está con el contenido desparramado sobre el escritorio. Ella es bastante desordenada, siempre lo ha sido.

Me siento frente al escritorio y abro el libro. Pronto, me sumerjo en la lectura.

Veo los garabatos de los que me habló el tío y sonrío. En todas las páginas hay un corazón que dice: «Caro y Rafa por siempre». También hay otros corazones con las iniciales de ambos y dibujos de alas de ángel. Pienso en lo extraña que me parece toda esta situación de los ángeles. Mis dos amigas tienen obsesiones con ellos.

Lina tiene un montón de ropa con dibujos de ángeles y Nika tiene toda una colección de ángeles de distintos materiales. Suspiro y vuelvo a la lectura.

Cuando paso el capítulo cuatro, bajo el libro porque una pequeña cajita llama mi atención. Observo el escritorio y veo el desorden sobre él. Noto la cartera negra de cuero abierta, hay maquillaje adentro y un bote de perfume; al parecer, también una agenda y una pañoleta que está mitad adentro y mitad afuera.

Al lado de la cartera y por debajo de la pañoleta hay un libro y, sobre el libro, una cajita de joyería con un papel doblado en cuatro al lado. Pero la cajita está abierta. La curiosidad me mata y la tomo en mis manos. Lo que veo en ella me deja perpleja.

Ante el estupor de lo que acabo de descubrir, abro el papel sin pensarlo dos veces. Es una carta. La leo:

«Querida Taís:

Esto es lo más valioso que tengo, una vez se lo di a quien fue la persona más importante de mi vida, pero, por razones del destino, no lo pude conservar. Son las alas de un ángel y le pertenecieron a mi madre. Es todo lo que me queda de ella...

Pienso que todos tenemos nuestro ángel guardián, pero me gusta creer que en la Tierra hay ángeles disfrazados de personas que nos tienden la mano cuando los necesitamos. A veces son conocidos, a veces no, alguien que está allí cuando nadie más lo está.

Quise ser eso para ti en este momento porque una vez me prometí hacer por los demás lo que hicieron por mí, porque gracias a un par de personas que me ayudaron cuando caí, es que hoy estoy aquí.

Una vez me preguntaste si había conseguido lo que quería en la vida. Te cuento que yo también tuve un sueño. Como tú sueñas bailar, yo soñaba con escribir un libro. Pero lo pospuse, lo pospuse por mucho tiempo, tanto que, por momentos, parecía haberlo olvidado. Un día decidí que lo haría, que escribiría ese libro con el cual tanto soñé, pero con algunos cambios...

Entonces lo hice, lo escribí, conseguí publicarlo y quiero que tengas una de las primeras copias, pronto será presentado al público. Ahí está toda mi historia, y me gustaría que lo leyeras, quizá puedas aprender cosas para no cometer los mismos estúpidos errores que cometí yo... Aunque tú eres distinta, mucho más inteligente...

Te quiero, Taís... mucho, y por eso quiero darte esto a ti. El dije que fue de mi madre y mi libro.

¡Feliz cumpleaños!

Carolina

PD: *Hace mucho que no firmo con mi nombre real, hace mucho que no quiero ser yo. Hasta que te conocí a ti y me hiciste sentir querida e importante de nuevo».*

Leo y releo esa carta mil veces mientras un enorme nudo se forma en mi garganta y siento que me asfixio. Todas las escenas desde que la conocí caen en mi mente, una tras otras. Nuestras conversaciones, el cariño que le tengo... y también el odio.

¡NO! No puede ser ella... No puede ser ella la mujer que rompió el corazón de mi tío.

Entonces, tomo el dije en mi mano, lo observo. Busco en el libro que estaba leyendo, mi tío dijo que ella lo dibujó allí. Ahí está, ahí está el dibujo. Es ella, es su Carolina...

Lloro.

Con mis manos temblorosas veo el libro que estaba debajo de la cajita y lo tomo en mis manos... En la tapa hay un diseño que se asemeja a una foto, pero más bien parece un dibujo. Hay una niña rubia de la mano de un chico, ese chico tiene unas alas transparentes. Ella sonrío y lo mira enamorada, él le devuelve la mirada. Hacia el lado de él hay luz y un hermoso paisaje y hacia el lado de ella hay tinieblas, el camino es oscuro y tenebroso, desde los costados del lado donde está la chica hay caras o imágenes demoníacas.

«Alguna vez tuve un ángel. Carolina Altamirano»

Dios... No lo puedo creer...

Las manos me tiemblan, el corazón se me acelera de solo pensar que, durante todo este tiempo, mientras oía el dolor de la historia de mi tío, ella estaba a mi lado.

—Taís... te estaba buscando. —Su voz hace que levante la mirada y la encuentre. Se asusta al verme llorar y su bella sonrisa, esa bella sonrisa que mi tío adoraba, se le borra al instante—. ¿Qué sucede? —No puedo hablar, me tiemblan las manos y el mentón. Ella mira lo que tengo en mi mano y se da cuenta, frunce el ceño confundida y luego sonrío—. Encontraste mis regalos, quería dártelos ahora, para eso te buscaba.

Quiero gritarle lo mucho que la odio por todo lo que le ha hecho sufrir a mi tío. Pienso en las veces que me imaginé el discurso que le daría a la mujer que lo había hecho infeliz si la tuviera enfrente. Pero no me sale nada... ella... es mi amiga, la quiero mucho...

—Él tiene razón... —murmuro.

—¿De qué hablas? —Sacude su cabeza confundida.

—Generas amor... y odio... —digo en un sollozo.

Ella ladea la cabeza confusa. No hay maldad en su mirada, sino mucha confusión.

—Taís... no entiendo lo que dices... ¿Me puedes explicar?

Quiero salir de allí corriendo y buscar a papi, no quiero que llegue, toque el timbre y la vea. No quiero tener que enfrentarlos, no ahora que él al fin ha cerrado su historia. Miro mi celular y veo la hora, faltan cinco minutos para las once y él estará llegando. No hay nadie en el mundo más puntual que mi tío.

Me levanto y dejo todo allí, tomo las muletas y salgo lo más rápido que puedo para evitar que la vea. Me cruzo a Paty en la sala.

—¡Ehhh! ¿A dónde vas? ¿Qué pasa?

Pensé que Carolina me seguiría, pero no lo hizo... no sé por qué, pero es mejor así.

Cuando salgo lo veo en la esquina, viene caminando. Lleva sus manos a la cabeza, parece confundido.

—¡Papi! ¡Papi! —grito.

Su mirada se encuentra con la mía. No dice nada.

Cuando llego a él y él a mí, mi respiración está agitada y mi corazón se quiere salir de mi pecho.

—No me siento bien —dice él sobándose la frente con el brazo derecho.

—¿Qué te pasa? —Trato de que me diga qué le sucede, pero no habla, y su rostro parece haber perdido movilidad en una zona.

—¡Taís! —Las tres figuras femeninas salen corriendo de la casa.

Carolina trae mi libro —o mejor dicho, su libro, el que mi papí le había regalado alguna vez— en su mano. Supongo que habrá deducido el porqué de mi reacción.

—¡Algo le pasa a mi papi! —grito pidiendo ayuda al tiempo que veo los ojos desorbitados de mi tío—. ¡Ayuden!

Luz y oscuridad

Esta mañana me desperté muy cansado. Supongo que es porque no dormí casi nada al lado de mamá. La tarde anterior tuve que viajar de urgencia porque se había caído y se había roto la cadera. La internaron y debían operarla.

Tuve que fallarle a Taís, no pude ir a su fiesta. Eso me duele en el alma. Lina me dijo que no me preocupara, pero Nika me mandó un mensaje bastante desagradable.

«No quiero pensar mal de ti, pero no entiendo cómo es que abandonas a tu hija en un momento tan importante».

Le expliqué lo sucedido y creo que lo entendió. Aun así, le prometí que estaré puntual a las once en su casa y que las invitaré a todas a almorzar, después de ver el salón que le prepararon a Taís. Ella me envió la dirección.

La verdad es que no me siento muy bien, tengo mucho dolor de cabeza y estoy cansado como si no hubiera dormido nada, y es que dormí en la incómoda y pequeña cama para acompañantes del hospital, quizás es por eso. El caso es que no puedo volver a fallarle a Taís así que, de igual manera, debo movilizarme.

Consigo que Ximena cuide a mamá por el día, obvio, luego de rogarle miles de veces. Ximena siempre tiene una buena excusa para evadir responsabilidades, y yo, para evitar pelear, solo lo dejo pasar.

Voy directo a lo de Nika, pero no consigo estacionamiento, así que tengo que caminar una cuadra. Mi brazo izquierdo hormiguea y mi cabeza duele. El dolor es intenso y punzante, cada vez más insoportable, por momentos siento que me voy a desmayar.

La veo a Taís salir agitada, viene hacia a mí a una velocidad asombrosa —teniendo en cuenta que tiene el pie inmovilizado—. Tiene los ojos llorosos y quiero preguntarle qué le sucede, pero no puedo, las palabras no salen. Apenas puedo decirle que me siento mal, estoy confundido.

Una punzada de dolor se incrusta en mi cabeza, parece perforarme el cerebro. Veo a tres personas salir tras Taís y acercarse a mí corriendo ante el grito de ayuda de ella. Siento que veo esta escena desde afuera, no puedo responder ni interactuar.

Entonces, la veo, ella está en el medio. Parece una visión, un ángel de luz. El dolor mengua de solo contemplarla, me pierdo en sus ojos. Está tanto o más bella de lo

que la recuerdo. El dolor vuelve a intensificarse.

Su mirada se clava en mis ojos. Pienso que estoy delirando. Lucho con mi cerebro porque, por un instante, no sé si estoy en el presente o en el pasado, pero no puedo pensar demasiado, nada en mi cuerpo responde. Me siento mareado y todo empieza a verse borroso.

Esa no puede ser Carolina, es Lina o Nika, una de las amigas de Taís. No sé cuál porque aún no las he visto en persona a ninguna de las dos, solo estoy confundido. Debe ser todo este malestar y este mareo que me envuelve lo que me está haciendo ver visiones. Creo que, quizá, me estoy muriendo y voy a ir a un paraíso donde puedo vivir con ella.

Pero entonces la oigo, su voz suena como miles de campanillas capaces de encender todos mis sentidos. La voz que tanto había soñado con volver a escuchar dice mi nombre.

—¡Rafael!... Por Dios, Rafa... ¿Qué te sucede? ¡No! ¡Rafa!...

Es ella, Carolina... mi Carolina. Es su voz, son sus ojos... Quiero responderle, cerciorarme de que estoy viéndola en realidad. Mis ojos batallan por enfocar los suyos, no siguen las instrucciones de mi cerebro confundido y adolorido. Pero la miro, la chispa verde sigue allí, luce asustada. Algunas lágrimas se derraman.

Y me mira, no puedo oírla, pero parece que dice mi nombre otra vez. No quiero dejar de mirarla, si he de morir aquí, sus ojos son lo último que quiero ver.

Todo se pone negro y me pierdo en la oscuridad.

CONTINUARÁ...